

GRANDES BIO

SANTA ANA PUBLIC LIBRARY



3 1994 01283 3072

Fernando el Católico

Fernando Díaz Villanueva



Nuevos
títulos



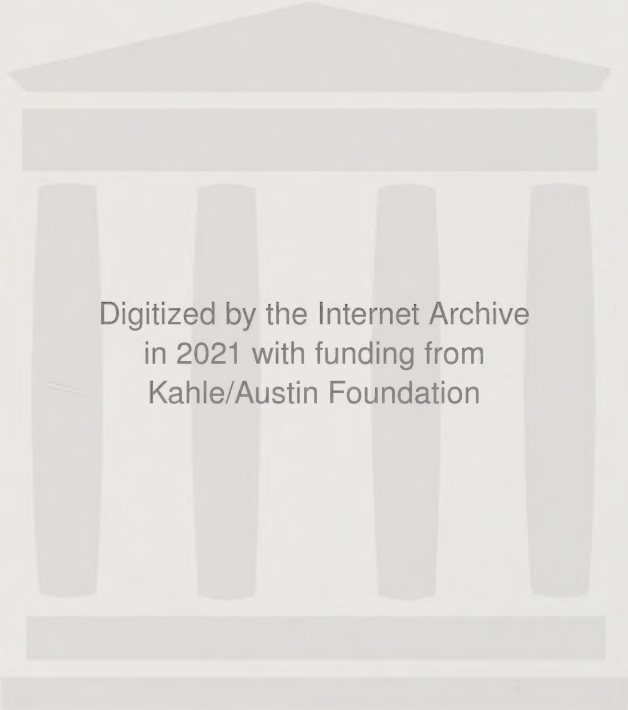
*«Tanto monta, monta tanto
Isabel como Fernando»*



3 1994 01283 3072

SANTA ANA PUBLIC LIBRARY





Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
Kahle/Austin Foundation

5/06

8.95

FERNANDO EL CATÓLICO

FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA

SP B FERDINAND V DIA
Diaz Villanueva, Fernando
Fernando el Catolico

CENTRAL

\$8.95
31994012833072

Copyright © EDIMAT LIBROS, S. A.

C/ Primavera, 35

Polígono Industrial El Malvar

28500 Arganda del Rey

MADRID-ESPAÑA

ISBN: 84-9764-576-6

Depósito legal: M-35186-2004

Colección: Grandes biografías

Título: Fernando el Católico

Autor: Fernando Díaz Villanueva

Coordinador general: Felipe Sen

Coordinador de la colección: Juan Ernesto Pflüger

Diseño de cubierta: Juan Manuel Domínguez

Impreso en: COFÁS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

IMPRESO EN ESPAÑA – *PRINTED IN SPAIN*

A mi madre, allá donde esté.

Copyright © EDIMAT LIBROS, S. A.

C/ Primavera, 35

Polígono Industrial El Malvar

28500 Arganda del Rey

MADRID-ESPAÑA

ISBN: 84-9764-576-6

Depósito legal: M-35186-2004

Colección: Grandes biografías

Título: Fernando el Católico

Autor: Fernando Díaz Villanueva

Coordinador general: Felipe Sen

Coordinador de la colección: Juan Ernesto Pflüger

Diseño de cubierta: Juan Manuel Domínguez

Impreso en: COFÁS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

IMPRESO EN ESPAÑA – *PRINTED IN SPAIN*

A mi madre, allá donde esté.

PREÁMBULO

Sobre la figura de Fernando de Aragón, y por ende sobre la de Isabel de Castilla, pivota irremediabilmente la historia de España. Hay un antes y un después de los Reyes Católicos, de Isabel y de Fernando.

El reinado de Fernando primero en Aragón y más tarde junto a su esposa en todo lo que vendría a ser la España que hoy conocemos, es la bisagra que cierra la Edad Media y abre la modernidad. Muestra de ello son los diferentes hitos de su reinado y el crucial momento histórico que en el plano europeo, y universal, le toco vivir al último Trastámara aragonés.

Encontramos un Fernando en la pacificación de Cataluña, envuelta en una cruenta guerra civil durante los últimos años del reinado de su padre. Conflicto de intereses cruzados entre el patriciado urbano, la nobleza agraria, la corona y hasta el pueblo llano que empieza a tomar papel en el devenir histórico. Conflicto en suma representativo de esa manera tan peculiar de entender los poderes fácticos y la siempre difícil relación entre ellos que se estilaba en la pactista Corona de Aragón y que la historia estaba deshaciendo como un azucarillo en el café. Una vez reafirmado el poder dinástico y con el fondo de sables de la espinosa cuestión navarra, Fernando se descubre como hombre de su tiempo emparentando con su prima, la heredera de Castilla que, no por casualidad, se encontraba con la corona en entredicho por la misma e idéntica razón que en esa Cataluña tardomedieval y levantisca.

Como rey consorte de Castilla asiste a la consolidación en el trono de Isabel y a la esperada coronación como rey de Aragón

tras el fallecimiento de Juan, su padre. Es en este momento, ya en la década de los ochenta, cuando empieza a cerrarse la España que fue y se abre tímidamente la España que vendrá. Se inicia la campaña de Granada, se fortalece el poder real y se funda el Tribunal de la Inquisición al tiempo que la complicada partida de ajedrez europea se torna más optimista. Tal vez suene a cancioncilla repetida mil veces pero Fernando es el príncipe por excelencia. Nada guardando la ropa, mide sus pasos, y sobre todo, tiene muy claro que es lo que quiere, y a dónde desea llegar. Fernando sitúa la monarquía española en la primera fila de las monarquías europeas. Los antiguos reinos peninsulares pasan en el espacio de una generación de simples actores secundarios, fronterizos, casi olvidados en su cruzada, a piedra de toque en la siempre compleja geopolítica del viejo continente. El jaque a Francia y los inteligentes matrimonios dinásticos, frustrados algunos por las muertes prematuras, son la obra más imperecedera de Fernando. El rey guerrero, el rey diplomático. Partiendo de un reino en descomposición que ofrecía su corona a sus más íntimos rivales consiguió con suma destreza liquidar la presencia musulmana en España, recuperar el Rosellón, terminar la conquista de las Canarias, subyugar Italia a costa del poderoso ejército francés, adelantarse en el norte de África, anexionar el centenario Reino de Navarra e iniciar la colonización de América.

A la muerte de Fernando acaecida en 1516 la historia de España había entrado en una nueva era. No en vano, se dice que Felipe II, su biznieto, solía referirse a él mientras miraba su retrato diciendo «A él debemos todo». Razón no le faltaba.

I. ARAGÓN, NAVARRA Y EL INFANTE DON FERNANDO

La extraña familia

No es casualidad ni un capricho de la historia que el infante Don Fernando viese su primera luz en la villa de Sos, vértice norte de las Cinco Villas aragonesas, situada estratégicamente en la misma raya fronteriza con el Reino de Navarra y a tiro de piedra de los valles pirenaicos donde siglos antes había nacido el Reino de Aragón. La familia en cuyo seno nació el pequeño Fernando no era una familia cualquiera. La sangre de los Trastámara corría por las venas de los soberanos de tres de los cinco principales reinos de esa España lejana y dividida de hace cinco siglos y medio. En Castilla reinaba su tío Juan II, en Aragón su tío Alfonso V el Magnánimo, y en Navarra regentaba la corona, a raíz de la muerte de su primera esposa Blanca, su padre Juan. Todos Trastámara, todos herederos del Drama de Montiel de 1369 en el que su antepasado Enrique había asesinado a su hermano bastardo Pedro I el Cruel entronizándose como Enrique II de las Mercedes. Las circunstancias por las que esta familia, cuyo patriarca primero era un hijo bastardo, se apoderó de las coronas de Castilla y Aragón han sido harto estudiadas por especialistas en Historia Medieval, el hecho es que a principios del siglo xv, los dos reinos capitales de la Península Ibérica estaban regidos por sendos Trastámaras, primos en lo familiar y muy mal avenidos en lo político. El ascenso de la Casa real castellana en Aragón se produjo a raíz de la muerte de Martín el Humano, último soberano de la antigua Casa de Barcelona que dejó al reino sin

herederos y lo peor, sin haberse preocupado de designar un sucesor al trono. La Corona de Aragón era muy diferente a la de Castilla en cuanto organización interna, frente al autoritarismo regio y la centralización castellana en los reinos aragoneses se estilaba un pactismo a la vieja usanza y no sólo se respetaba sino que se promocionaba cierta autonomía regional. La búsqueda de un nuevo monarca exigía por tanto un acuerdo, un compromiso entre los diferentes reinos de la Corona. Los candidatos a sentarse en el trono de Martín fueron muchos pero los que desde un principio contaban con más posibilidades eran Jaume de Urgel y Fernando de Antequera. El primero había desempeñado algún alto cargo en tiempos del difunto rey mientras que el segundo, el candidato castellano, regentaba la Corona de Castilla, poseía una inmensa fortuna y, algo que no era asunto baladí en aquella época, gozaba del apoyo del Papado. En la villa de Caspe se reunieron los compromisarios, tres por cada reino, y designaron sucesor a Fernando que tomaría el trono como Fernando I de Aragón. El recién elegido monarca apenas pudo reinar cuatro años pero dejó una prole generosa. Siete fueron los hijos de Fernando. Dos de ellos llegarían a ser reyes de Aragón. El primero, su hijo Alfonso, fue el encargado de consolidar la dinastía en los territorios aragoneses que a principios del siglo xv se extendían por una buena parte del Mediterráneo occidental. La Corona aragonesa como ya he apuntado brevemente con anterioridad reunía una amalgama de territorios heterogéneos distribuidos entre la Península Ibérica, las islas Baleares, Sicilia y Cerdeña. A diferencia de Castilla la Corona de Aragón era un revoltillo de reinos con fueros y leyes propias, separados en ocasiones por millares de kilómetros, que convergían únicamente en la persona del rey. Alfonso V, tío de Fernando, también conocido como El Magnánimo, consideró que la prosperidad aragonesa pasaba por una política mediterránea activa y a ello se afanó durante los casi cuarenta años de su reinado. Pacificó la conflictiva isla de Cerdeña, anexionó Sicilia valiéndose de los derechos concedidos a su padre Fernando I por el Papa Benedicto XII, y en liza con los can-

didatos franceses Luis y Renato de Anjou, consiguió en 1445 ser coronado rey de Nápoles donde finalmente se estableció dejando en Barcelona a su esposa la reina Maria de Aragón para el gobierno de los reinos hispánicos.

Juan de Aragón y el Reino de Navarra

Mientras Alfonso heredaba la corona de su padre y desperdigaba su política e influencias por el ancho mar Mediterráneo y la península itálica, sus hermanos permanecieron en Aragón, resignados a su destino de segundones. Uno de ellos, y quizá el más brillante, Juan, participó con su hermano Alfonso en alguna de las campañas italianas, llegó incluso a ser capturado en Ponza por Filippo Visconti durante uno de los episodios de la sucesión al trono napolitano. Juan no obstante, hijo de rey y hermano de rey, ansiaba su propia corona por lo que no dudó en acercarse al trono navarro, pieza fundamental en la política peninsular. La heredera de Navarra era hacia 1420 la princesa Blanca de Navarra, hija de Carlos el Noble. Blanca era doce años mayor que el pretendiente aragonés y en las capitulaciones previas a la boda se dejó sentado que Juan tan sólo sería considerado soberano hasta la muerte de su esposa, entonces la sucesión habría de resolverse por estricto orden cronológico de nacimiento de los hijos, que fueron tres; Carlos, nacido en 1421, Blanca y Leonor. Juan se encargó de concertar los matrimonios de los tres vástagos reales con objeto de asegurar las alianzas internacionales y de servir a sus intereses como rey de Aragón trono al que, siempre que su hermano Alfonso siguiera sin descendencia, podía aspirar. Carlos fue la moneda de cambio con la casa de Borgoña, el príncipe casó con Inés de Clevés, sobrina del duque de Borgoña. Leonor fue prometida a Gastón de Foix y Blanca a Enrique, príncipe de Asturias y heredero del trono castellano. Las intromisiones de Juan en la política navarra nunca fueron populares en el reino, la obsequiosa reina Blanca,

enamorada de su joven marido, no escatimó ayudas a las continuas campañas que Juan iniciaba, ahora sí ahora no, contra Castilla. De hecho para Juan Navarra fue una plataforma inmejorable para sus objetivos últimos, que pasaban siempre por la Castilla de donde venían sus ancestros y en donde a pesar de ser el hermano del rey de Aragón poseía señoríos de fuste como el de Peñafiel.

El Reino de Navarra, tras el beneficioso paréntesis de Carlos el Noble, padecía de los males propios de los territorios encajonados entre monarquías poderosas, no en vano la Navarra del siglo xv, que se corresponde en gran parte con la actual comunidad autónoma, hacía frontera con Castilla, Aragón, Francia y la Gascuña feudal inglesa. Era camino de obligado paso para la muy activa ruta comercial del Ebro que se nutría del ganado de los valles del Pirineo y de la agricultura ribereña. Esta marcada dualidad en tan poco espacio originó la formación de dos partidos enfrentados. Se trataba de los Beamonteses que debían su nombre a Carlos de Beaumont, primo de Carlos el Noble, y los Agramonteses, de la familia Agramunt. Los primeros representaban el norte, la economía pastoril y la montaña, los segundos se debían al sur, a la ribera de economía eminentemente agrícola. Hasta la Concordia de Tudela, ya en pleno reinado de los Reyes Católicos, ambas facciones jugaron un papel fundamental en los tejemanejes de la política interna navarra. Juan se alineó con el partido agramontés, de vocación ribereña como ya he apuntado, y más cerca por tanto de la órbita aragonesa. Hoy día, las semejanzas entre poblaciones y gentes de la ribera de Ebro ya sean navarras, riojanas o aragonesas son cuantiosas por lo que nada hace pensar que hace cinco siglos la situación fuese distinta. El acercamiento, no obstante, de Juan de Aragón hacia los agramonteses se acentuó con motivo del fallecimiento de la reina Blanca acaecido en 1441. En Navarra, especialmente en el norte, era sabido que conforme a los fueros del reino y a las capitulaciones matrimoniales de 1420 Juan no podía ser tratado como alteza real y más cuando su hijo Carlos, ya proclamado

príncipe de Viana¹ contaba con veinte años de edad. La sucesión pues no planteaba problema alguno, Carlos heredaba la corona y Juan podía retirarse de la gobernación del reino. Pero se complicó. Blanca había dejado testado que mientras su marido no lo consintiese Carlos no podía coronarse rey. La influencia de Juan sobre el testamento regio está fuera de toda duda aunque también es cierto que Blanca no estuvo del todo desacertada. Por un lado Juan contaba con experiencia sobrada en la gestión de los asuntos reales, detalle nada baladí en una monarquía asediada como la navarra, por otro una hipotética aplicación del fuero navarro a la sucesión hubiese desencadenado un conflicto entre el padre y el hijo, y por ende una confrontación civil en Navarra entre los agramonteses, fieles al testamento real, y los beamonteses aliados del príncipe Carlos. La cuestión sucesoria se resolvió nombrando a Carlos como gobernador general de Navarra, una suerte de virreinato en nombre de su padre para el que la corona navarra era una pieza vital en sus ambiciones castellanas, una envidiable catapulta sobre la que extender su influencia sobre Castilla, reino al que Juan, como buen Trastámara, siempre se inclinó. No debemos dejar de lado el lazo que unía a los Trastámara aragoneses con Castilla. El propio Juan percibía una renta de sus señoríos castellanos por valor de cuatro millones de maravedíes y de hecho ostentaba el título de duque de Peñafiel, localidad que vio nacer a su hijo Carlos. No es por tanto extraño que mientras Alfonso el Magnánimo se batía por el reino de Nápoles sus hermanos Juan, Sancho y Enrique tratasen por todos los medios de regresar a Castilla que no solo era la tierra madre de la dinastía sino que también, en aquel entonces, se trataba con creces del reino más poderoso y pujante de cuantos había en la península. El primer intento de

¹ El título de príncipe de Viana fue creado por Carlos el Noble expresamente para su nieto y con idea de perpetuar ese título entre todos los herederos de la corona navarra. En la España actual el heredero de la Corona es, además de príncipe de Asturias, príncipe de Viana.

los infantes de Aragón (Juan y Enrique) por hacerse con la corona castellana se remontaba a la década de los veinte, cuando acaudillaron a los nobles del reino contra el joven e inexperto Juan II y su privado Álvaro de Luna. La victoria de Juan II frente a los infantes de Aragón se plasmó en la Paz de Toledo de 1436 y dejó como consecuencia principal el compromiso matrimonial de Blanca de Navarra con Enrique de Castilla. Matrimonio que, ya veremos más adelante, traerá cierta cola pues fue el inicio de la leyenda popular que tachaba al joven príncipe de impotente.

A la muerte de Blanca, la reina legítima de Navarra, se sucedió un período de tensa espera hasta que Juan casó en segundas nupcias con la aristócrata castellana Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla Fadrique Enríquez con objeto de afianzar su posición en la meseta y jugar de nuevo la partida castellana. El renovado conflicto castellano-aragonés se resolvió en la batalla de Olmedo en 1445 donde las huestes aragonesas volvieron a caer derrotadas. Hasta Enrique, hermano de Juan y maestre de las órdenes de Santiago y Calatrava, murió en el curso de la batalla. Tras el desastre de Olmedo Juan se retiró de nuevo a Navarra donde las disensiones con su hijo y con el partido beamontés aumentaron. El nuevo matrimonio de Juan no fue bien recibido en Castilla, Álvaro de Luna se sentía inseguro mientras Juan estuviese sentado en el trono de Olite pero estos temores se agudizaron con ocasión de su enlace con Juana Enríquez, perteneciente a un clan familiar nada desdeñable en el valle del Duero. Sumando los señoríos castellanos de Juan a las grandísimas posesiones de la familia Enríquez los reyes de Navarra eran candidatos firmes a seguir incomodando al inquilino de la privanza regia. Álvaro de Luna revuelto por la sola idea de tener a Juan tan cerca penetró en territorio navarro hasta la ciudad de Estella donde se encontró con Carlos de Viana. Allí el valido y el príncipe llegaron a un acuerdo de paz que al llegar a oídos de Juan éste montó en cólera con su hijo y envió a su esposa Juana para que se hiciese cargo del gobierno navarro.

Esto supuso la ruptura entre padre e hijo y el estallido de la guerra civil en el reino. La reina Juana, que por entonces estaba embarazada, recibió el aviso de su marido de dejar Estella y cruzar la frontera con el Reino de Aragón para dar a luz al infante en camino que no era otro que Fernando. Ésta y no otra es la causa por la que el futuro rey de Aragón nació en la pequeña villa de Sos el 10 de mayo de 1452. El niño llegó al mundo casi al tiempo en que su padre apresaba a su hermanastro en el sitio de Aibar y el vecino reino navarro se debatía en una feroz contienda intestina cuyos primeros compases estaban empezándose a dar.

Carlos de Viana o el infortunio de un príncipe

Poco después del nacimiento del infante Fernando en Sos la situación entre su padre y su hermanastro tendió a suavizarse lo que posibilitó, entre otras cosas, el bautizo de Fernando en Zaragoza² y la liberación de Carlos. La coyuntural reconciliación paterno-filial se plasmó en la Concordia de Zaragoza que unido a la caída en desgracia y ajusticiamiento de Álvaro de Luna en Castilla dio un respiro al padre de Fernando. Alfonso V, su hermano, plácidamente acomodado en Nápoles le ofreció el virreinato de Cataluña donde las cosas no pintaban bien y su cuñada María se las veía y deseaba para lidiar con las cortes del principado. Y a Barcelona se trasladó en julio de 1454 Juan con su esposa Juana Enríquez y con su hijo Fernando de apenas dos años de edad. La Barcelona de mediados del siglo xv, la misma en la que el infante Fernando abrió sus ojos al mundo, estaba inmersa en un delicado trance que hundía sus raíces en la crisis del orbe mediterráneo de la baja Edad Media. La quiebra del crédito

² Fernando el Católico fue realmente bautizado dos veces. La primera al poco de nacer en la iglesia de San Esteban de Sos, la segunda en San Salvador de Zaragoza.

bancario unida a grandes inversiones frustradas y al varapalo demográfico y social de la peste había dejado al emporio comercial catalán, y a su sede Barcelona, en una situación complicada. Las tibias reformas llevadas a cabo a principios de siglo, en ellas se enmarcaron la regulación de la *Deputació General de Catalunya* o Generalidad, no fueron revulsivo suficiente para aliviar la fractura que la sociedad catalana, tanto la rural de los señoríos como la mercantil de la costa barcelonesa, arrastraba desde el hundimiento de la gran banca. En estos momentos de recesión demográfica, económica y mercantil en los que cundía el malestar socio-económico por toda Cataluña el rey, el propio Alfonso V, que había elegido el catalán como lengua oficial de la corte aragonesa, que había sido fundador y patrón de la Universidad de Barcelona, se encontraba en Nápoles alejado de la problemática catalana, de la falta de capitales, de la atonía monetaria y de la crisis radical del comercio. La situación en el interior del principado no pintaba mejor. Los terribles efectos de la peste negra en el medio rural habían dejado comarcas enteras de Cataluña prácticamente despobladas. Como muestra estadística, en 1378 se contabilizaron en todo el principado 78.104 fuegos³ (o vecinos) mientras que a fines del siglo xv, en el *fogatge* de 1497, la población había caído hasta los 60.570 fuegos. Los señores de la tierra acuciados por la falta de mano de obra suavizaron en un principio el trato a los campesinos para atraerlos a sus tierras. Pero esta luna de miel de terratenientes y siervos no duró demasiado, volvieron a oírse por toda Cataluña los gritos de guerra del campesinado levantado contra los señores en 1388 «*El temps de la servitud ja ha passat*». Todo confluía en Barcelona y todo apuntaba al rey Trastámara naturalizado napolitano. La Generalidad, baluarte de terratenientes y burgueses del comercio, se volvió contra el monarca. No gustó en los bancos del estamento privilegiado

³ Los recuentos de población de la época se realizaban básicamente con fines recaudatorios por lo que los datos se arrojaban en unidades vecinales o fuegos, *fogatge* en el catalán de la época.

la creación del sindicato remensa en 1448 ni los devaneos del dinasta con el partido de La Biga, refugio del patriciado urbano y espejo del conservadurismo barcelonés. Juan, nuevo y flamante virrey de Cataluña, tenía una labor inmensa por delante. Pero en medio de tan desolador panorama renació el conflicto que arrasaba con su hijo Carlos. El todavía rey de Navarra desheredó a Carlos y trasladó los derechos a su hermana Leonor casada con Gastón de Foix y que permanecía leal a la causa de Juan. Su hija Blanca, la Generalidad y los notables catalanes apostaron abiertamente por la figura del príncipe navarro como sucesor de Alfonso y, sobre todo, como garante de los privilegios de la aristocracia local. Carlos fue derrotado por su padre en Estella en 1457 y huyó de Navarra que se deshacía en combates internos con rumbo a Italia en busca de la sombra protectora de su tío Alfonso. El Magnánimo terció en los problemas familiares de su hermano y promovió una reconciliación, cada vez más difícil, entre padre e hijo. Pero la muerte del rey vino a trastocarlo todo. Dejó su reino napolitano que tanto le había costado conquistar a su hijo ilegítimo Ferrante. Juan heredó el resto de la Corona de Aragón y Carlos, una vez más burlado, tuvo que esperar la gracia paterna viajando de Nápoles a Sicilia, y de allí a Mallorca desde donde pudo dar el salto y cabizbajo recibir el perdón de un padre que le había arrebatado la corona navarra, de la que era legítimo propietario, le había hecho preso y plantado cara en el campo de batalla, y que ahora intentaba obstaculizar su acceso futuro a la sucesión aragonesa favoreciendo la candidatura de su pequeño hermanastro Fernando.

Una vez en la península Carlos no se dejó llevar por el drama de su inevitable destino e inició conversaciones secretas con Enrique IV, rey de Castilla, para maniobrar contra su padre Juan II. La jugada consistía en emparentar al príncipe de Viana con la hermanastra de Enrique, la infanta Isabel, niña de apenas siete años pero extremadamente útil para contrarrestar la conexión castellana de Juan con su suegro el almirante Enríquez. La olla de las intrigas palaciegas estalló, Juan II, debidamente espoleado

por su esposa Juana, temerosa del futuro incierto de su hijo Fernando, ordenó el inmediato arresto de Carlos allá donde se encontrara. El príncipe fue apresado en Lérida en diciembre de 1460 y acusado de connivencia con el monarca vecino. Los diputados de La Biga que andaban a la gresca con el soberano desde hacía varios años tomaron partido abiertamente y exigieron de Juan la liberación inmediata del príncipe al que su padre había encerrado primero en el palacio de la Aljafería de Zaragoza y después en el castillo de Morella. Juan no tuvo más remedio que acceder y entregar a Carlos a las autoridades catalanas que lo recibieron jubilosamente en Barcelona. La Generalidad, crecida por la complacencia regia, fue más lejos e hizo aceptar al rey Juan un documento sorprendente, las Capitulaciones de Villafranca, en virtud del cual Carlos de Viana consagraba su primogenitura y carácter de heredero legítimo de la Corona de Aragón y los condados catalanes. Además del revés de tener que replantear toda su estrategia para situar de nuevo a Fernando en la línea de salida a la sucesión Juan hubo de agachar la cabeza y tragarse la disposición contenida en las Capitulaciones que le impedía la entrada en territorio catalán a no ser que la Generalidad así lo autorizase. Juan permaneció en Fraga, a las puertas mismas de Cataluña, mascando la derrota y planeando el modo de devolver la pelota a su hijo y a la díscola Generalidad catalana. No hizo falta mucho, pocos meses después de las Capitulaciones el príncipe de Viana murió a los cuarenta años de edad en Barcelona. El desdichado navarro nacido en Castilla, el «Príncipe Perfecto» como se ha llegado a decir, falleció de una complicación pulmonar, seguramente tuberculosis, tal y como han demostrado recientes estudios forenses. En aquel tiempo su muerte fue atribuida por muchos a un envenenamiento por parte de agentes de la reina Juana y la leyenda desde entonces se ha mantenido. Como anécdota y muestra de la devoción que llegó a tener el príncipe entre sus partidarios, antes de proceder a su sepultura le fue amputado el antebrazo derecho para conservarlo en un relicario de plata en el monasterio de

Valdedoncellas. Carlos de Evreux-Trastámara, príncipe de Viana, fue enterrado con todos los honores en el monasterio de Poblet, morada última de los reyes de Aragón, donde aun hoy reposan sus restos.

La guerra de Cataluña

El impacto de la muerte de Carlos fue notable en los reinos de Aragón y Navarra que seguía desgarrada en la contienda fratricida inaugurada años antes y que ahora se complicaba por la falta de ese legítimo heredero que había dejado su vida en el camino. La cuestión navarra fue resuelta hábilmente en la Concordia de Olite en 1462 por la que Juan seguía siendo rey vitalicio pero traspasaba de modo efectivo el gobierno a su hija Leonor y a su yerno Gastón. Con el frente navarro en paz o al menos en vías de pacificación Juan pudo concentrarse en jugar seriamente su baza maestra, su hijo de nueve años para el que no dudó en convocar en Calatayud las Cortes del Reino de Aragón con suma urgencia. Fernando fue designado primogénito y heredero del reino. La peculiar ordenación de la corona exigía que esto mismo fuese ratificado también en las cortes de los otros reinos. Valencia no presentaba en principio complicaciones pero en Cataluña los ecos de la muerte de Carlos de Viana no se habían apagado todavía. Necesitaba con urgencia aplacar los ánimos de la oligarquía catalana y colocar a su hijo lo antes posible en el lugar donde había estado Carlos, es decir, en la lugartenencia del principado. La corta edad del aspirante complicaba y resolvía a la vez el problema. Lo complicaba pues ningún parlamento reunido en Cortes otorgaría el gobierno a un niño de nueve años. Lo resolvía porque para ser lugarteniente de Cataluña era imprescindible residir en ella. Esto facilitaba las cosas, el rey Juan no podía entrar libremente en los condados y era una oportunidad dorada para los notables catalanes intervenir en la educación y ser protagonistas de la formación del

príncipe y futuro rey de toda la Corona de Aragón. Juan accedió al trato y envió a su hijo a Barcelona, eso sí, con su madre que ejercería la tutela del menor.

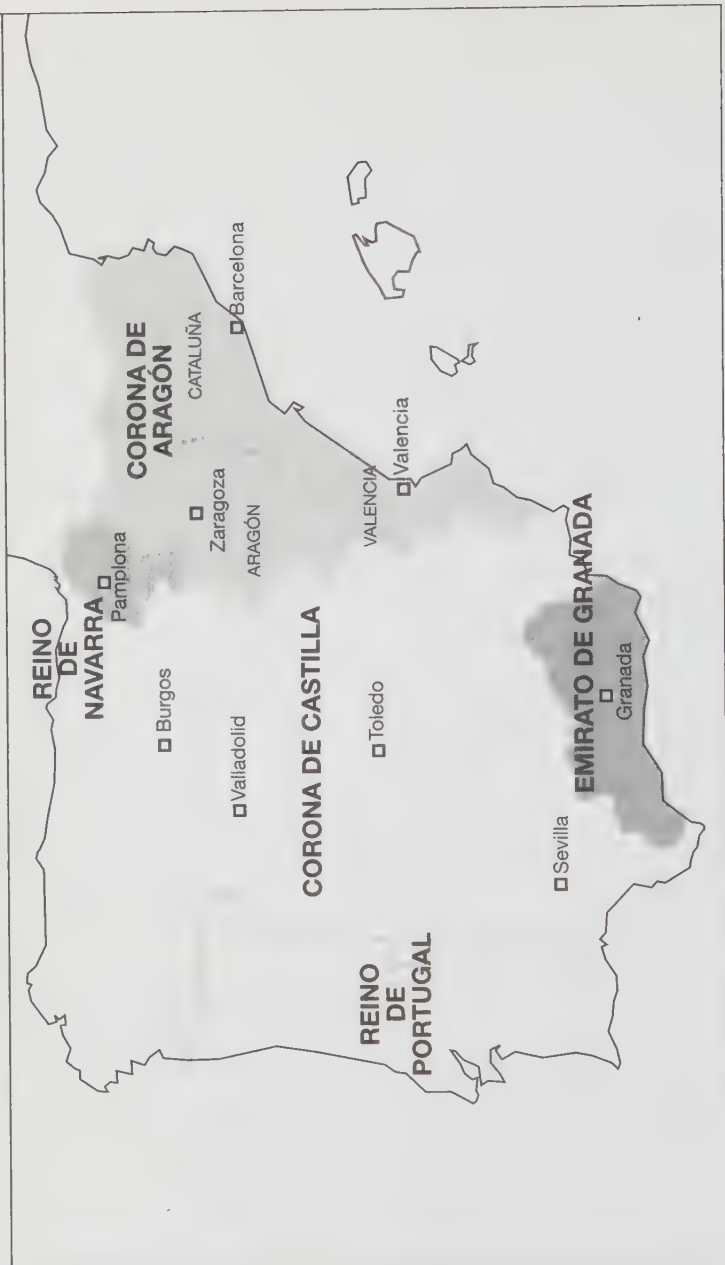
La llegada de Juana Enríquez, bajo sospechas de haber envenenado a Carlos de Viana y para colmo de males castellana, no cayó bien en aquella Barcelona revuelta de finales de 1461. Juana, que no era hija de reyes, se movía como pez en el agua en las procelosas aguas de los asuntos dinásticos. Era mujer enérgica, con un carácter muy marcado y conocía a la perfección el mapa por donde habría de manejar sus influencias, además, y en esto llevaba ventaja a los nobles catalanes, tenía claro su papel de reina en ejercicio y reina madre en ciernes. Pero Juana no estaba preparada en absoluto para el vendaval político que asolaba Cataluña y en especial la capital del principado, la otrora floreciente Barcelona. Las autoridades catalanas se apresuraron a reconocer a Fernando como gobernador en virtud de lo acordado en las Capitulaciones de Villafranca, se dio incluso una curiosa ceremonia de juramento al príncipe por parte de las ciudades con representación en Cortes. La causa de Juan, de su vuelta a Cataluña parecía estar resuelta.

Barcelona no era sin embargo plaza fácil de conquistar. Una vez rendidos los honores al príncipe las disputas políticas afloraron con más virulencia. Tanto La Biga como la sus oponentes, los partidarios de La Busca, trataron de aproximarse a la reina; unos para mantener el *statu quo* que garantizaba sus privilegios y el equilibrio institucional, los otros para romperlo. Pocos meses después de llegada de Fernando y Juana a Barcelona se produjo un incidente que vendría a torcer las cosas para el príncipe heredero, para su madre y, por ende, para el rey Juan que esperaba fuera del principado. A finales de febrero, el día de San Matías, una multitud exigió entrevistarse con la reina para hacerle llegar una solicitud urgente. Se trataba de los capitostes de La Busca que echaban de este modo un órdago a sus rivales de la corporación municipal. Las peticiones contenidas en este complot se resumían en la vuelta de las reuniones

del Sindicato de los Tres Estamentos y en la abolición de la cláusula de las Capitulaciones de Villafranca que impedía a Juan II entrar en Cataluña. Juana Enríquez abrumada por los acontecimientos abandonó Barcelona con destino a las comarcas del norte catalán, a la Cataluña Vieja, donde los enfrentamientos capitalinos entre Busca y Biga se trocaban en el conflicto remensa que arrastraba casi un siglo de historia y que tenía visos de no arreglarse nunca. La leve recuperación demográfica catalana y el desorden dinástico habían llevado a los aristócratas de la tierra de la Cataluña Vieja a endurecer el trato a sus vasallos. La actitud prepotente de la nobleza no solo se saltaba la Sentencia Interlocutoria promulgada por Alfonso V sino que daba alas y enardecía al ya de por sí combativo sindicato remensa capitaneado por Francesc de Ventallat. La reina se dirigió a Gerona donde creyó en la posibilidad de salvar la ropa chamuscada en Barcelona llegando a un acuerdo con los remensas y poniendo al campo de su lado. La jugada, como era de esperar, salió mal. La Generalidad harta de los flirteos de la reina primero con La Busca y después con los remensas rebeldes reclutó un ejército al mando del conde de Pallars para devolver a la reina y sobre todo al príncipe, ya jurado heredero, a Barcelona. Juana apoyada por partidas de agricultores y por el obispo de Gerona Joan Margarit se hizo fuerte en la ciudadela gerundense a la espera de la ayuda que de un modo u otro tendría que enviarle su marido. Juan II no tardó en reaccionar. Para hacer efectivo el bloqueo de la Generalidad buscó la colaboración de Gastón de Foix, casado con su hija Leonor, y pactó en Bayona con Luis XI de Francia la entrega del Rosellón y la Cerdaña a cambio de la ayuda gala. Gastón entretanto penetró con un ejército francés en el Ampurdán y liberó Gerona de las huestes del conde de Pallars. Fernando estaba a salvo pero el principado se desangraba ya en una guerra abierta.

La guerra de Cataluña fue un conflicto civil en toda regla. En ningún momento se trató de una campaña ilegítima del rey Trastámara para el sometimiento de Cataluña. Hubo catalanes en

REINOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA EN 1480



ambos bandos. El que tocaba al monarca se componía de la nobleza cortesana, una parte importante del campesinado remensa y los partidarios de La Busca que había conseguido salir con vida de Barcelona tras el Complot de San Matías. En Barcelona, en torno a la Generalidad sublevada, se aglutinaba un heterogéneo grupo de aristócratas de la tierra, patricios urbanos de La Biga y la burguesía afín a ésta. Lo que estaba en juego era la concepción misma de Cataluña. Frente al pactismo medievalizante que defendía la Generalidad se oponía el autoritarismo monárquico por el que abogaba Juan II, que para muchos sectores de la sociedad catalana suponía nuevos aires y que sin saberlo abría para el principado la portezuela de la modernidad. En esta guerra fratricida Fernando, ese niño atemorizado que veía con tan solo diez años de edad como las bombardas del conde de Pallars trataban de reventar las murallas de Gerona, se hizo un hombre, experimentó el amargo sabor de la guerra y forjó su carácter entre idas y venidas al frente, asedios de plazas fortificadas y complicadas intrigas internacionales. La guerra de Cataluña es vital para entender a Fernando como rey, como militar y como persona.

La primera vuelta de tuerca de la guerra situaba a la Generalidad en franca inferioridad. Con Francia del lado del rey aragonés, Gastón de Foix al frente de un ejército dentro de la propia Cataluña y Juan entrando en Lérida. La primera reacción de la Generalidad fue buscar un protector en la persona de Enrique IV de Castilla a quien los notables barceloneses ofrecieron la corona y que éste no dudó en aceptar. La intromisión castellana en el conflicto puso en manos francesas el arbitrio de la situación. Luis XI, monarca brillante y tortuoso a quien sus contemporáneos motejaron como «*La araña universal*» vio la posibilidad de afianzarse en la península y auspició un acuerdo castellano-aragonés. Juan hubo de aceptar el arreglo francés aun a costa de ceder a Castilla una parte del Reino de Navarra y de olvidarse de los condados del Rosellón y la Cerdaña. Enrique

se retiró de la guerra dejando una vez más a la Generalidad a su suerte y obligada a buscar un nuevo rey para Cataluña.

El nuevo príncipe elegido por la Generalidad para ceñir la corona catalana fue el condestable Pedro de Portugal, heredero del último conde de Urgel, con todo lo que ello significaba para los Trastámara⁴. El condestable no pudo hacer frente a la pujanza aragonesa y cayó derrotado primero en Cervera y más tarde en Prats de Rei en una batalla en la que Fernando ya intervino, con sólo catorce años, junto a las tropas de su padre. El desdichado Pedro de Portugal falleció un año más tarde mientras los aragoneses ayudados por los remensas de Ventallat se apoderaban de cada vez más amplias zonas de Cataluña dejando abierto el camino a una Barcelona donde la Generalidad no tenía ninguna intención de ceder a la presión de Juan que no veía la hora de dar la guerra por terminada. Los prebostes de la Generalidad acorralados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos y la cercana victoria real dieron un giro radical a su tradicional política de elección de sustitutos al rey legítimo escogiendo a un francés, Renato de Anjou, tío de Luis XI y antiguo rival de El Magnánimo en las guerras de Nápoles, como portador de la corona catalana. La esperanza de la Generalidad era romper el doble acuerdo de Juan II con el rey francés y forzar a los aragoneses a abrir un nuevo frente en la contienda. Luis XI, que era astuto en extremo y andaba enredado en complicaciones con los príncipes de Bretaña y Normandía, no rompió con Juan. A pesar del respiro de no tener que vérselas contra el todopoderoso francés el ejército que traía consigo Renato de Anjou era de tal magnitud que ponía boca abajo la esperanza regia de dar carpetazo a la guerra. Los angevinos, liderados por Juan de Lorena pusieron en jaque al ejército real en el Ampurdán recuperando Gerona. El mismo infante Fernando cayó ante el ejército angevino en Vilademat en 1467 en

⁴ Un antepasado de Pedro de Portugal, Jaume de Urgel, había disputado la corona al padre de Juan en el Compromiso de Caspe

lo que sería su primera derrota de armas. Las arcas reales se encontraban exhaustas tras varios años de campañas continuadas y el esfuerzo económico que era preciso dar para expulsar al intruso francés del trono no estaba al alcance de Juan. Afortunadamente para la causa aragonesa Luis XI estaba rodeado de enemigos deseosos de ajustar cuentas pasadas. De este modo Juan ya septuagenario y curtido en mil batallas diplomáticas promovió una gran alianza antifrancesa a la que rápidamente se sumó la Borgoña de Carlos el Temerario, el singular monarca borgoñón que era a la vez vasallo y rival del rey de Francia. En Nápoles las cosas tampoco pintaban bien para los franceses. Los barones angevinos del reino trasalpino intrigaban contra Ferrante I. Inglaterra se encontraba en una encrucijada dinástica pero a su vez inmersa en los últimos estertores de la guerra anglofrancesa de los cien años, de hecho en 1468 Eduardo IV estableció una coalición anglo-borgoñona con vistas a recuperar el trono usurpado por su contrincante Enrique VI. El panorama internacional tan sólo lo ensombrecía un papado poco favorable, el de Paulo II, de filiación angevina, y la dudosa cooperación que podía prestar su antiguo yerno Enrique IV de Castilla. La cuestión papal era de difícil resolución por lo menos hasta que el pontífice falleciese, Castilla sin embargo era una tentación más que poderosa para un Trastámara de la rama de Aragón en apuros. La situación de la corona castellana a finales de la década de los sesenta era cuanto menos delicada, el poder real se encontraba fuertemente cuestionado por parte de la onnipotente nobleza, de algunas ciudades y hasta de famosos arzobispos. A los problemas interiores se sumaba cierta impopularidad del monarca entre el pueblo que lo tachaba de impotente e incluso de homosexual. Al desgraciado matrimonio de Enrique con Blanca de Navarra sin descendencia y que tuvo que ser anulado por el obispo de Segovia le sucedieron los escándalos de presunto adulterio de su segunda esposa Juana de Portugal. La nave de la monarquía castellana zozobraba entre las insurrecciones nobiliarias y los asuntos de alcoba.

La ficha maestra de Juan II en su política de desestabilización en Castilla era, una vez más, su hijo Fernando que se encontraba ya en edad casadera y que, si la muerte no lo impedía, era el recambio perfecto para el ya anciano rey de Aragón. La herencia de Castilla se difuminaba entre dos candidatas; la hija de Enrique IV Juana la Beltraneja y su hermanastra Isabel que aspiraba un tanto precariamente a conservar el título de princesa de Asturias que su hermanastro Enrique le había concedido en el Pacto de los Toros de Guisando en 1468. La compleja situación castellana era una oportunidad de oro para Juan II que nunca había dejado de mirar al reino de donde venía su familia y que en la tesitura en que se encontraba tras el ascenso de Juan de Lorena en Cataluña era una pieza fundamental en su entente contra Francia. La aguja sin embargo no era tan fácil de enhebrar. Por un lado Fernando era príncipe heredero efectivamente pero de un reino enzarzado en una cruenta guerra civil y con un poderoso enemigo exterior amenazando la continuidad de la dinastía. Por otro los planes de Enrique IV no pasaban ni de lejos por emparentar con la rama aragonesa de la familia. A la tradicional amistad entre castellanos y franceses se sumaba la oportunidad de casar a Isabel con Alfonso V de Portugal, monarca de mayor fuste que podía propiciar una suculenta alianza estratégica para Castilla. Es preciso remarcar que tanto económica como demográficamente la España del siglo xv era muy diferente a la de hoy. Hace quinientos años el grueso de la población peninsular, en torno al 85%, se concentraba en los reinos castellano y portugués. La indiscutible preponderancia demográfica de los reinos atlánticos emanaba de su mayor extensión, la pujanza mercantil de sus puertos y ciudades y sobre todo de las fértiles vegas andaluzas y murcianas conquistadas al moro en el siglo xiii.

La opción portuguesa si bien era harto conveniente para el monarca y sus intereses políticos y familiares no lo era tanto para la infanta Isabel. El plan enriqueño no sólo incluía el matrimonio de Isabel con Alfonso V sino el de su hija Juana la Beltraneja con Juan, hijo del rey de Portugal, y monarca en ciernes

considerando la avanzada edad de Alfonso para procrear. Esto hubiera relegado a Isabel en un breve plazo al papel de reina madre seguramente encerrada en un convento y lejos de la política, el poder y la corona. La princesa, asesorada por Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, apostó finalmente por el matrimonio aragonés.

En Zaragoza entretanto la vida de Fernando amanecía a la madurez política. Si bien el infante se había destacado ya en el campo de batalla, había experimentado la derrota y la victoria e incluso se había abierto a cierta vida amorosa, fue en 1468 cuando Fernando empieza a jugar con ficha propia en el cambiante mapa de la gran política. En febrero su madre, la reina Juana Enríquez, moría con poco más de cuarenta años de cáncer, algo después el infante inauguraba las Cortes de Aragón que se celebraron ese año en Zaragoza y para terminar su padre, que ya tenía en cabeza el matrimonio con Isabel, le transfirió el reino de Sicilia. Fernando de Aragón, hijo, nieto y sobrino de reyes ya tenía trono propio. De un territorio lejano que ni siquiera conocía pero trono a fin de cuentas. El resto se dejaba en manos de embajadores, capitanes del ejército, comerciantes y todos lo que en aquella Europa de caminos inciertos se aventuraban a viajar. La estrategia de Juan volvió a ser magistral. Sicilia, que había tenido ciertas tentaciones autonomistas en tiempos de Carlos de Viana, se ataba de nuevo a la corona con un soberano joven y de prometedor futuro. Francia captaba la indirecta en Nápoles. Y en Castilla, o al menos en esa parte apadrinada por el partido aragonés del arzobispo Carrillo, veían reforzada la candidatura fernandina.

La maniobra envolvente de Juan fue poco a poco, y ayudada por la providencia, dando su fruto. En poco más de siete meses los dos principales obstáculos que se interponían entre el monarca aragonés y Barcelona fueron desapareciendo de escena en una cadencia que inició Juan de Lorena, lugarteniente de su padre Renato de Anjou en el principado, en diciembre de 1470, y continuó el francófilo Paulo II en julio del año siguiente. La

muerte del francés supuso un mazazo para las autoridades catalanas que se quedaban por enésima vez compuestas y sin soberano. No debe olvidarse que Juan de Lorena era mucho más que el simple gobernador angevino de Cataluña, era el hijo y heredero del príncipe legítimo. El fallecimiento del Papa cambiaba el rumbo de la política vaticana que con el nuevo pontífice Sixto IV habría de moverse más hacia la órbita de los intereses de Aragón. Juan obtuvo además un nuevo triunfo diplomático al firmar un tratado de ayuda mutua con Carlos el Temerario de Borgoña. Finalmente entre 1471 y 1472 la Generalidad se desmoronó y Juan pudo hacer su entrada triunfal en Barcelona en octubre de este último año. La guerra catalana que había dado comienzo diez años antes terminaba por pura consunción de la capacidad diplomática y guerrera de la Generalidad.

Fernando, que había sido testigo de excepción del inicio de la contienda en el sitio de Gerona, entró en la guerra con diez años recién cumplidos, la corona de su padre en entredicho y más dudas que certezas sobre el devenir de su propio futuro. A lo largo de las interminables campañas, del tira y afloja del conflicto catalán el infante creció, adquirió conciencia de su dimensión política y se bautizó en las artes de la guerra. En el plano intelectual la educación del príncipe no fue todo lo cuidada que a su padre y especialmente a su madre la reina Juana les hubiese gustado. Sabemos que Fernando dominaba ya a muy temprana edad el castellano y el catalán a la perfección. A pesar de todo no poseyó nunca la formación exquisita de la que gozó su hermanastro Carlos de Viana, modelo de príncipe renacentista enamorado de la música y la poesía. En lo personal la infancia y adolescencia de Fernando estuvieron muy marcadas por la guerra; primero por la desatada en Navarra y a la que su familia no era ajena y después por la prolongada contienda catalana. En un ambiente semejante, rodeado de adultos que se traicionan, de padres que hacen la guerra a sus hijos y de intrigas constantes no es extraño que a los 17 años, edad en que contrae matrimonio, Fernando fuese ya todo un hombre de los pies a la

cabeza. En el campo de batalla se había significado como un jinete ágil y combativo. En palacio, al lado de su madre, aprendió todo lo que era menester en un tiempo de cortes trashumantes y cuchilladas en la espalda. En su vida privada forjó su temperamento entre los soldados y capitanes del ejército de su padre, donde casi con toda certeza conoció la camaradería de los campamentos militares que tanta huella han dejado entre estadistas de todas las épocas. No es aventurado decir que, en cierto modo, la guerra fue su escuela, su primera maestra, que unido a un ingenio nada común se erigió en la guía de su vida. Si hablaba antes de Carlos de Viana como el «Príncipe Perfecto» quizá a Fernando le corresponda el sobrenombre del «Príncipe Completo» pues en él, y a lo largo de su azarosa existencia, confluyen los elementos esenciales que en su tiempo, en aquella Europa que amanecía a una nueva era, conformaban al soberano ejemplar.

II. LA DÉCADA FUNDAMENTAL (1469-1479)

De Cervera a Valladolid, crónica de una boda

El matrimonio entre Fernando, rey de Sicilia, e Isabel, princesa de Asturias, se inscribió dentro de una hábil jugada diplomática de Juan II. Como ya he apuntado con anterioridad la situación del monarca aragonés no era de lo más halagüeño en la guerra catalana tras la entrada de Juan de Lorena en el teatro de operaciones. Juan II necesitaba aliados, y aliados poderosos que exorcizasen la tentación francesa de intervenir abiertamente a favor de Renato de Anjou. Con Borgoña de su parte, Inglaterra partida en dos y Nápoles en guardia permanente solo Castilla quedaba pendiente. El reino vecino que tantos sinsabores había ocasionado a Juan en el pasado se revelaba como la solución definitiva para que Francia no se derramase sobre Cataluña e Italia. La coyuntura castellana además invitaba a la intervención. Atrás quedaban los tiempos de Álvaro de Luna y su títere el débil Juan II de Castilla en que los infantes de Aragón se habían jugado hasta la vida en sus aventuras mesetarias. Un año antes y una vez más como consecuencia de los apuros en la guerra de Cataluña Juan había ofrecido su hijo al marqués de Villena, uno de los aristócratas más poderosos de Castilla, pero no cuajó la idea. A principios de 1469 los intereses personales de la princesa Isabel y del rey de Aragón confluyeron. A fin de cuentas, ¿qué mejor ocasión podría presentársele a Juan para entroncar de nuevo con la rama castellana de su propia familia? La monarquía de Enrique era extremadamente frágil y sometida

a los antojos de una nobleza demasiado voluble para ser tomada en serio. Para Isabel de todo el racimo de pretendientes que le habían salido al paso el que más se acomodaba a sus intereses era la candidatura aragonesa. Por último para los nobles castellanos implicados en la trama era una baza extra en su lucha contra el bando enriqueño. El matrimonio de Fernando e Isabel se debió por tanto a un cúmulo de intereses entrecruzados como todos los que en su época se celebraban entre reyes y que, por estas paradojas caprichosas de la historia, ha sido quizá la boda más importante de cuantas se han celebrado entre príncipes españoles.

Tomada la decisión por ambas partes sólo quedaba capitular. La discusión y firma de las capitulaciones se produjo en Cervera, ciudad desde donde el príncipe seguía la campaña catalana, a primeros de marzo de 1469. El documento contemplaba las concesiones y aportes que Fernando habría de hacer a Castilla y a su futura esposa una vez consumado el matrimonio. Los nobles castellanos temían, y no faltos de cierta razón viniendo de donde venía el infante, que Fernando intentase acaparar más poder en Castilla del que le correspondería como rey consorte. Por otro lado los castellanos veían en Fernando un auxilio en caso de que las cosas se pusiesen feas para la facción antienriqueña de la nobleza. Fernando y Juan tras duras negociaciones aceptaron las condiciones impuestas por los notables castellanos liderados por el arzobispo Carrillo. Las capitulaciones procuraron ser lo más exhaustivas posibles y no dejar cabo suelto alguno que más tarde complicase la relación en el matrimonio. Se estipuló que el príncipe entregaría a Isabel varias posesiones de la Corona de Aragón que tradicionalmente habían estado ligadas a la reina de ésta última. Se trataba de Elche y Crevillente en el Reino de Valencia, Sabadell y Tarrasa en Cataluña, las merindades de Borja y Magallón en Aragón, y la Cámara de la Reina de Sicilia. Además los aragoneses tenían que hacer efectiva la suma de 20.000 florines de oro inmediatamente y otros 100.000 a los cuatro meses de consumado el matrimonio.



*Isabel la Católica, óleo de Juan de Flandes hacia 1485,
Museo del Prado, Madrid.*

Junto a tamaña cantidad de dinero, que naturalmente Juan no estaba en posición de satisfacer, los castellanos solicitaron un collar de rubíes que se encontraba en Valencia como garantía de un préstamo y que había pertenecido a la difunta reina Juana Enríquez. El trono castellano exigía sin embargo más. Fernando hubo de comprometerse a respetar los fueros y usos de Castilla así como a residir en ella. Esta cláusula era comprensible en un tiempo en el que el absentismo real era moneda corriente entre los monarcas europeos. Alfonso El Magnánimo había regido los destinos de Aragón durante años desde su retiro napolitano y Juan llevaba lustros reinando en Navarra por donde rara vez se dejaba caer. Como remate a unas capitulaciones tan desiguales el monarca aragonés se comprometía a disponer de 4.000 lanzas al servicio de Castilla y a no nombrar cuando llegase al gobierno a ningún extranjero, es decir aragonés, para cargos públicos.

La boda tenía aun un impedimento aunque esta vez de orden espiritual. Los contrayentes eran primos y la Iglesia prohibía los matrimonios entre parientes a no ser que el Papa expidiese una bula a su favor. El Pontífice Paulo II no simpatizaba con la causa aragonesa de manera que entre el arzobispo Carrillo y el nuncio papal prepararon un documento falso que hizo las veces de la auténtica bula que tuvo que esperar varios años hasta que Sixto IV la concedió. Esto puede llevar a pensar que el matrimonio de los Reyes Católicos fue canónicamente nulo, y efectivamente lo fue, al menos hasta que obtuvieron la verdadera bula en 1471. De cualquier modo no era extraño en los matrimonios reales de la época la necesidad de solicitar bulas al Papa. El grado de consanguinidad entre los monarcas europeos en general y los Trastámara españoles en particular era tal que este documento vaticano se hacía necesario con muchísima frecuencia. El mismo Enrique IV había tenido que solicitar permiso al Papa para su matrimonio con Juana de Portugal quince años antes.

A pesar de las Capitulaciones de Cervera y el compromiso firme de la infanta castellana por Fernando, Enrique IV seguía empeñado en desposar a su hermanastra con quien él quisiese. Meses antes, en el pacto de los Toros de Guisando, ambos habían acordado que Isabel no podía contraer matrimonio sin permiso del rey lo que equivalía a dejar en manos de Enrique el futuro no solo matrimonial sino también político de la heredera castellana. La princesa, como ha quedado visto, no tardó en romper lo pactado. Su hermano entretanto se prodigaba en atenciones con el rey de Portugal. En abril de 1469, es decir, mes y pico después de la firma de las Capitulaciones en Cervera el rey castellano acordó con Alfonso V de Portugal el matrimonio que habría de celebrarse en dos meses desde la fecha del acuerdo. Si Isabel, o cualquiera de sus partidarios, se oponía al enlace sería declarada proscrita. El acuerdo con el portugués es cuando menos curioso e ilustrativo de cómo funcionaban y para que servían los matrimonios principescos en aquella época. Se dejó escrito que en el caso de que la princesa Isabel no llegara a casarse con Alfonso éste contraería matrimonio con Juana la Beltraneja, hija de Enrique y niña a la sazón de apenas ocho años. Para afinar más la estrategia los firmantes dejaron también por escrito su intención de que si el matrimonio Alfonso-Isabel se consumaba y tenían un hijo varón éste sería desposado con Juana. Auténtica ingeniería matrimonial la de Enrique que estaba destinada a garantizar a su hija Juana el disfrute de la corona y a perpetuar la alianza portuguesa.

En Aragón casi al mismo tiempo en que Enrique maquinaba con Alfonso de Portugal su compleja maraña de matrimonios cruzados Fernando emprendió camino a Castilla para celebrar su boda con la princesa de Asturias. Le acompañaba un pequeño grupo de cortesanos aragoneses y dos prohombres castellanos, Alonso de Palencia y Gutierre de Cárdenas, que Isabel había enviado a Zaragoza para que llevaran al príncipe hasta Valladolid, ciudad donde la princesa se encontraba al amparo de la familia Enríquez. El viaje de Zaragoza a la ciudad del Pisuerga

no estaba exento de riesgo. Entre ambas capitales se interponían las tierras altas sorianas y alcarreñas dominadas por la familia Mendoza que había vuelto al bando de Enrique. El viaje de Fernando adquirió tintes rocambolescos y aunque con el pasar de los años se hayan compuesto toda suerte de hagiografías noveladas que hacen de este viaje una aventura a medio camino entre la épica y el romanticismo, sí que es cierto que el infante de Aragón no lo tuvo sencillo para llegar hasta el lugar de su boda. Partió de Zaragoza acompañado del grupo al que ya he hecho referencia y de una pequeña escolta que les dejó cerca de la frontera, en Calatayud, para no despertar sospechas. A partir de ahí el grupo se dividió en tres con idea de desorientar a los posibles espías de Enrique y se unió de nuevo en el castillo de Berdejo, parte de hilera de fortalezas que dividían Castilla y Aragón en aquellos tiempos. La entrada en Castilla se hizo por el Burgo de Osma, en la actual provincia de Soria, donde una confusión casi le cuesta la vida al príncipe. Al ir viajando de incógnito los centinelas del castillo de El Burgo recibieron a los recién llegados con una lluvia de piedras de las que una casi descalabra a Fernando. De El Burgo de Osma a Dueñas donde el infante pasó unos días quizá reponiendo fuerzas tras el accidentado viaje desde Calatayud. Por fin en Valladolid Fernando pudo conocer en persona a Isabel. La princesa tampoco lo había tenido fácil para llegar a su cita con el altar. Antes del verano había salido medio clandestinamente de Ocaña para reunirse con el arzobispo Carrillo en Madrigal. Enrique al tener noticia de las maniobras de Isabel y del prelado toledano amenazó con lanzar contra Madrigal al ejército del arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca. Por suerte la dote aragonesa, los 20.000 florines, llegó a tiempo y la princesa pudo contratar una hueste privada que la protegió hasta el Valladolid del almirante Enríquez.

La boda se celebró el 19 de octubre de 1469 en la casa de Juan Vivero y a ella asistieron, aparte del arzobispo Carrillo y la mermada comisión aragonesa que se había desplazado con el príncipe, el tío de Fernando Fadrique Enríquez y una minúscula

representación de la nobleza castellana entre la que cabe destacar la presencia del conde de Treviño.

Los años de plomo o el final del reinado de Enrique IV

La precariedad en que se celebró la boda de los que llegarían un día a ser Reyes Católicos y el órdago que habían echado a Enrique IV no tardó en ponerse en su contra. El joven matrimonio contaba con pocas plazas que le prestasen su apoyo incondicional. Enrique, tremendamente contrariado por la boda que se había celebrado a sus espaldas y que había dado al traste con su plan portugués, tomó la iniciativa, conquistó Medina del Campo y expulsó a los reyes de su refugio vallisoletano. La atribulada pareja real hubo de trasladarse a Dueñas, ciudad cuyo alcaide era Pedro de Acuña, hermano de Carrillo, a esperar el primer alumbramiento de la reina.

El padre de Fernando alarmado por los acontecimientos en Castilla y preocupado por el destino de su hijo envió un agente a negociar con Pacheco, marqués de Villena, poderoso aristócrata y enemigo declarado de la causa isabelina. El recurso del astuto Juan no era ya Fernando, que parecía más que amortizado, sino el hijo de éste que ni siquiera había nacido. Si Isabel daba a luz un varón sería prometido inmediatamente con Juana la Beltraneja a la que Juan no tendría inconveniente en reconocer como legítima reina de Castilla junto a su nieto. Isabel no dio luz a un niño como hubiera sido el deseo de su suegro sino a una niña a la que hizo nombrar infanta de Castilla y Aragón. Enrique liberado de la tensión que hubiese supuesto un nuevo escollo en la carrera sucesoria de su hija Juana revocó lo pactado en los Toros de Guisando y devolvió en el Val de Lozoya, cerca de la hoy localidad madrileña del mismo nombre, el título de princesa de Asturias a La Beltraneja. Las principales ciudades castellanas, algunas de muchísimo fuste tales como Burgos, Segovia o Valladolid, se decantaron por el rey. Las familias

nobiliarias de más renombre también, junto a Enrique se alinearon los Mendoza, los Pachecho y los condes de Plasencia y Benavente. La cosa se puso tan fea para Isabel y Fernando que tuvieron que refugiarse en Medina de Rioseco buscando el amparo, una vez más, de la familia Enríquez.

La tónica sin embargo cambió. Enrique cometió algunos errores de bulto, cedió la ciudad de Sepúlveda al marqués de Villena y se enredó sin necesidad alguna en el País Vasco con los condes de Haro y Treviño. El tema de Sepúlveda era delicado, la ciudad disfrutaba del llamado régimen de realengo, es decir, sus habitantes no tributaban a ningún señor sino al rey directamente. La decisión regia levantó al pueblo de Sepúlveda contra el marqués y contra el propio rey. Fernando aprovechó la coyuntura y supo ganarse a la ciudad para su causa. En las Vascongadas sucedió algo similar gracias a lo cual toda la región se puso de parte de los jóvenes monarcas.

Por si los problemas con los señoríos no eran suficientes las circunstancias internacionales se volvieron contra él. El tratado de Abbeville, firmado entre Juan de Aragón y Carlos de Borgoña, se extendió a la Castilla controlada por Fernando, además, Paulo II fallecía en Roma y le sucedía Francesco della Rovere, franciscano de clara orientación aragonesa. El nuevo pontífice estaba muy influenciado por el cardenal valenciano Rodrigo Borja al que nombró legado papal en España. Rodrigo se desplazó a la península y a su encuentro fue en octubre de 1472 Fernando para parlamentar con él y, sobre todo, para forzar un encuentro con Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y uno de los patriarcas de la poderosa familia castellana que Enrique IV había enviado a la ciudad de Turia como representación de la corona. Los Mendoza poseían vastos territorios patrimoniales en Castilla pero como familia notable de primera categoría tenía por costumbre atar el destino de alguno de sus próceres a la carrera eclesiástica que tenía como cumbre irrenunciable la birreta cardenalicia. Al recién elegido Papa le asistían poderosas razones para poner paz y concierto en los rei-

nos hispánicos. Los turcos habían tomado Constantinopla apenas veinte años antes y el empuje otomano era cada vez más patente en el oriente mediterráneo. La flota aragonesa, que no era ninguna bagatela, podía mejor servir los intereses del Papa con una España pacificada y dirigida férreamente por una monarquía amiga que con los reinos peninsulares envueltos en mil y una batallas. El recibimiento del cardenal Borja fue según cuentan fastuoso y consiguió torcer el brazo del prelado segontino que no quería nadar y dejar desatendida la ropa. Si los príncipes y Enrique llegaban a un acuerdo, posibilidad que no podía eliminarse, era de vital importancia estar junto a los que muy probablemente heredarían el trono, sobre todo teniendo en cuenta que el grueso de posesiones del clan Mendoza se extendía por la misma frontera entre Castilla y Aragón, y que los caracteres respectivos del príncipe Fernando y de la infanta Isabel no eran especialmente manipulables como lo habían sido los de Juan de Castilla, padre de Isabel, o el del propio Enrique IV.

La fortuna volvió de nuevo a sonreír a la pareja. El cambio de opinión de los Mendoza y la presencia del legado Borja, que prolongó su viaje hasta Castilla donde se reunió con Enrique, pintaron un panorama mucho más favorable para la causa de los príncipes. Por un lado la guerra catalana había tocado a su fin, por otro la gran nobleza castellana iniciaba el acercamiento, y por último ciudades importantes como Segovia se sumaban de nuevo al partido isabelino. En la ciudad del acueducto, en la más meridional de las villas castellanas antes del Guadarrama, Andrés Cabrera, gobernador del Alcázar y marido de Beatriz de Bobadilla, gestó una trama para reunir a Isabel y Enrique con objeto de reconciliarlos y de insuflar algo de aire fresco a una situación que llevaba demasiados años enrarecida. Segovia era una plaza de primera categoría. Estratégicamente situada en el centro del reino, equidistante de ciudades capitales como Valladolid y Salamanca y custodiando los pasos de montaña que comunican con la submeseta sur, el fértil valle del Tajo y Toledo, la ciudad arzobispal. Además, en su imponente Alcázar

se encontraba a buen recaudo el tesoro real de Castilla, aportación nada despreciable para las siempre sedientas arcas de los aspirantes al trono. La maniobra de Cabrera era atraerse a la vez a la joven reina de Sicilia y a Enrique auspiciando una reconciliación fraterna de la que él podría salir muy favorecido, y lo que era mejor, su rival Pacheco, marqués de Villena y valido del monarca, perjudicado y con la privanza en entredicho.

En Cataluña el padre de Fernando planeaba después de la larga guerra civil en la que se había debatido el principado reconquistar los condados de la Cerdaña y el Rosellón cedidos a los franceses de Luis XI en 1462 por motivos de conveniencia. Juan no consideraba cerrada la contienda hasta devolver al reino a las fronteras del año 61. El conflicto había hecho mella en la integridad territorial catalana y, aparte de cuestiones de honor, no era muy recomendable tener a los franceses apostados en comarcas pirenaicas claves. Fernando fue llamado por su padre para liderar las tropas aragonesas que se apresuraron a ocupar el Rosellón y tomar la ciudad de Perpiñán. Esta batalla fue narrada por los contemporáneos de Fernando de un modo ditirámico y heroico. Lo cierto es que la posición aragonesa en la capital del Rosellón era un tanto complicada y Juan se vio obligado a firmar una paz desigual con el rey francés. Luis XI en una magistral jugada reconoció los derechos aragoneses sobre ambos condados eso sí, atándolos al pago de una indemnización que Juan II no podía ni de lejos satisfacer. Fernando por su parte no estaba dispuesto a sacrificar años, sangre y dinero en una empresa compleja y que podía esperar. Luis XI finalmente reconquistó a los pocos meses ambos condados. Curiosamente la primera entrega de la Cerdaña y el Rosellón en 1462 había seguido el mismo patrón. Luis XI había pactado entonces con Juan que la liberación de la fortaleza de Gerona, en la que estaban sitiados su esposa y su hijo Fernando, se haría a cambio de una cantidad y que si esta no se saldaba los condados pasarían al reino de Francia. Para Fernando, que ya había unido su destino a la princesa Isabel, Castilla era priori-

taria, y no solo por el valor intrínseco de la corona castellana sino por la supervivencia futura de sus reinos patrimoniales, que más tarde o más temprano se encontrarían a expensas del gigante francés contra el que poco o nada podía hacer un Aragón exhausto y despoblado.

Tras la campaña rosellonesa Fernando se dirigió presto a Castilla donde las intrigas del gobernador Cabrera estaban dando su fruto. Tanto Isabel como Enrique aceptaron la mediación y en la navidad de 1473 se reunieron en el Alcázar. Isabel se dirigió a Segovia acompañada por el arzobispo Carrillo con quien las relaciones empezaban a deteriorarse. Enrique recibió cortésmente a su hermanastra y unos días después a Fernando. En Segovia no se negoció nada respecto a la sucesión, es decir, Enrique no derogó la disposición hecha pocos años antes en el Valle de Lozoya. No obstante es muy probable, aunque las crónicas no hayan dejado noticias de ello, que durante aquellos días se llevasen a cabo en la ciudad castellana contactos entre Carrillo y Cabrera. De ellos emanaría la decisión tajante de Pacheco de poner coto al ascenso imparable de los príncipes. El equilibrio en aquellos primeros meses de 1474 era claramente favorable a la causa de Fernando e Isabel, de hecho Pacheco, el último gran apoyo que le quedaba al Enrique solicitó una reunión urgente del Consejo Real para cortar las alas a los Mendoza, ya de clara orientación isabelina y a Andrés Cabrera que gracias a su arreglo segoviano había conseguido el señorío de Moya. Enrique por su parte, ya viejo, cansado y privado de una parte de sus antiguos apoyos, concebía una sola obsesión: garantizar el trono para su hija Juana. Para ello precisaba de un yerno poderoso, un paladín interesado que defendiera los derechos sucesorios de su hija con tanto ahínco como él. Una vez frustrado el matrimonio francés por el fallecimiento del duque de Berry Enrique miró de nuevo a la corte lisboeta. Allí Alfonso V esperaba una nueva oportunidad de inmiscuirse en los asuntos castellanos. Durante el siglo xv Portugal llevó a cabo una activa y muy provechosa carrera de exploración por la costa

africana por lo que el reino vecino, enriquecido con el comercio de marfil y de esclavos, estaba en un momento dulce para dar su salto a la meseta. Las negociaciones matrimoniales, que habían quedado interrumpidas años antes por las excesivas demandas alfonsinas, las llevó a cabo Juan Pacheco pero a su vuelta de Lisboa, cuando se encontraba en Extremadura para tomar posesión de la ciudad de Trujillo en nombre del rey de Portugal, última merced que el débil Enrique haría en vida, falleció inesperadamente. Enrique, a pesar de contar con el apoyo del hijo del finado y nuevo marqués de Villena, vio esfumarse al último y quizá más inteligente de sus incondicionales. El rey se retiró a cazar a los bosques que rodeaban la villa de Madrid famosos entonces por la cantidad y calidad de piezas que allí se cobraban. En Madrid la muerte sorprendió al rey. El Impotente, el infeliz rey de Castilla, abandonado por sus fieles, engañado por su esposa y objeto de las chanzas del pueblo llano, moría sin dejar resuelta la cuestión sucesoria. El viejo temor del Reino Diviso se hacía en las postrimerías de ese año de 1474 más real que nunca. El equilibrio de poderes era demasiado frágil como para estabilizar el reino sin una guerra. Castilla habría de convertirse en un nuevo campo de batalla, algo inevitable tras las capi-tulaciones portuguesas, donde habrían de dirimirse las diferencias de los tres actores protagonistas; Isabel y Fernando, la nobleza, y Alfonso y Juana. El solar castellano se convirtió pues en el tablero donde los tres grandes reinos de la península jugaron sus cartas y, sin saberlo, decidieron el futuro de la nación que con el correr de los años vendría llamarse España.

La guerra de Castilla

Fernando, que pasó el año entre Castilla y Aragón, entre la toma de Tordesillas y los problemas que su padre seguía acumulando en la frontera francesa, se enteró de la muerte de Enri-

que a través del arzobispo Carrillo y del cardenal Mendoza que le enviaron sendas cartas a Zaragoza. Días después llegó la de Isabel cosa que hizo escamarse al príncipe. Algo estaba tramando Isabel. Si se proclamaba reina sin la presencia y el concurso de Fernando el papel de éste quedaría reducido al de un simple rey consorte sin poder ninguno y con la capacidad de maniobra muy mermada. El asunto era más espinoso si cabe teniendo en cuenta que en Aragón imperaba la ley sálica, es decir, que las mujeres tenían vetado el acceso al trono. Los cortesanos aragoneses no veían con buena traza que el príncipe heredero de la corona de Aragón quedase reducido a una simple comparsa en manos de su esposa y de la aristocracia castellana. Isabel se coronó en Segovia el 13 de diciembre, tan sólo un día después de la muerte de su hermano, y lo hizo con una ceremonia que contribuyó a incrementar aun más las sospechas de Fernando. La flamante y recién coronada reina se hizo acompañar de un cortesano, exactamente Gutierre de Cárdenas, que portaba sobre su cabeza una espada tomada por la punta y con la empuñadura en alto. Era el símbolo de la justicia real que desfilando de esta guisa se lo había arrogado ella sola, sin contar con Fernando. Isabel además, y para colmo de males, había ascendido al trono como reina y señora natural del reino mientras que a Fernando solo le correspondía el título de legítimo esposo. De todos los acontecimientos fue enterándose el rey y apesadumbrado marido por el camino que le conducía de Zaragoza a Segovia. Cruzó buena parte de Castilla donde la nobleza iba recibéndole con alborozo como nuevo rey. Al fin en Segovia no quedó más remedio que llegar a un acuerdo entre los cónyuges a riesgo, claro está, que la baraja se rompiese y se creasen dos bandos enfrentados, los isabelinos y los fernandinos. Por fortuna esa eventualidad nunca sucedió, los ya reyes de Castilla se aplicaron para acercar posiciones y como fruto de ese esfuerzo nació la llamada Concordia de Segovia. El documento revisaba a fondo las capitulaciones de Cervera que habían sido redactadas años antes y en una

coyuntura radicalmente distinta. La Concordia estipuló que el nombre de Fernando precediese al de Isabel, que las patentes, monedas, proclamaciones y títulos llevasen la firma de ambos monarcas intitulados como rey y reina de Castilla. También se reglamentó el escudo de armas que, con algunas variaciones ha pervivido hasta nuestros días, anteponiendo eso sí las castellano-leonesas a las aragonesas y sicilianas. La concordia sin embargo no cambiaba ni una coma sobre lo acordado en Cervera respecto a la soberanía de la reina en los asuntos contables y en el otorgamiento de dignidades eclesiásticas. El gobierno en definitiva quedaba en manos de la reina con Fernando como mero auxiliar o, en el mejor de los casos, como rey consorte que había salvado la cara figurando en las expresiones externas del poder. Cuesta imaginarse a Fernando el Católico ya rey aceptando este tipo de disposiciones tan amputadoras de su voluntad de mando, pero era el signo de los tiempos que los tratos, pactos y acuerdos durasen poco. Bastaba con un ligero cambio de coyuntura para recuperar la iniciativa. Y ese cambio se produjo, como veremos más adelante, en muy pocos meses. El pasado, el presente y, como se verá, el futuro de Castilla y Aragón estaban entrelazados de tal modo que toda precaución era poca para evitar caer en cualquiera de las situaciones ya de sobra conocidas.

Enrique tenía fijación con la idea de dejar el reino en manos de su presuntamente ilegítima hija Juana. Para ello concibió poco antes de su muerte la última de sus estrategias matrimoniales. El heredero del marqués de Villena, su hijo Diego López Pacheco, tuteló personalmente tras el fallecimiento de su padre a la infanta Juana. La opción de los nobles capitaneados por el nuevo Villena no era la pequeña Trastámara desheredada sino el matrimonio de ésta con Alfonso de Portugal. La partida se complicaba, por un lado el rey portugués que perseguía más peso en Castilla, por otro la aristocracia enriqueña que no se daba por satisfecha con los hechos consumados en Segovia, y por último la enquistada situación de los Pirineos donde Juan no

terminaba con las continuas asechanzas del ejército de Luis XI. En medio Fernando e Isabel que se lo jugaban todo. Si el levantamiento de los nobles antes enriqueños ahora alfonsinos triunfaba no sólo perderían Castilla sino también Aragón que de seguro sucumbiría a la tenaza castellano francesa posterior. Todo a una carta.

La posición cuando menos comprometida de los jóvenes monarcas fue perfilándose en los primeros meses de 1475. La nobleza, *factotum* del devenir castellano durante décadas, se alineó en los dos frentes con el marqués de Villena como abanderado de la causa portuguesa y con el cardenal Mendoza como principal valedor de Fernando e Isabel. El marquesado de Villena era para tomárselo en serio. El quizá más poderoso aristócrata del reino controlaba directamente una parte sustancial de la submeseta sur, solar principal de sus dominios señoriales, pero además poseía una amplia red de fortalezas tanto en Castilla la Vieja como en Andalucía. La ascendencia de la familia Pacheco, propietaria del marquesado, sobre el resto de la aristocracia era muy grande. Sea cual fuere la causa que los marqueses de Villena defendiesen siempre encontraban apoyos y fidelidades en otras parte de la nobleza. En 1475 no fue diferente, Villena arrastró consigo a Álvaro de Zúñiga, duque de Arévalo, a Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz y a la familia Téllez Girón que poseía el maestrazgo de Calatrava. Frente a la alianza forjada por Pacheco se levantaba su antagonista natural, la familia Mendoza que aglutinaba en torno a sí a lo más florido de la nobleza de Castilla la Vieja. El almirante Fadrique Enríquez, como no podía ser de otra manera, el duque de Alba y el conde Benavente se pusieron del lado de Isabel. Los señores del País Vasco también optaron por la causa isabelina y nombraron a los jóvenes reyes Señores de Vizcaya bajo el centenario árbol de Guernica. Las Vascongadas fueron siempre un fiel apoyo para los Reyes Católicos, de hecho Fernando llegó a tener una amante en la villa de Bilbao, doña Toda de Larrea, una notable vizcaína que le dio al rey católico una hija

ilegítima, María de Aragón, que con el tiempo llegaría a ser abadesa de un convento de Agustinas en Castilla. Las infidelidades de Fernando fueron constantes tal y como era de esperar en un caballero de su época. El destino de la legión de bastardos que iba dejando detrás de sus esporádicos amoríos estuvo siempre garantizado, por lo general en la carrera eclesiástica. Así uno de sus hijos ilegítimos, el que tuvo con Aldonza Roig de Cervera, fue arzobispo de Zaragoza y vino a suceder en la prelatura a otro bastardo, Juan de Aragón, hijo de su padre Juan II. A pesar de lo relativamente normal que eran estas aventuras regias en la época que tratamos no fueron nunca del agrado de la reina Isabel que a duras penas transigió con la activa vida extramrimonial de su marido.

Volviendo sobre la caliente frontera castellano portuguesa el rey Alfonso convencido, seguramente por Villena o por agentes suyos, de lo dividida que estaba la facción isabelina y del paseo militar que supondría una guerra en Castilla, se decidió a intervenir abiertamente en la meseta. La impresión que Alfonso tenía de la monarquía castellana no debía ser muy buena. Unos años antes, en 1472 había celebrado una entrevista con el entonces rey de Castilla Enrique VI para acercar posiciones sobre la boda de la infanta Juana. La entrevista habría de realizarse en Badajoz, última ciudad del reino antes de entrar en Portugal, pero el duque de Feria, que estaba indispuesto contra el monarca, le cerró las puertas de la ciudad y dejó al rey y a toda su comitiva con un palmo de narices abandonados en plena vega del Guadiana. La entrevista se realizó finalmente en el campo cerca de la villa portuguesa de Elvas. Esta improvisación y la postura de fuerza del duque de Feria que se atrevía a desafiar al rey delante de un monarca extranjero no solo frustró en su momento las negociaciones de boda, sino que dejó en Alfonso una impresión nada favorable a la monarquía castellana, débil, entregada a la nobleza y levantisca en grado extremo. En la primavera de 1475 Alfonso, después de haberlo consultado con los notables del reino vecino, cruzó la frontera

castellana por la actual región de Extremadura evitando sabiamente los puntos que podían eventualmente estar mejor defendidos, es decir, Badajoz al sur y Ciudad Rodrigo al norte. Alfonso no obstante se echó para atrás y volvió a los pocos días a la seguridad de su reino patrimonial para dejar por escrita la cadena sucesoria tanto en Portugal como en Castilla si se alzaba con la victoria.

En Castilla cundió el nerviosismo. Los monarcas no gozaban del apoyo necesario para hacer frente a una invasión portuguesa inminente, a los incordios del rey de Francia en Aragón y a las banderías nobiliarias de Villena y los suyos. La crisis no podía llegar en peor momento. Luis XI apretaba la frontera pirenaica y advertido de las ambiciones del rey portugués en Castilla llegó a proponer a la corte lisboeta el reparto de la Corona de Aragón. Luis se quedaría con todo el principado de Cataluña mientras que Alfonso ocuparía para sí, es decir, para Castilla, los reinos de Aragón y Valencia. La idea era fantástica a más no poder. En Aragón todavía reinaba, aunque anciano, Juan II y un reparto semejante de áreas de influencia hubiera necesitado una guerra prolongadísima que ni Portugal ni Francia podían en ningún caso llevar a cabo. Aun así Fernando empezó a tomarse muy en serio la pinza a la que le estaban sometiendo los reinos vecinos. Lo primero que hizo fue enviar embajadores a Lisboa para aplacar los ánimos de Alfonso. Las dos legaciones enviadas por Fernando e Isabel fracasaron en su cometido. Alfonso estaba envalentonado con las informaciones interesadas que desde Castilla le enviaba Villena y además, nada podían ofrecerle los jóvenes Trastámara que no pudiese conseguir él mismo. La corona portuguesa atravesaba un buen momento financiero. Las continuas exploraciones africanas (Alfonso V de hecho pasaría a la historia como Alfonso el Africano) reportaban cuantiosas remesas de oro al rey, aspecto de suma importancia en un tiempo en que los ejércitos y las voluntades de combate se levantaban a golpe de lingote. El botín era demasiado apetecible como para dejarse atemorizar por dos joven-

zuelos mermados en apoyos y con problemas militares que se extendían desde las vegas andaluzas hasta los Pirineos.

La primera invasión portuguesa desencadenó los acontecimientos. Isabel, abrumada por lo que se le venía encima, canceló la Concordia de Segovia firmada unos meses antes. Fernando recibía potestad absoluta para hacer y deshacer sin haberlo convenido antes con la reina. Las armas castellanas estaban bajo su mando pero en un momento extremadamente delicado para su causa. Alfonso había entrado de nuevo en Castilla, esta vez no se trató de una expedición corta, de reconocimiento, sino de una invasión en toda regla. El monarca portugués llegó hasta la ciudad de Plasencia en un paseo por los territorios que Zúñiga poseía cerca de la frontera. La maniobra de Villena era magistral, situaba a Alfonso en Castilla con un ejército nada despreciable, unos 15.000 soldados entre caballería e infantería, y en calidad de esposo de la infanta doña Juana con la que se había casado por poderes unos días antes en Trujillo. En Plasencia se ratificó el matrimonio y se enviaron misivas a las fuerzas vivas del reino para exigir su sumisión.

La posición fernandina era desesperada. Los nobles amotinados en Plasencia acompañados de un ejército poderoso y bien pagado y, lo más importante, con un rey, un rey de verdad, de carne y hueso ya emparentado con la dinastía reinante y dispuesto a defender sus derechos. Nada que ver con levantamientos pasados en los que la disidencia podía exhibir poco más que un monigote de trapo o un niño impúber como candidato al trono⁵.

En tesitura tan negativa no es de extrañar que Fernando, que apenas contaba con 23 años, se decidiese a dictar testamento, muestra fehaciente de que el príncipe no las tenía todas consigo en la contienda que se avecinaba. Las inquietudes y preocupaciones de Fernando en este su primer testamento político que-

⁵ En 1466 los nobles castellanos se habían levantado contra Enrique IV exhibiendo un monigote que representaba al rey. El suceso fue conocido como la Farsa de Ávila.

dan reflejadas a la perfección. El joven rey de Castilla no sólo da muestras de una religiosidad muy acusada, tal y como ha de presumírsele al que llegará a ser Rey Católico, sino también de una previsión de los derroteros por los que habrían de deslizarse las monarquías castellana y aragonesa siempre bajo una misma corona. En el testamento Fernando postula no solo a su esposa Isabel como heredera del trono aragonés sino, a falta de vástago varón, a su hija María como futura reina de Aragón. Esto que en Castilla no suponía problema alguno en Aragón era revolucionario. Aragón había sido gobernado por mujeres⁶ pero nunca como reinas propietarias de la corona sino en calidad de regentes o en nombre del monarca varón. Fernando contemplando un cruel desenlace para la causa de Isabel quería dejar bien atada la sucesión en su reino patrimonial donde por desgracia el acceso a la corona estaba vetado por ley a las mujeres. A pesar de ello el príncipe dispuso de la autoridad real de su padre para derogar esta ley y permitir la égida sino de su esposa sino también de su hija legítima en Aragón. En caso de que Fernando entregase la vida frente a las tropas portuguesas pero Isabel saliese vencedora de la contienda Fernando insiste en su testamento en perseverar en la unión de ambos reinos a través de su esposa e hija. Los Trastámara muñidores de la unión de los reinos peninsulares una vez más. La línea política que arrancaba en el compromiso de Caspe y la implantación de la misma casa dinástica en ambas coronas continúa setenta años después con fuerza por encima de las individualidades. Tal era el compromiso y la determinación de esta singular familia.

Una vez celebrados los festejos nupciales en Plasencia el monarca portugués se dirigió al norte para conectar con las ciudades rebeldes de Arévalo, Toro y Zamora, todas cercanas a la frontera y todas fieles partidarias de Juana. Algunos especialistas de la guerra castellano portuguesa han apuntado que Alfonso

⁶ El antecedente más inmediato era la privanza de María de Aragón, esposa de Alfonso el Magnánimo, durante el retiro napolitano de éste.

cometió un inmenso error al llevar su imponente ejército hacia la submeseta norte, donde la mayoría de nobles y ciudades estaban por Isabel, y no hacia el sur, hacia Andalucía y el rico valle del Guadalquivir. La aristocracia andaluza propietaria de extensos latifundios se hallaba a la sazón indecisa entre apoyar al bando isabelino o decantarse por el candidato portugués. Si Alfonso hubiese cruzado Sierra Morena desde Extremadura para hacerse fuerte junto a la gran casa nobiliaria de los Medina Sidonia otra suerte le habría cantado en su aventura castellana. El hecho es que Alfonso, quizá por las intrigas de Villena, quizá por atacar el corazón mismo de la resistencia a su esposa, encaminó sus pasos a Castilla la Vieja donde esperaba encontrarse con los franceses que a su vez tendrían que tomar todo el País Vasco y quizá Navarra. Una vez establecido el pasillo desde Arévalo hasta Fuenterrabía las opciones que quedaban a Fernando e Isabel eran prácticamente nulas. Con esta estrategia en su cabeza ocupó Arévalo y Toro donde se estableció con vistas a tener la retaguardia asegurada. En aquellos tiempos la guerra se desarrollaba a partir del control de fortalezas y ciudades clave donde los ejércitos pudiesen no sólo avituallarse, sino también buscar refugio en caso de una ofensiva enemiga. Fernando enterado de que su rival ascendía sin cortapisas desde Extremadura reclutó apresuradamente un ejército entre las ciudades fieles y los contingentes señoriales de su cuerda. Se calcula que entre todas las unidades Fernando pudo juntar unos 20.000 soldados, cifra sensiblemente superior a la de su contrincante portugués pero mucho más heterogénea, indisciplinada y no muy bien preparada para el sitio. Una vez frente a las murallas de Toro Fernando retó a Alfonso a enfrentarse personalmente para solucionar el problema de la sucesión y evitar de paso el recurso de las armas para el que Fernando no estaba preparado, sus tropas, como ya he señalado anteriormente, no disponían del material de asedio adecuado para rendir una fortaleza bien pertrechada de murallas y con un formidable ejército en su interior. La oferta fue rechazada por Alfonso que doblaba en edad al joven prín-

cipe y que, según parece, arrastraba unos kilos de más nada apropiados para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El fracaso del farol que Fernando se había marcado a las puertas de Toro hizo que el desencanto cundiese entre su hueste mercenaria, que se veía incapaz de acometer el sitio en condiciones. El ejército fernandino comenzó a dispersarse y Fernando hubo de retirar su posición y volver con la cabeza gacha. El primer envite de la guerra había resultado desastroso. Alfonso se pavoneaba victorioso en su refugio de Toro, Zamora caía en sus manos y para colmo la ciudad de Burgos no cedía a las negociaciones de unirse al partido isabelino en espera de la llegada de los franceses. La situación financiera de Fernando e Isabel no era mejor, la leva del último ejército había dejado las arcas reales agotadas y con pocos visos de reponerse en el poco tiempo con el que contaba Fernando. Para asegurarse la liquidez el rey convocó en Medina del Campo a los representantes de la Iglesia castellana, excluido Carrillo que se había pasado al bando alfonsino, para solicitarles un préstamo. Los jerarcas eclesiásticos aceptaron cediendo para su venta parte de la plata que se custodiaba en catedrales e iglesias del reino.

A partir de aquí Fernando reorganizó sus ideas y se marcó un nuevo plan estratégico para rendir la plazas alfonsinas y conjurar el potencial apoyo francés. La situación a finales de verano de 1475 era la siguiente: Alfonso afianzado en el borde occidental del reino con los principales castillos en su poder, Burgos celosamente protegido por el gobernador Juan de Zúñiga y esperando la ayuda de franceses o portugueses, la meseta sur partida en dos entre juanistas e isabelinos y los franceses acechando al otro lado del Bidasoa. La estrategia de Fernando se centraba en arrebatar Zamora a Alfonso y en acabar con la rebelión burgalesa, aspecto clave si se quería exorcizar el temor de un masivo ataque francés. Junto a esto no vendría de más hostigar la frontera portuguesa al sur del Tajo para que Alfonso se replantease la continuidad de la campaña. De cualquier modo rendir Burgos no era tarea sencilla, la tradicional cabeza de

Castilla era por entonces una de las principales ciudades del reino, muy poblada y bien defendida por una guarnición competente en su castillo. La ayuda externa se hacía pues imperativa para semejante cometido. Fernando recurrió a su hermano Alfonso de Aragón, curtido en la guerra catalana, que no se demoró en llegar a la ciudad debidamente equipado con los ingenios de asedio necesarios para la rendición de la plaza. En pocos días Burgos cayó. Su gobernador Juan de Zúñiga debió percatarse de lo delicado de su situación y de lo poco probable del auxilio portugués y entregó la ciudad a Alfonso de Aragón. Isabel se encargaría meses después de tomar posesión personalmente de la ciudad. En el otro frente, en Zamora, las cosas de la guerra pintaban más difíciles. Alfonso tenía destacado en Toro un gran ejército, además, ceder la ciudad a Fernando supondría dar paso a sus tropas a la porción portuguesa del valle del Duero comprometiendo de este modo su reino patrimonial. El rey portugués seguramente avisado de la caída de Burgos y ya en una maniobra claramente defensiva solicitó de Lisboa un nuevo ejército para defender lo ya conquistado y quizá para impresionar a Fernando y llegar a un buen acuerdo con él. El hijo de Alfonso, Juan, se presentó en Toro con 10.000 hombres más y desde allí junto a su padre y al ejército portugués que llevaba meses en tierras de Castilla se dirigieron a Zamora. Fernando no se retrasó y con la ayuda de su hermano Alfonso condujo a sus tropas al encuentro de los portugueses que se encontraban a las afueras de Toro. Las batallas a campo abierto solían ser decisivas en los conflictos medievales y precipitaban los movimientos tácticos tales como la toma de fortalezas que a la larga venían siempre a delimitar la frontera entre vencedores y vencidos. A primeros de marzo de 1476 los dos ejércitos, el castellano-portugués de Alfonso y el castellano-araгонés de Fernando se enfrentaron en Peleagonzalo, localidad cercana a Toro. La victoria fernandina no fue aplastante pero bastó para dispersar a las tropas portuguesas y dejar franco el camino hacia Zamora que tardó apenas unos días en rendirse.

La conquista de Burgos y Zamora a principio y final del invierno respectivamente surtieron un efecto muy beneficioso para los intereses de Fernando e Isabel. Acto seguido plazas de cierta envergadura como el Alcázar de Madrid, o la misma Toro que seguían fieles a Alfonso se entregaron. La batalla de Peleagonzalo que ha quedado en los anales de la historia como la primera gran victoria de los Reyes Católicos sirvió de excusa para edificar la iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo de cuya magnificencia y belleza podemos hoy disfrutar.

Alfonso, escocido seguramente por el severo correctivo que había aplicado Fernando a su codicia se retiró a Portugal a lamerse las heridas y a preparar un nuevo asalto. La campaña castellana había sido catastrófica para el portugués, después de ocho meses vagando por Castilla, de Plasencia a Arévalo, de Arévalo a Toro y de ahí a la derrota en el campo de batalla las pretensiones alfonsinas sobre la corona de Castilla se desvanecían como un terrón de azúcar en una taza de café caliente. La credibilidad del monarca luso estaba bajo mínimos, y no sólo en Castilla sino también en su propio reino al que había abandonado para entrometerse en un asunto extranjero por simple ambición personal. Convencido de que la razón de su fracaso había sido el mutis francés planeó un viaje a la Francia de Luis XI para reunirse con él y presionarle en persona. El monarca galo, la Araña Universal, que de tonto no tenía un pelo ignoró a Alfonso durante meses mientras negociaba en secreto con Fernando e Isabel para llegar a un acuerdo en los Pirineos a cambio de no interferir en la querella dinástica castellana. Los acuerdos entre Luis XI y los reyes de Castilla se plasmaron a fines de 1478 en los Pactos de San Juan de Luz. La elección de esta localidad de las Vascongadas francesas no fue casualidad. Durante la guerra con Portugal Luis XI había intentado ocupar varias veces, sin éxito, el castillo de Fuenterrabía, enclave fronterizo de primer orden en la desembocadura del Bidasoa y puerta de acceso al reino de Castilla. En San Juan de Luz los soberanos de ambos reinos acordaron delimitar sus áreas de

influencia, es decir, que los franceses se abstuviesen de apoyar la causa de La Beltraneja y que los castellanos rompieran amarras con el reino de Borgoña y con la casa de Habsburgo, tradicionales enemigos del inquilino del Louvre. Las disputas fronterizas en el Pirineo catalán no habían finalizado, Juan II, el padre de Fernando, seguía enredado en la pacificación del principado y en la recuperación de los condados ceretano y rosellonés. ¿Por qué Fernando se avino entonces a pactar con Luis cuando su padre y su reino patrimonial aun tenían cuentas pendientes con el francés? El joven rey de Castilla, que poco tenía de improvisador y mucho de estrategia de largo recorrido, quizá dejó la cuestión del Rosellón para más adelante. Fernando a fin de cuentas era en 1478 rey de Castilla y no de Aragón donde su padre aun vivía, y puestos a establecer prioridades la primera era sin duda conjurar el peligro portugués que permanecía latente en tanto que el viaje de Alfonso a Francia se prolongaba más de lo debido. El monarca portugués llegó a mediar entre Carlos de Borgoña y Luis XI para poner fin a la guerra franco borgoñona y dejar a los angevinos libres para intervenir en Castilla. Los equilibrios en el alambre de Alfonso de Portugal terminaron de modo rocambolesco, después de abdicar en su hijo Juan y afirmar que su deseo era peregrinar a Jerusalén el rey volvió a Lisboa para defender de manera postrera la candidatura de su joven esposa⁷ al trono castellano. Tras reclutar de nuevo un ejército, sin el concurso de su hijo, invadió Castilla para caer derrotado en la batalla de Albuera.

La paz entre Castilla y Portugal era tras la derrota de Albuera necesaria para ambas partes. Los portugueses y con ellos a su cabeza el hijo del monarca deseaban poner fin a la aventura castellana de Alfonso. Los castellanos, agotados tras casi un siglo de disputas dinásticas y guerras civiles, esperaban la consoli-

⁷ El desdichado Alfonso no pudo siquiera ver reconocido el matrimonio con la joven Juana al ser revocada la dispensa papal que les permitió casarse por el pontífice Sixto IV.

dación de la monarquía que a su vez estabilizase el reino y acabase con las continuas banderías nobiliarias. Las negociaciones de paz se demoraron varios meses para finalmente materializarse en los cuatro tratados de Alcaçovas en septiembre de 1479. En los tratados se reconocía a Isabel como legítima reina de Castilla y se renunciaba a cualquier pretensión portuguesa sobre el trono castellano. Además, y como preludio del futuro Tratado de Tordesillas de 1494, Castilla y Portugal se repartían las todavía incipientes posesiones de ultramar. Los castellanos renunciaban a explorar la costa africana y los portugueses a intervenir en el archipiélago canario que estaba a medio conquistar. En los tratados se incluía también el perdón que la reina debía conceder a todos los castellanos que se hubiesen significado en el pasado por la causa juanista.

Casi al tiempo que la guerra en Castilla daba sus últimas boqueadas y se iniciaban las negociaciones de paz el rey Juan II de Aragón fallecía en Barcelona. La figura y obra del anciano rey, históricamente superlativa y llena de claroscuros, dejaba la corona de Aragón con una fractura muy marcada en el Principado de Cataluña. Tras la entrega de Barcelona en la Capitulación de Pedralbes la situación de Cataluña no había conocido respiro. A los problemas de la frontera pirenaica y la constante amenaza francesa se sumaban el fracaso militar en el Rosellón y la espinosa cuestión de los derechos señoriales y las propiedades transferidas durante la guerra civil. El rey, posiblemente obsesionado por la recuperación de las comarcas cedidas en mala hora a Luis XI, descuidó los problemas germinales del conflicto civil a los que se añadieron las querellas posteriores a la paz. Tanto la Generalidad como los prohombres catalanes esperaban la normalización definitiva del principado y la resolución necesaria para hacer frente a las paradojas que había ocasionado la larga confrontación civil y la no menos larga y agitada posguerra. Fernando, consciente de la ingente tarea de reconstrucción en Cataluña y completamente sumido en los asuntos de Castilla que atravesaban un momento clave, se

demoró varios meses en presentarse ante las autoridades de la amalgama de reinos que componían su corona patrimonial. Finalmente el rey se personó en Barcelona en septiembre de 1479 para tomar posesión de la parte de la corona que a Cataluña le correspondía. En su breve estancia en la Ciudad Condal, ciudad por cierto que había sido testigo de destacados capítulos de su infancia, pergeñó la reforma que se materializaría a lo largo de su dilatado reinado.

Los dos últimos años de esta Década Fundamental fueron pródigos como hemos visto en acontecimientos favorables a la causa de los recién legitimados reyes de Castilla y novísimos reyes de Aragón. Pero el hecho que sin duda alguna debió hacerles más felices como monarcas y, por supuesto, como padres fue el nacimiento de su primer y último hijo varón. En el infante Don Juan⁸ se depositaron grandes esperanzas, frustradas como se verá más adelante, de realizar una política dinástica que dejase las dos coronas en manos de un único heredero. El factor de la masculinidad en la herencia era entonces de una importancia capital. A pesar de que en Castilla podían reinar las mujeres esta eventualidad se contemplaba como algo poco deseable ya que a la hora de defender el reino y captar voluntades guerreras los príncipes contaban con mayores posibilidades que las princesas. Por no hablar de los usos de una época en la que la mujer estaba considerada desde el nacimiento como un ser inferior cuya legitimación como persona se conseguía única y exclusivamente a través del matrimonio y la maternidad. Isabel evidentemente fue una excepción y de ello debemos congratularnos. Fernando conocía de primera mano la complicada situación política que atravesaba Navarra desde la muerte de la reina Blanca, y no era para él ajeno que una parte importante de la crisis castellana, con la corona disputada entre dos féminas, se debía a la falta de un candidato varón. De

⁸ Al que llamaron de este modo en honor de sus dos abuelos reyes ambos de Castilla y Aragón casualmente bajo el mismo ordinal.

hecho, si el malogrado infante Don Alfonso, hermano de Isabel, hubiese sobrevivido él nunca se habría hecho con la Corona de Castilla. El nacimiento del infante tuvo lugar en Sevilla en junio de 1478 al tiempo que los reyes trataban de pacificar Andalucía tras la guerra civil. El arduo trabajo de normalización de la vida política castellana consumió dos largos años de negociaciones con los nobles levantiscos y concesiones sin tasa para sumar fidelidades a los reyes. Se llegó a un acuerdo con los Estúñiga y con la todopoderosa familia Pacheco propietaria del marquesado del Villena y que se había significado como la cabeza del partido alfonsino. El marqués prefirió no tentar a la suerte y viendo la cada vez más complicada posición internacional de Alfonso reconoció a Isabel y pudo conservar sus posesiones y privilegios. Más difícil fue atraer al rebaño al arzobispo Carrillo que de adalid de los reyes pasó a ser su más enconado rival. Se atrincheró en torno a Alcalá de Henares y hubo de rendirse en Uclés ante las armas superiores de un general isabelino. En el País Vasco, tierra de realengo amenazada por los franceses, se frenaron las ambiciones territoriales de la aristocracia local para regocijo del pueblo que nombró a Fernando con gran júbilo Señor de Vizcaya en uno de sus viajes a las Vascongadas. Andalucía estaba dominada por los marquesados de Medina Sidona y Cádiz, ambos naturalmente enfrentados, y que habían tenido en el pasado veleidades alfonsinas. Fernando e Isabel terciaron entre ambos con objeto que la semilla de la discordia no se extendiese también por el extenso y populoso reino andaluz. A principios de 1479, coincidiendo con la muerte de Juan de Aragón, la pacificación era completa y la guerra con Portugal quedaba pendiente del imprescindible ajuste jurídico que cristalizaría en Alcaçovas.

La paz había llegado a los dos grandes reinos hispánicos de la mano de dos monarcas singulares que con determinación supieron capear una década marcada por dos guerras intestinas, una rebelión nobiliaria y las asechanzas constantes del exterior. Muy bien podría haberles costado la corona a los jóvenes

monarcas, ya de Castilla y Aragón, que en aquel año de su consagración contaban con apenas treinta años de edad pero que habían venido como muy acertadamente dijo Iñigo de Mendoza «a soldar las quebraduras de nuestros reinos de España.

III. CONSOLIDACIÓN, REFORMA Y CONQUISTA (1480-1492)

Tiempo de cambios

Sería un lugar común recordar que uno valora mucho más lo que le ha costado arduo trabajo y sacrificio conseguir que lo que se obtiene fácilmente, regalado o heredado de los padres. Eso mismo debieron considerar los jóvenes reyes de Castilla y Aragón al terminar la guerra con Portugal en 1479. La corona castellana se había mostrado esquiva y varios fueron los obstáculos que Fernando e Isabel hubieron de franquear para hacerse con el control de la misma. Primero fueron los funambulismos políticos del pobre Enrique IV, atado a la idea de dejar el trono a su hija, después por la resistencia enconada de una parte nada despreciable de la nobleza y para terminar y como colofón a esa carrera los monarcas vecinos engatusados con el caramelo de clavar pendón propio en tierras castellanas. El resultado de tamaño cúmulo de incomodidades fue que tanto Isabel, reina propietaria, como su esposo Fernando se tomaron muy, pero que muy en serio eso de reinar y de devolver la paz y el sosiego a los asendereados reinos que acababan de ganar con el sudor de su frente y la sangre de sus soldados.

El órgano supremo de gobierno de esa Castilla aun medieval que empezaban a regir los jóvenes soberanos eran las Cortes Generales del reino. Las cortes limitaban el poder del rey, el señor natural de la tierra, y fijaban las leyes que habrían de ser obligatoriamente refrendadas por el monarca. En las

Cortes de Castilla, las mismas cuya semilla había plantado siglos antes el gran Fernando III, rey santo que arrebató a los musulmanes la ciudad de Sevilla, las gentes del reino se presentaban ante el rey divididas en tres estamentos o estados. La nobleza, el clero y los ciudadanos de los municipios. La castellana, como toda sociedad cristiana de la época, era férreamente estamental. Por un lado, y muy ligados al monarca, el estamento aristocrático, el de los *ricos hombres*, propietarios de señoríos y con un peso específico, como ya hemos visto, muy superior a su número. Por otro el estamento eclesiástico, heterogéneo grupo que iba desde los míseros párrocos rurales a hijos de la fortuna tales como arzobispos y cardenales que casi siempre estaban emparentados con miembros de la alta nobleza. Por último los ciudadanos, entendido por habitantes de las ciudades no por su moderna acepción, que en principio se trataba de la poderosa burguesía mercantil que en algunos enclaves de Castilla la Vieja había prosperado con éxito. Los monarcas castellanos convocaban Cortes, o Curia Plena que es como se conocía la convocatoria en la época, cada cierto tiempo y a su antojo. No existía ni periodicidad ni lugar fijo para este tipo de reuniones y por lo general servían para cuestiones hacendísticas, es decir, aprobar nuevos gravámenes, o para que el rey hiciese públicas resoluciones de cierta envergadura.

A la vuelta de Fernando de Cataluña tras la muerte de su padre no quedaba en Castilla más remedio que convocar Cortes urgentemente. Los reyes habían reunido por última vez a la máxima asamblea cuatro años antes, en plena guerra civil, en la villa de Madrigal, pero por entonces poco o nada podía disponerse con el mapa del reino revuelto y la corona disputada. De las Cortes de Madrigal no salió nada importante a excepción si cabe de la reforma de la Hermandad, o lo que es lo mismo, una especie de policía rural muy adecuada para los tiempos inciertos que entonces se vivían. La siguiente convocatoria de Cortes tuvo lugar en Toledo en la primavera de 1480. La guerra inte-

rior había terminado, Juan II reposaba ya en Poblet⁹ y las fronteras del reino estaban en paz gracias a los acuerdos con Luis XI y con los portugueses en Alcaçovas. Además, la guerra quedaba muy cercana, demasiado cercana como para dormirse en los laureles invitando de este modo a ciertos nobles a tomar la iniciativa. Las Cortes de Toledo suponen el momento fundacional de la monarquía de los Reyes Católicos y son el soporte de casi todo su reinado. En Toledo se habló mucho, se legisló más y se dejaron asentados los cimientos de la Castilla moderna.

Lo primero que se trató fue el Consejo Real, órgano informal compuesto desde hacía siglos por renombrados juristas, que servía de apoyo al rey y que en condiciones normales era donde se despachaban los asuntos de la gobernación del reino. Fernando e Isabel mantuvieron el Consejo, pero hicieron de él un arma verdaderamente real. La aristocracia y los altos dignatarios eclesiásticos podían asistir a sus plenos pero se les privaba de la prerrogativa de intervenir en los mismos y, por supuesto, del voto. La Curia Palatina quedaba pues como un órgano de decisión hecho por y para los monarcas.

La justicia, brazo del poder cuya administración entraña peligrosas veleidades, fue sometida a una reforma en profundidad. La Chancillería o Tribunal Real, fue adaptada al gusto del rey y poblados sus cargos de funcionarios expertos en derecho. El alto tribunal fue fijado geográficamente en la ciudad de Valladolid, rasgo inequívoco de modernidad, con objeto de conferir a la institución de cierta independencia y de no obligar a sus magistrados a peregrinar tras los pasos de la Corte ambulante de la época. La ley tampoco se escapó. El corpus jurídico castellano era, todavía a finales del siglo xv, las antiguas Partidas promulgadas por Alfonso X, a las que se le habían añadido las disposiciones y enmiendas de los monarcas en un conjunto anárquico y de difícil interpretación hasta por el más avezado

⁹ El monasterio de Poblet, en la provincia de Tarragona, era tradicionalmente la morada última de los reyes de la Corona de Aragón.

jurista. Se encargó la recopilación de las ordenanzas a un reputado abogado, Alfonso Díaz de Montalvo, que con los años vendría a alumbrar el famoso Ordenamiento de Montalvo.

Siendo la administración y la justicia de capital importancia para el futuro buen gobierno del reino lo que más inquietaba a los reyes era la Hacienda. La corona castellana llevaba años emitiendo juros, es decir, títulos de deuda pública, para costear las campañas guerreras y para enjuagar la pésima administración de las rentas reales. Parte de estos juros habían sido adquiridos por la nobleza que esperaba ver remunerada su inversión con sus correspondientes intereses. O se llegaba a un acuerdo o se rompía la baraja. La corona por lo general salía airosa de estos envites hacendísticos cediendo señoríos y villas de realengo a los que esperaban en vano cobrar las rentas del juro. Pero Isabel no estaba dispuesta a ver como seguía menguando el patrimonio real que llevaba, tras los reinados de su padre y hermano, un camino decreciente y alarmante. La reina ofreció a los nobles liquidar los intereses de los juros pero solo desde 1464, año que pusieron como inicio de la inestabilidad. Los nobles, acuciados por los dispendios bélicos y en plena tarea de reconstrucción de sus señoríos, aceptaron el trato y quedó de este modo zanjado un asunto tan desagradable como peligroso pues cualquier excusa valía a las partes enfrentadas para enredarse de nuevo en disputas.

Por ultimo, y con objeto de fortificar la dinastía en el trono las Cortes hubieron de acatar al heredero, el príncipe Juan, y lo que es más importante, a aceptar que en caso de que la reina falleciese en minoría de edad del infante sería Fernando el encargado de la regencia. Esto, como veremos más adelante traerá consecuencias pues Fernando sobreviviría, y por mucho, a su esposa e hijo.

Las reformas emanadas en las Cortes de Toledo afectaron, como es lógico, exclusivamente al Reino de Castilla. Aragón, a pesar de formar ya parte de la monarquía discurría como corona aparte con legislación y ordenamiento jurídico diferente al cas-

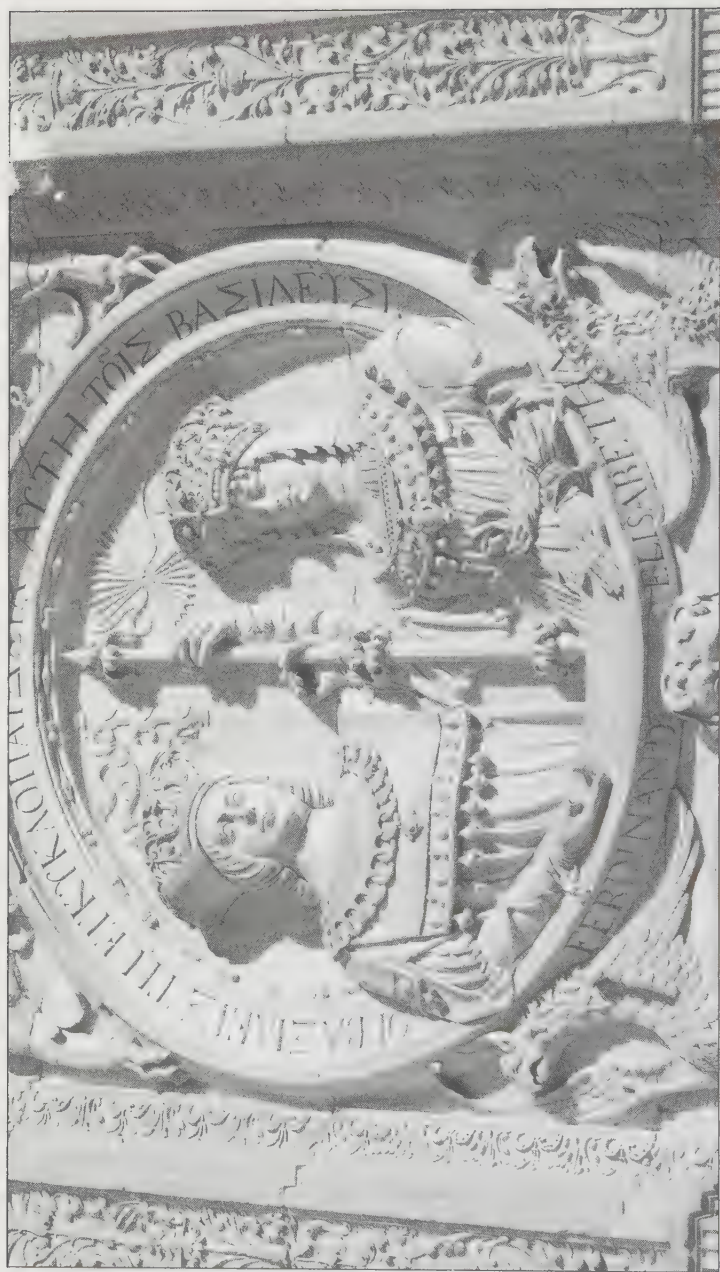
tellano. Esto fue así durante siglos aunque es de rigor remarcar que la idea, la visión única de los reinos, imperaba ya en ese momento germinal del reinado de los Reyes Católicos. Isabel se debía a su Castilla que era el hermano fuerte de la pareja de gemelos que acababa de heredar. Fernando en cambio estaba fuertemente implicado en Castilla, de hecho llevaba más de diez años residiendo en ella, pero era el monarca patrimonial de la corona aragonesa, a la que debía juramento y cuya tradición y regiones conocía a la perfección. Fernando tuvo siempre una concepción mucho más unitaria de sus reinos que su esposa. Algunos investigadores han insistido sobre este aspecto y nada hace desconfiar de él. Una nación, la hispánica, heredera de los visigodos y las monarquías medievales, unida bajo la misma corona y por ende el mismo estado. La España de entonces anclada en el tradicionalismo medieval no estaba en absoluto preparada para estas innovaciones fernandinas. Lo que no es una suposición sino una realidad palmaria emanada en los textos de la época es la concepción de los Reyes Católicos como redentores de la Hispania traicionada por el último rey godo y ultrajada en su esencia cristiana por la invasión musulmana. En un tiempo en que el mito gótico campaba por sus respetos a lo largo y ancho de la geografía intelectual española, no es de extrañar que la llegada de los infantes de Castilla y Aragón a sus respectivos tronos enlazados por el vínculo matrimonial ocasionase más de un poema mesiánico acerca de su papel en la devenir de los afligidos reinos hispánicos.

Concluidas las cortes toledanas y seguramente pleno de satisfacción Fernando se encaminó a finales de 1480 a sus reinos patrimoniales, a ese conglomerado variopinto que le había legado su difunto padre, y que si bien no atravesaba en aquel entonces uno de sus mejores momentos históricos era parte integral e irrenunciable de la monarquía que junto a Isabel estaba fundando. La complejidad administrativa de los reinos orientales era tal que para iniciar aun una tibia reforma debía reunir por separado las Cortes de las tres coronas. En Zaragoza convocó

a las del Reino de Aragón y dejó a Isabel como representante suya presidiéndolas. Acto seguido se dirigió a Barcelona para hacer lo propio con las del principado catalán. La Ciudad Condal se encontraba sumida en la resaca de la década y media de combate continuo que había precedido su llegada al trono. De las heridas que todavía sangraban tras la contienda civil la más pronunciada de ellas era la cuestión de los bienes sustraídos por los vencedores. A lo largo de la guerra aquellos que apoyaron la causa del rey Juan se habían apoderado de sustanciosas propiedades antes pertenecientes a prohombres y nobles significados por su apoyo a la Generalidad. La Capitulación de Pedralbes y las posteriores campañas en el Rosellón habían aplazado *sine die* la resolución de tan importante asunto por el que además el propio rey Juan II no estaba dispuesto a jugársela de nuevo. Fernando, que venía de Toledo tras haber saldado importantes acuerdos con la influyente nobleza castellana, propuso llegar a un arreglo entre los usurpadores y sus víctimas que en principio no tuvo demasiado eco. Ya un par de años antes, a la muerte de su padre, había intentado resolver lo de los bienes sin demasiado éxito por lo que nada hacía pensar que la dividida y convulsa oligarquía catalana estuviese por la labor de hacer sacrificios. El rey abandonó, seguramente contrariado, Barcelona para volver con su esposa Isabel unos meses después. Era la primera vez que Isabel pisaba tierras catalanas, es más, esta fue la primera y última ocasión en que un monarca castellano visitó Barcelona. El recibimiento a los monarcas, que fueron bienvenidos por la Generalidad, sería un preludio a la concordia que a los pocos días Fernando obtendría de las autoridades catalanas. El complicado tema de la restitución de bienes se resolvió con un inteligente dictamen del rey. Los usurpadores debían devolver las propiedades que hubiesen enajenado durante la guerra eso sí, a cambio de una indemnización. Como la situación no estaba para bromas y las fuerzas del principado andaban bajo mínimos tanto unos como otros aceptaron. La debilidad catalana no obstante no provenía exclusivamente de

los aciagos años de la guerra civil sino que se debía en gran parte a una coyuntura mercantil muy desfavorable. La industria y el comercio catalán en otro tiempo florecientes atravesaban tiempos difíciles, yermos en pedidos y con la flota mercante fondeada en puerto las más de las ocasiones. El emporio barcelonés había sido sustituido curiosamente por la pujanza de otras ciudades de la Corona. Valencia por ejemplo se erigía en primera plaza mercantil de las posesiones reales en la península. En Italia los puertos sicilianos y napolitanos trasegaban mercancías y dineros que un siglo antes hubiesen terminado o empezado su viaje en los muelles de la Ciudad Condal. Para reactivar la industria y el comercio Fernando decretó la redacción de un documento fuertemente proteccionista del comercio catalán, es decir, que en caso de que otros reinos de la Corona precisasen de ciertas mercaderías no pudiesen recurrir a mercados fuera de Aragón. Esto era muy usual. Ciudades italianas como Génova o Venecia surtían al mercado mediterráneo no sólo de capitales sino de un variadísimo catálogo de productos que iban desde tejidos hasta espadas pasando por el inevitable grano, imprescindible para un reino como el aragonés perennemente deficitario de trigo.

La Cortes de Barcelona de cualquier modo serían recordadas por una magna obra jurídica que emanó de ellas. La Constitución de la Observancia o *Constitució de l'Observança* tal y como fue conocida en el catalán de la época. En esta Constitución se reafirmó el papel de la Generalidad como institución representativa del principado en los períodos fuera de Cortes. La Generalidad se reservaba también el derecho de denunciar cualquier intromisión en las prerrogativas y derechos propios del reino. Esto se encaminaba a frenar la más que posible influencia de los lugartenientes reales en Barcelona teniendo muy presente que el rey Fernando ya poco o nada pararía por el principado. La autoridad real en Cataluña estaba desde 1479 representada por un *Llochtinen* (lugarteniente) nombrado por el propio rey. De cualquier modo Fernando se blindó haciendo



Relieve de los Reyes Católicos en la Universidad de Salamanca.

reflejar en la Constitución que cualquier contrafuero¹⁰ denunciado por la Generalidad habría de ser juzgado en la Audiencia Real donde Fernando tenía suficiente mano para llevarse el gato al agua.

El modelo de lugartenencia o virreinato a cargo de un *Lloch-tinen* se extendió con mayor o menor fortuna por otros territorios de la Corona aragonesa. En Valencia el lugarteniente real llegó a ser muy poderoso y extremadamente fiel a Fernando. Es quizá por ello que el rey católico jamás prestase atención a las reformas que tanto el reino de Valencia¹¹ como las Islas Baleares precisaban. La gobernación de los reinos aragoneses se convirtió en un auténtico quebradero de cabeza para Fernando a lo largo de sus casi cuarenta años de reinado. Aragón, Cataluña, Valencia y el resto de coronas adscritas al trono eran un laberinto jurisdiccional. Las disposiciones se aplicaban y más tarde o más temprano perdían su eficacia o eran interpretadas por mandos incompetentes o ansiosos de ampliar su poder a expensas de las oligarquías locales que, en Barcelona y Valencia especialmente, eran muy influyentes y apoyadas por la tradición y las fuerzas vivas de los municipios. La labor de enderezamiento de la Corona de Aragón consumió prácticamente el reinado completo de Fernando que, una vez muerto a principios del siglo XVI pasaría a la historia como el artífice de la modernización, en el sentido histórico del término, de tan heterogénea corona medieval.

Tambores de guerra

Cataluña ayer como hoy no era sólo Barcelona. A lo largo de toda la baja Edad Media y más aun en el período que nos ocupa

¹⁰ Los Contrafueros eran las infracciones contra los privilegios, derechos y libertades del reino.

¹¹ Valencia venía siendo desde tiempos de su padre la prestamista oficiosa del monarca. Las arcas de la Generalidad valenciana estaban tan exhaustas que hasta llegaron a negar un préstamo Fernando.

la sociedad rural catalana estuvo fuertemente conmocionada. El campo catalán, poblado y trabajado por los payeses, poseía una estructura social típicamente feudal. Los campesinos, o al menos una parte importante de ellos, vivían fijados a la tierra en un régimen de servidumbre personal del que sólo podían liberarse pagando una cantidad determinada por el Señor y que venía a llamarse *Remença* o redención. Todos estos campesinos de remensa aguijoneados convenientemente por líderes locales y con cierta mirada de favor de la corona se habían levantado un siglo antes, en 1380, contra lo que ellos llamaban Malos Usos de los señores, entre los que se incluía el curioso y gráfico *Ius Maltractandi* o Derecho de Maltrato. A lo largo del siglo xv los devaneos entre el partido remensa y los monarcas de la Corona de Aragón fueron continuos. A un rey como el aragonés sometido al pacto y controlado férreamente por las cortes de todos sus reinos cualquier enemigo de sus enemigos era su amigo, por lo que tanto Juan como su hermano Alfonso siempre vieron con buenos ojos a los remensas y a su causa liberadora. En ello se trufaba un tanto de piedad cristiana con otro de interés político. La aristocracia catalana no era, ni de lejos, tan poderosa e influyente como la castellana, pero no escatimaba esfuerzos el rey allá donde pudiese pellizcar una pizca más de poder. Fernando se había amamantado con este problema. No estaba muy lejos su trágica experiencia infantil en la ciudadela de Gerona acompañado de su madre y de destacados representantes del campesinado remensa. Las rentas sin embargo que los remensas habían obtenido a cambio del apoyo incondicional a Juan durante la guerra civil no habían sido cuantiosas. La devastación producida por el conflicto y la necesidad imperiosa de aplacar los ánimos de los nobles terratenientes había hecho incluso reducirse las esperanzas campesinas de conseguir su desquite particular.

A finales del verano de 1484 el campo catalán, especialmente el del norte del principado, volvió a incendiarse. El cabecilla de los sublevados Joan Sala apelaba en sus correrías

por la campiña ampurdanesa a la figura del rey como garante de los derechos de los campesinos. La revuelta fue imponiéndose por todas las comarcas septentrionales de Cataluña hasta que en la primavera siguiente los remensas de Sala llegaron al Vallés, a las mismas puertas de Barcelona. La reacción de la Generalidad y de los prohombres barceloneses, apoyada firmemente por el virrey Enrique Fortuna, fue de estupefacción y cólera. ¿Cómo podía ser que una cuadrilla de desarrapados, de bandoleros se hiciese con media Cataluña ante la pasividad del rey? El rey, Fernando se encontraba en Córdoba enfrascado ya en la campaña de Granada y no era ajeno a lo que sucedía en Cataluña. Oportunos correos le mantenían informado en su cuartel andaluz de las evoluciones que Joan Sala y los suyos hacían por el principado catalán. Dio orden de reprimir el levantamiento y de castigar a los culpables. El virrey se dirigió al encuentro de los sublevados y los derrotó decapitando el movimiento con la ejecución sumaria de Joan Sala. Conjurado el peligro remensa el campo, al menos las fértiles vegas de las comarcas norteñas, volvió por donde solía, a la tranquilidad y al envalentonamiento de los señores. En la montaña gerundense se mantuvieron focos aislados de rebeldes que si bien estaban ayunos de fuerzas como para emprender otra asonada no dejaban de ser una amenaza encaramada en lo alto del Pirineo. Fernando lo entendió así y encargo a un especialista castellano, es decir, no contaminado por las disputas seculares que habían barrido Cataluña, una sentencia que pusiese fin de una vez por todas al conflicto remensa. Fruto de esta labor llevada a cabo por Iñigo López de Mendoza nació la famosa Sentencia Arbitral de Guadalupe que de un plumazo vino a dar un nuevo aire a la convivencia rural catalana. La Sentencia, que algunos autores han calificado casi de revolucionaria para la época, supuso el fin de la servidumbre personal en Cataluña. Los campesinos hubieron de hacer efectiva a los señores una última suma de 60 sueldos por cabeza en concepto de indemnización por los privilegios perdidos. Además los remensas

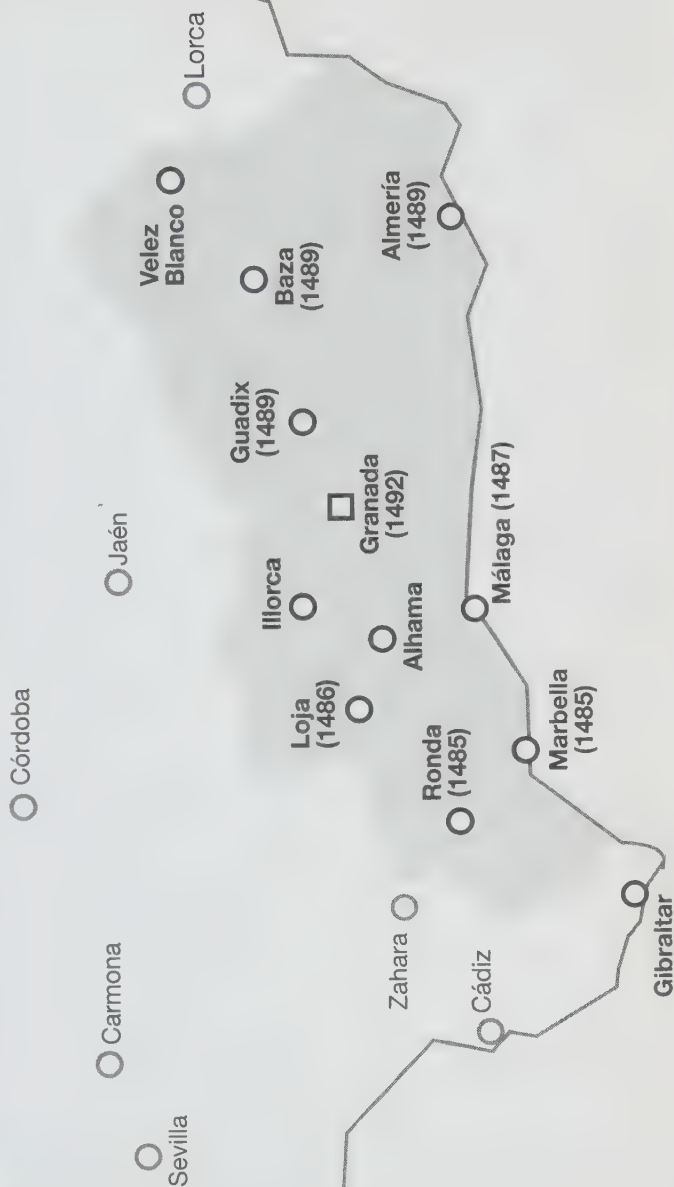
debían abonar otras 6.000 libras por los destrozos causados durante el levantamiento de Sala. El rey, que en estos arbitrajes tenía por lo general poco que perder y mucho que ganar se reservó para la corona una multa de 50.000 libras que más tarde se convirtieron en 60.000 al poner al día una deuda que el partido remensa había adquirido con Alfonso V. El campesinado catalán entraba con esta sentencia en la modernidad. Otros derechos señoriales se mantuvieron durante siglos. Tal es el caso del diezmo o del pago por el uso de bosques o tierras comunales del señorío. El hecho, y esto es irrefutable, es que Fernando sentó las bases definitivas de la pacificación de Cataluña, acabó con un conflicto civil que arrastraba más de un siglo de existencia y dejó remachada la estructura de la Cataluña moderna.

La campaña de Granada

En 1480 el poder musulmán en la Península Ibérica, que en otros tiempos había sido omnipresente e indestructible, se reducía al emirato nazarí de Granada. La conquista del valle del Guadalquivir gestada por Fernando III en el siglo XIII había dejado a un lado las posesiones de la dinastía nazarí gracias a un inteligente acuerdo entre el fundador de ésta, Mohamed Ben Alhamar, y el rey castellano. Durante los dos siglos siguientes el rey moro permaneció las más de las veces como vasallo del rey de Castilla y como eficaz vehículo de sustanciosos tributos a la siempre sedienta hacienda castellana. El antiguo Reino de Granada comprendía aparte de la hoy provincia del mismo nombre los territorios casi íntegros de las provincias de Almería y Málaga. El reino no era en absoluto extenso, unos 300 kilómetros este a oeste por 100 de norte a sur, pero poseía una población muy numerosa, en especial si la comparamos con la de los reinos cristianos de la época, una vega muy fértil y cierto dinamismo mercantil en torno al puerto malacitano. La situación

REINO DE GRANADA, 1481

(Año de reconquista)



política del pequeño reino musulmán no era tan dulce como la caña de azúcar que se cultivaba en sus plantaciones del sur y que le reportaba cuantiosos beneficios. Durante todo el siglo xv la corona granadina había estado sometida a continuas idas y venidas de favoritos, a intrigas palaciegas y a más de una intervención de Castilla, peligroso vecino exterior que de tanto en tanto hostigaba la frontera común celosamente custodiada por las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara. Tanto Juan II, el padre de Isabel la Católica, como Enrique IV habían hecho su particular campaña de Granada. En tiempos del rey Juan los nobles castellanos habían llevado a cabo una activa política de frontera. Entre 1429 y 1431 Álvaro de Luna saqueó la vega granadina por dos veces y hasta se permitió el lujo de infligir una severa derrota al rey Mohamed IX que según cuentan costó la vida a 12.000 musulmanes. Las escaramuzas fronterizas continuaron con Enrique IV mientras el palacio de La Alhambra se convertía en un nido de serpientes donde clanes nobiliarios, validos y emires jugaban al póquer con el destino del último reino moro. Además, y como remate a la ya de por sí delicada posición del último reducto islámico, los tributos en oro que desde hacía siglos se entregaban al rey de Castilla se interrumpieron. Los emires sumidos en la ficticia realidad de la corte granadina y convencidos de la debilidad castellana dieron más valor del debido a los problemas dinásticos en Castilla y a la guerra con Portugal. De hecho Isabel, envuelta en plena ofensiva de Alfonso de Portugal, había apelado a la tregua con los nazaríes por dos veces consecutivas cosa que no hizo más que confirmar la presunta, y como veremos temporal, flojera castellana.

Las correrías fronterizas estaban a la orden del día. Nobles andaluces y granadinos se enzarzaban a menudo y no era extraño que ya por rapiña, ya por gloria militar o ambas entrelazadas ciertas fortalezas pasasen alternativamente de unas manos a otras. Pero en 1481, coincidiendo con la visita que los Reyes Católicos hacían a Zaragoza una expedición dirigida por

el mismo emir, el famoso Muley Hacén¹², cruzó la frontera cerca de Ronda y por sorpresa ocupó la localidad de Zahara. La noticia de la caída de la plaza castellana a manos del emir corrió como la pólvora por los reinos de Castilla y Aragón hasta llegar al Ebro donde se encontraba el rey. Fernando, como ya hemos visto, se encontraba por esas fechas completamente inmerso en los problemas de sus intratables reinos patrimoniales. Ese mismo invierno lo pasaba Fernando en Zaragoza contrariado por la falta de cooperación que le prestaba la Generalidad catalana y aplazó la venganza durante unos meses, al menos hasta su vuelta a Castilla donde, a pie de trinchera podría organizar no sólo la reconquista de Zahara, que había arrebatado a los musulmanes su abuelo y tocayo Fernando I, sino de todo el emirato.

Pero antes de que a los reyes les diese tiempo de asentarse en su nuevo cuartel general el marqués de Cádiz, Rodrigo Ponce de León, atravesado con la idea de ver a los adoradores de Alá ocupando Zahara, que además era villa de su señorío, emprendió por su cuenta una campaña relámpago un tanto descerebrada pero que por los lances de la suerte y la sorpresa del ataque le salió bien. Ponce de León ocupó con tan sólo 5.000 soldados Alhama, ciudad y fuerte enclavada en el camino entre Málaga y la capital Granada. Ojo por ojo y diente por diente debió pensar el notable gaditano. Los habitantes de Alhama se vieron sorprendidos por la bravura castellana y entregaron la plaza cuyo alcaide se encontraba fuera. Este primer capítulo de la guerra de Granada nos da una idea del cómo y porqué se hacían las guerras entonces. Imbuidos del espíritu de cruzada y con la codicia de nuevas tierras la espectacular maniobra del marqués de Cádiz encendió la espita de un conflicto que tardaría diez años en terminar y que revolucionaría las artes de la

¹² Muley Hacén: nombre castellanizado de Abu al Hassan, emir granadino con cuyo nombre fue bautizado en Sierra Nevada el Mulhacén, pico que con sus 3.478 metros es el más alto de la Península Ibérica.

guerra. El marqués se atrincheró en la ciudadela de Alhama y esperó refuerzos para hacer frente al impresionante ejército de 50.000 infantes que se aproximaba acaudillado por Muley Hacén. Ponce de León resistió encastillado mientras llegaba el auxilio cristiano que el duque de Medina Sidonia y el propio Fernando estaban organizando desde Córdoba. Gracias a la ayuda Alhama consiguió rechazar a los granadinos y recibir provisiones y nuevos efectivos que mantuviese la fortaleza a salvo de una nueva arremetida musulmana. Con Alhama controlada Fernando se planteó en serio la aniquilación definitiva del poder nazarí. En Córdoba, antigua cabeza del califato y que irónicamente sería el centro de operaciones de la guerra granadina, el rey se reunió con la nobleza andaluza, hasta ayer dividida y conflictiva y que gracias a la guerra se revelaba como una piña en torno al monarca. Dos eran las líneas estratégicas. El enlace con Alhama conquistando Loja, lo que garantizaría suministros al puesto avanzado que había ocupado Ponce de León, para desde allí marchar sobre Granada o el sitio y conquista de Málaga, segunda ciudad y puerto principal del emirato. La ciudad portuaria podría bloquearse desde el mar evitando un más que probable socorro norteafricano mientras un nutrido ejército la asediaba en la costa. Fernando, quizá desconfiando de la efectividad real de un bloqueo naval o quizá amedrentado por la potente defensa estática malagueña consistente en dos castillos bien provistos se decidió por el ataque directo sobre Loja. Con un continente que no superaba los 15.000 efectivos se lanzó sobre la ciudad nazarí y, justo es decirlo, se dio de cabeza contra sus murallas. El gobernador musulmán de Loja aguantó el envite y las tropas del rey hubieron de retirarse.

Lo que no se consigue con empeño es ocasiones la diosa fortuna la que se encarga de proporcionarlo gratis. Fernando, que había visto detenido su avance en Loja, recibió una ayuda providencial de mano de las traiciones continuas que se perpetraban en los patios de la Alhambra. El emir Muley Hacén estaba

casado con Fátima que le había dado dos hijos varones, Boabdil y Yusuf, pero siguiendo una larga tradición musulmana de concubinas palaciegas se encaprichó con una joven de origen cristiano, Soraya, por la que repudió a su esposa legítima. La influencia de Soraya en la corte iba en aumento al tiempo que la estrella de Fátima decaía. Finalmente las intrigas atizadas por Soraya concluyeron con la reclusión de Fátima en la Alhambra a lo que ésta respondió levantando a su hijo primogénito Boabdil contra su padre. A la facción de Boabdil se sumó el poderoso clan de los Abencerrajes, dolido con el emir por antiguas rivalidades no resueltas, que en una jugada palatina consiguió desterrar a Muley Hacén de Granada y proclamar a Boabdil, mero juguete de su madre, como nuevo emir bajo el nombre de Mohamed XII. Muley Hacén, legítimo soberano del emirato o al menos eso él creía, se refugió junto a su hermano Mohamed Al Zagal en el castillo de Mondújar. El reino granadino quedaba pues en una tesitura un tanto compleja. Envuelto como estaba en una guerra con Castilla, crecida por el éxito de Alhama y con Fernando ocupándose personalmente de la campaña, se sumó al cuadro una guerra civil, de corte familiar que enfrentaba a padre e hijo, a esposo y esposa, a tío y sobrino.

En Córdoba entretanto, mientras la ciudad de la Alhambra se sumía en una vendetta sangrienta entre padre e hijo, Fernando no perdía ni un minuto en planear su siguiente envite al emirato. La opción de ataque directo sobre Loja se desestimó, la orgullosa ciudad mora resistía valientemente y Boabdil estaba bien advertido de lo estratégica que era la plaza por lo que redobló esfuerzos en mantenerla bien defendida y abastecida. Entre los enemigos de Boabdil no se contaba sólo Fernando, su propio padre y su tío Al Zagal esperaban revancha y era mejor mantenerse en vilo y proteger la entrada natural de Granada y de su feraz vega. Los cristianos estaban al tanto de lo sucedido en Granada por lo que la estrategia de conquista se planteó de nuevo. La parte peligrosa de la monarquía granadina no era Boabdil, pelele de su madre y de los abencerrajes, sino los

curtidos y bien armados Muley Hacén y Al Zagal refugiados en Málaga al abrigo de la poderosa fortaleza montañosa que la naturaleza regaló a esta ciudad costera y con posibilidades de recibir refuerzos del norte de África, madre nutricia de la soldadesca andalusí desde la invasión de los almorávides. El objetivo era caer sobre Málaga desde la comarca de la Ajarquía, al este de la capital, para neutralizar a Muley Hacén y conseguir una base óptima desde donde acometer con garantías la difícil ofensiva sobre Granada. En el papel no pintaba mal el nuevo plan castellano pero la descoordinación de los capitanes cristianos y la falta de un mando centralizado, Fernando se encontraba de visita en Galicia, ocasionaron un desastre que terminó con miles de bajas del lado castellano y con el marqués de Cádiz huyendo de noche y a escondidas del desfiladero donde fue sorprendida su hueste. Pero no era esta la única sorpresa que les esperaba a los soldados cristianos. Boabdil, ansioso de aumentar su prestigio y su discutida autoridad en el emirato, lanzó un ataque relámpago sobre la villa de Lucena, cercana a la frontera, donde sus tropas se encontraron con la feroz y no menos inesperada resistencia del alcaide de la plaza, Diego Fernández de Córdoba. Boabdil desistió viendo que el farol le había salido mal y en el camino de vuelta a Granada un batallón del ejército castellano envalentonado con el aguante numantino de Lucena se interpuso a la ya desanimada tropa mora y apresó al emir en persona. Boabdil fue conducido a Lucena y se informó a Fernando inmediatamente de la buena nueva.

La captura de Boabdil se escapaba de lo que Fernando y sus generales habían planeado a inicios de campaña en Antequera. Ante la miserable imagen del rey cautivo cabían tres posibilidades. Una; ajusticiarlo por el ataque a Lucena, dos; mantenerlo entre rejas y a buen recaudo mientras Castilla continuaba con la reconquista del emirato, o tres; pactar con él y devolverlo sano y salvo a los brazos de su madre. Fernando, o Isabel, o quizá ambos en consulta privada, la verdad es que nunca sabremos ciertamente a quien de los dos corresponden muchas de las

decisiones capitales de su reinado, decidieron por la más inteligente de las tres opciones. Boabdil, el *rey chiquito* tal y como era conocido en la Andalucía de la época, fue liberado. Las razones sobaban. El joven e ingenuo monarca granadino más podía hacer por la causa de Castilla paseando placidamente por el Generalife que encerrado a cal y canto en una cárcel cordobesa. Las disensiones dentro de Granada habían aumentado con la deposición por parte de su hermano del emir exiliado Muley Hacén. En un tablero de juego tan descompuesto, en el que la familia, la sangre y la venganza tenían más fuerza que los cuerpos del ejército era mejor jugar con ficha propia, tener una quinta columna velando por los intereses propios. Boabdil prestó vasallaje a Fernando e Isabel y se comprometió, como no, a reanudar los pagos en metálico que su padre había ordenado interrumpir. Fernando no obstante era astuto y sabía que la palabra dada se rompe con pasmosa facilidad y que nunca en la guerra se debe jugar todo a una carta. Antes de soltar a Boabdil de su cautiverio armó un ejército para avituallar Alhama y ya de paso asolar la vega granadina, donde ordenó una *tala*¹³ en las cercanías de Illora. Como colofón de la expedición, casi a las puertas de Granada, se encontró con Soraya con la que acordó la liberación de su amado hijo.

El mapa de la guerra se dibujaba a mediados de la década en tres frentes. Los castellanos con una renovada estrategia que pretendía el rápido sometimiento de Málaga. El emir granadino en Guadix acompañado de su madre y de los Abencerrajes. Y en Málaga a la espera del empujón castellano Muley Hacén y su hermano el ya emir Mohamed XIII Al Zagal. Fernando combinó una sabia tarea de ataque por fases a la capital costera con la vigilancia de la vega granadina a la que, a pesar del vasallaje

¹³ La *tala* era un procedimiento habitual en las guerras medievales y consistía en asolar los cultivos adyacentes a las ciudades importantes para minar su avituallamiento de víveres. Eran más accesibles y rápidos que los asedios y solían, por lo general, preceder a éstos.

prestado por Boabdil, sometió a talas continuas. Boabdil y Soraya se encontraban en una situación comprometida pues si bien nadie cuestionaba la legitimidad del emir el acuerdo con Castilla había minado notablemente la popularidad del monarca. Los religiosos granadinos habían incluso emitido una *fatwa* declarando a madre e hijo enemigos de la religión y del profeta. La presión en la ciudad que obligó al monarca a exiliarse a Guadix, unida a la presencia del ejército castellano en la vega propiciaron que un doble juego que a la larga saldría caro a Boabdil, a su madre y al casi extinto emirato peninsular.

Muley Hacén resistió en Málaga, ciudad fortificada y de difícil asedio, pero las poblaciones y castillos de la costa occidental fueron como fichas de dominó cayendo entre 1484 y 1485. Setenil fue la primera de la partida a la que siguieron Coín, Cártama, Ronda y Marbella. Fernando, que tan buenos réditos estaba obteniendo en su campaña por la serranía malagueña, volvió a estrellarse contra las puertas de Loja. El ejército que le tocó capitanejar al rey católico en la guerra de Granada era muy distinto a los que su padre o su abuelo habían dirigido. Las concentraciones de soldados eran multitudinarias y cada vez más especializadas y caras de mantener, por lo que una correcta intendencia y unas buenas comunicaciones entre el frente y la retaguardia eran tanto o más importantes que el número de jinetes o la cantidad de lanzas hambrientas de botín. A finales del siglo xv la artillería tomó un papel capital en la guerra, las pesadas y a veces un tanto ineficaces catapultas, onagros y arietes habían dado paso a ingenios modernos y muy destructivos tales como las bombardas, los morteros o los serpentines detonados todos ellos con pólvora. Las ciudadelas medievales caían como castillos de naipes antes las potentes cargas de la nueva artillería pero precisaban de ingenieros expertos en su manejo y de caminos adecuados para su tránsito hasta el frente. Todo esto lo fue aprendiendo Fernando a lo largo de la guerra granadina y lo pondría en práctica con gran fortuna en las campañas italianas que veremos más adelante.

Málaga era junto con Loja las piezas más codiciadas de la corona. Una dejaba expedito el paso occidental a Granada y la otra descabezaba la facción de Muley Hacén y Al Zagal. En 1486 se rindió Loja, auténtico quebradero de cabeza de las tropas castellanas, gracias a un bombardeo masivo por parte de la artillería y al año siguiente se puso sitio a Málaga. Los castellanos se encontraban ya a un paso de la ciudad gracias a las conquistas de anteriores campañas. Álorá estaba en manos de Fernando así como Marbella y Coín pero el rey prefirió dejar completamente aislada la ciudad y ordenó que la conquista comenzase por la Ajarquía, comarca donde años antes el ejército castellano había cosechado un sonoro desastre. Vélez Málaga cayó en abril de 1487 y al poco todas las poblaciones de la Ajarquía fueron entregándose a los castellanos que, como en anteriores ocasiones, permitieron a los habitantes quedarse en sus casas practicando su religión y siendo juzgados por sus propios tribunales islámicos. Málaga pues parecía fruta madura lista para recoger. La flota castellana bloqueó el puerto para evitar el auxilio norteafricano y Fernando en tierra se lanzó al asedio de las dos fortalezas principales de la ciudad, la de Gibralfaro y la de la Alcazaba. Fernando conociendo la capacidad de resistencia de ambos castillos organizó un campamento en torno a la ciudad en el que situó aparte de las tiendas y la imprescindible infantería de asalto todo un tinglado artillero de primera magnitud. Los castellanos además estaban en condiciones de recibir provisiones y munición de refresco ya por mar gracias a la flota fondeaba frente al puerto ya por tierra desde Loja. El destino de Málaga estaba cantado. Tan sólo quedaba la incógnita del papel que Boabdil, que había sido capturado de nuevo en la toma de Loja y que había renovado el pacto con los reyes, desempeñaría en el asedio. Su tío Al Zagal estaba libre, se había salvado por los pelos en el asalto a Vélez Málaga, y en condiciones de enviar un ejército desde Granada. Ambos, tío y sobrino se vieron las caras y la última esperanza de Málaga se diluyó entre rencillas familiares. Quizá Boabdil, convencido de

la ruina total del emirato, conservase la ilusión de mantener al menos alguna ciudad en su poder con la connivencia y el visto bueno de los Reyes Católicos. Málaga finalmente cayó por agotamiento. Los últimos habitantes de aquella Málaga mora que resistió con gallardía ante las bombardas castellanas fueron en su mayoría convertidos en esclavos que se repartieron entre la corona y los nobles que habían ayudado a la rendición de la ciudad. Fernando que había sido generoso en anteriores ocasiones quizá quiso en Málaga dar una lección y una advertencia a las villas y ciudades que permanecían fieles al emir.

Tras el largo y costoso asedio malagueño tan sólo quedaban en manos de los musulmanes las plazas fuertes de Guadix y Baza, el puerto de Almería y la propia capital Granada. Pero tan escaso patrimonio estaba dividido. En Granada gobernaba Boabdil mientras que el resto de ciudades estaban controladas por su tío Al Zagal. La Alhambra podía esperar pues Fernando nunca consideró a Boabdil un rival de envergadura, además, el *rey chiquito* había firmado por dos veces pactos con Castilla de modo que no sería tarea ardua llegado el momento rendir la ciudad del Darro. Al Zagal cuyo espíritu combativo ya se había puesto a prueba en varias ocasiones poseía no sólo el puerto almeriense sino también las fortalezas de Guadix y Baza, convenientemente dotadas y con guarniciones dispuestas a dejarse la piel en repeler el ataque cristiano. El ejemplo malagueño de seguro que estaba presente en las almas de los defensores y de sus alcaides. En Baza comenzó la ofensiva castellana, Fernando situó un notable contingente artillero a las puertas de las murallas y mandó levantar un campamento estable por si el sitio se prolongaba más de lo debido. Y se prolongó. El fuerte resistió estoicamente hasta bien entrado el otoño, las caravanas de abastecimiento se atascaban en los lodazales de las montañas béticas y el desánimo empezó a cundir en la tropa. Fernando recurrió como en Málaga a su comodín favorito, su esposa, que se presentó en el campamento para devolver la moral a sus castellanos y ya de paso para infundir pavor a los sitiados que cier-

tamente veían a Isabel, una mujer soberana, con desdén y algo de miedo. La llegada de la reina resolvió en quince días lo que los cañones no habían conseguido en seis meses. El alcaide de Baza, Sidi Yahya Al Najar, accedió a negociar con los sitiadores y rindió la plaza. El trato que recibió fue muy distinto al que le correspondió a su homólogo malagueño, Fernando lo colmó de honores y lo envió a Guadix para que persuadiese a Al Zagal de la oportunidad de entregarse. El emir hizo caso a Sidi Yahya y tras llegar a un acuerdo con los reyes rindió Guadix y Almería. Al Zagal, al que Isabel había concedido un señorío en la Alpujarra en premio a su sabia retirada, tomó el camino de África y se afincó allí dejando a su sobrino Boabdil a solas frente al enemigo.

La capital del emirato, la bella Granada, que había sido traicionada por su propio soberano y desamparada por los hermanos musulmanes de África se encontraba a principios de 1490 saboreando los últimos días del largo y productivo imperio islámico en la Península Ibérica. Boabdil, el emir endeble manejado por su madre y que había estado haciendo el caldo a los cristianos durante años decidió resistir. Lanzó un contraataque contra la costa con más pena que gloria y al poco se atrincheró tras los muros de La Alhambra, en su querida Granada. Los Reyes Católicos dueños ya de casi todo el reino y que estaban convencidos que la conquista de la capital sería coser y cantar cambiaron de estrategia. Como respuesta a la ofensiva mora en Adra y Salobreña Fernando ordenó una nueva tala en la vega granadina que dejó sin subsistencias a la ciudad durante el invierno de 1491, además y como refuerzo a la devastación de la despensa de la ciudad Fernando ordenó construir un gran campamento a pocos kilómetros de Granada donde se personaron los reyes para infundir moral a los sitiadores y desesperar aun más si cabe a los sitiados. Fue bautizado este campamento con el pío nombre de Santa Fe y no se trataba de unas cuantas tiendas acompañadas de su obligada hoguera para dar cobijo a los soldados sino de una ciudad en toda regla. Caso

insólito este de la guerra de Granada. Construir una ciudad para asediar otra. La situación intramuros se hizo insostenible, sin víveres, sin agua, sin posibilidad siquiera de esperar ayuda de fuera Boabdil decidió negociar. Las capitulaciones de la entrega de Granada se firmaron en noviembre de 1491 y los Reyes Católicos entraron solemnemente en la ciudad el 2 de enero de 1492. Casi ocho siglos de presencia musulmana en la península llegaban a su fin en aquella entrada simbólica. La noticia de la caída de Granada, la victoria de la cruz de cristo sobre el infiel sarraceno recorrió Europa con celeridad. El Papa hizo que todas las campanas de la Ciudad Eterna sonasen al unísono. Los monarcas de la cristiandad celebraron su alegría el fin del dominio musulmán en la península. En aquella fría mañana granadina Fernando de Trastámara, el rey católico, se hallaba en la cima de su carrera. O al menos eso creía él. Meses después un marino genovés a las órdenes de su esposa arribaría a costas ignotas que resultaron ser un nuevo e inexplorado continente. A lo largo de la década, y como consecuencia de una activa política exterior, Castilla y Aragón, es decir, esa España que daba sus primeros balbuceos en la Historia se situaría como potencia hegemónica en Italia. Y no mucho más tarde, apenas una generación, los ejércitos españoles dominarían sin contestación el arco europeo desde Nápoles a los Países Bajos. Pero entonces, en aquel día de triunfo no podía concebirse mayor logro que la culminación de una empresa centenaria.



La rendición de Granada, óleo de Francisco Pradilla en 1882 (palacio del Senado de España).

IV. LA GÉNESIS DEL ESTADO

¿Fueron los Reyes Católicos los artífices de la nación española? Hay opiniones para todos los gustos. Desde los que aseguran que el matrimonio de Fernando e Isabel no supuso más que eso, un simple acto privado en el que sus respectivos reinos poco o nada tuvieron que ver, hasta los que ven en la figura católica de los monarcas el comienzo de esto que hoy llamamos España. Es cierto, y además irrefutable, que el tipo de Estado que alumbraron los reyes católicos se asemeja más a la idea de reino medieval que a la de nación contemporánea tal y como la entendemos hoy día. La Europa del Antiguo Régimen, y los reinos hispánicos no eran una excepción, constituía una amalgama de reinos forales, principados, reservados nobiliarios, abadías y arzobispados entrelazados por el intrincado tejido jurídico del feudalismo. Presumir que la Francia de Luis XI o la Inglaterra de Enrique VII son las mismas que las de sus herederos Napoleón III o la reina Victoria es cometer un craso error. Del mismo modo ver en los reinos de Castilla y Aragón que heredaron los Reyes Católicos la impronta nacional de lo que más tarde sería la España de 1812, por ejemplo, es errar de plano en la apreciación de la realidad histórica.

Lo que parece que queda fuera de toda duda es que a finales del siglo xv y coincidiendo con el reinado, también llamado monarquía dual, de Fernando e Isabel, empiezan los dos grandes reinos ibéricos a dotarse de ciertas estructuras de poder comunes que van más allá de la propia figura del monarca pero que dependían directamente de ella.

La Inquisición

La creación del Santo Oficio y la expulsión de la comunidad judía de los reinos de España son quizá los hechos que a posteriori más polémica han despertado en torno al reinado de Fernando e Isabel. Ambos incomprensibles e inaceptables desde la perspectiva del hombre actual no tenían entonces, hace más de 500 años, nada de especial. El antijudaísmo era moneda de uso corriente tanto en la Castilla como en el Aragón medieval. A finales de siglo XIV, en 1391 exactamente, se habían registrado a lo largo y ancho de la península violentos disturbios callejeros y persecuciones a los judíos. El pueblo llano convenientemente azuzado por demagogos sin escrúpulos veía en los hijos de Judá al prestamista usurero, al *Tesoro del Rey*, cuando directamente al responsable de la crucifixión de Cristo. No creo ni necesario recordar al lector que si bien ciertos mercaderes hebreos se dedicaban entre otras cosas al negocio del cambio y el préstamo ésta no era ni mucho menos la profesión habitual de la comunidad judía española de la época. Se trataba pues una idealización negativa que sobre todo a partir del siglo XIII empezó a difundirse en la cristiandad occidental. Los apenas 150.000 judíos que vivían en los reinos de Fernando e Isabel en 1480 hacían de todo; médicos, tejedores, zapateros, especieros, herreros, vendedores de alcabalas y por supuesto mercaderes. Lo que si que parece cierto conforme a los estudios de prestigiosos investigadores de la época el judío medio de finales del siglo XV rara vez se dedicaba a labores agrarias, es decir, que la comunidad estaba muy orientada hacia los oficios tradicionales con sede en la ciudad y que requerían formación previa. Tras las persecuciones de 1391, momento crítico para la judería española en que se asaltaron a fuego y cuchillo decenas de *aljamas*¹⁴, mucho

¹⁴ Judería organizada. Las Aljamas poseían alcalde propio (*dayanim*) y gestionaban de modo autónomo la convivencia dentro de la judería conforme a la ley de Moisés.



Fernando el Católico en el retablo Mayor de la Cartuja de Miraflores (Burgos). Obra, en madera policromada, de Gil de Siloe, en 1496-99.

de los supervivientes emigraron a otras partes del reino menos hostiles con el culto a Yahvé mientras que otros decidieron dar el paso y convertirse al cristianismo. Nacía pues una nueva *clase* social, un nuevo estamento religioso; el de los conversos. Convertidos dicho sea de paso a la fuerza. Este recién alumbrado grupo social carecía de lugar en un mundo cuya justificación última era la fe. Los judíos eran tolerados o rechazados por la población a días alternos pero a fin de cuentas siempre estaban protegidos por la corona que los consideraba de su propiedad. Los conversos, judeoconversos o simplemente *marraños*, apelativo nada amigable que se estilaba en la época para los nuevos cristianos, hubieron pues de buscar ese lugar que les correspondía en una sociedad que les daba la espalda. Unos optaron por ocultar sus orígenes y entregarse con devota pasión a la fe de Cristo, la nómina de dignatarios eclesiásticos de origen converso es dilatada, de hecho de todos es conocido que el inquisidor general Tomás de Torquemada era de linaje converso. Otros mantuvieron en secreto las prácticas judaicas amparados en la privacidad de sus hogares. Esto encendía el antisemitismo popular y fue la primera de la concatenación de causas que llevaron a la fundar la nueva Inquisición de los Reyes Católicos.

Apenas acabada la guerra con Portugal el poder de Fernando e Isabel no estaba aun bien cimentado. Banderías nobiliarias aparte las ciudades eran un punto caliente de tensión donde una simple chispa podía encender una hoguera de impredecibles consecuencias. Ya en 1449 se había producido una revuelta en Toledo contra los falsos conversos, los llamados judaizantes, que apuntó directamente a la corona, o mejor dicho, al valido Álvaro de Luna. Fernando deseaba verse libre de tensión social, de algaradas callejeras y de potenciales peligros que pusiesen a prueba la fidelidad de su recién conquistado reino. Pero no sólo eso. La heterogeneidad de sus reinos impedía ejercer un control efectivo sobre ellos. El revoltijo de fueros, privilegios y particularidades

regionales, locales y municipales era tal que gobernar en aquellos tiempos aquel país era labor poco menos que imposible. Disponer de una institución controlada desde el trono y con implantación, digamos, nacional, era una tentación a la que costaba sustraerse. El Papa Sixto IV puso en bandeja de plata lo que seguramente ya corría por la cabeza del astuto y joven Fernando que acababa de frenar la incursión portuguesa. El pontífice romano concedió una bula en 1478 que facultaba a los reyes a nombrar personalmente clérigos que actuasen al modo y manera de los inquisidores pontificios, de larga tradición en el cristianismo medieval. Los reyes tardaron un par de años en hacer efectiva la bula. Las razones por la que se demoraron tanto en implantar el santo Tribunal las desconocemos aunque quizá se trató de las dudas razonables que cualquiera gobernante tiene ante un instrumento de poder de semejante magnitud. En 1480 se instituyó por fin el Tribunal de Sevilla que no tardó en iniciar pesquisas en torno a los judaizantes de la ciudad andaluza. Un año más tarde se celebró el primer auto de fe. Los primeros inquisidores reales, que eran nuevos en el oficio, extremaron su celo y durante dos años mantuvieron a Sevilla en vilo. Procesos sumarísimos, condenas injustas y fuego, mucho fuego en el cadalso que se instaló en el Prado de San Sebastián, a las afueras de la capital hispalense. El Papa, que recibía cumplidas noticias de lo que ocurría reculó y se desdijo de la bula que había otorgado a los reyes de Castilla. Pero era tarde, Fernando no estaba dispuesto a prescindir de un arma de tal calibre, un Santo Oficio independizado de Roma y al entero servicio del Estado, de su Estado. Tras un tira y afloja la Curia se rindió a la enrocada diplomacia fernandina y nombró a Tomás de Torquemada como inquisidor general para ambas coronas, a propuesta faltaría más del propio Fernando. Con el papado convencido de la oportunidad y las bondades del Tribunal que Fernando había parido en Sevilla se dieron órdenes para instalar tribunales en otras ciudades de Castilla. Córdoba

fue la primera en 1482 después vendrían los tribunales de Jaén, Ciudad Real, Toledo y el resto de capitales de Castilla la Vieja.

En la Corona de Aragón la situación era bien diferente. Allí imperaba desde hacía doscientos años la ineficaz inquisición pontificia al uso medieval. Los aragoneses, valencianos y catalanes eran además celosísimos de sus fueros, constituciones y privilegios pactados con el trono, por lo que la sola idea de ver una tribunal inquisitorial centralizado con competencias en sus reinos ponía enfermo al más dúctil diputado en Cortes. Y no era para menos. Los procedimientos del Santo Oficio eran expeditivos, rápidos y de funestas consecuencias para el acusado. Los delatores estaban protegidos, es decir, que no sólo estaba permitida sino que se fomentaba la acusación anónima. Todo el proceso era llevado en el mayor de los secretos y las garantías judiciales del reo eran prácticamente nulas. Para colmo de males en el momento de la detención se procedía a la inmediata incautación de los bienes del acusado cuyos descendientes y familiares directos quedaban, aparte de arruinados, marcados de por vida por el estigma social e inhabilitados para cargos públicos. Al acusado se le sometía a *tormento*, tortura en la terminología eclesiástica de la época, y si resultaba culpable era relajado al brazo secular, es decir, se entregaba a la justicia civil para que ejecutase la pena que había dictado el tribunal. La iglesia juzgaba pero eran las autoridades las responsables de dar muerte al hereje en multitudinarios Autos de fe en los que tras escarnio público se quemaba o agarrotaba (dependiendo si el reo era contumaz o no) a los penados.

Con semejante experiencia introducir la Inquisición a la manera castellana en Aragón parecía a primera vista un trabajo digno de un titán. Por mucho menos se había levantado la Generalidad catalana veinte años antes y la maraña de fueros que poblaban las variopintas constituciones aragonesas no hacía fácil la labor uniformadora que pretendía Fernando. Pero con

determinación y un tanto de disimulo el alto Tribunal fue implantado en los reinos patrimoniales del joven y ambicioso Trastámara. Ciertamente visto con la perspectiva que da la historia contemplada a cinco siglos de distancia era inevitable que la Inquisición se instaurase en Aragón. Por un lado la corona aragonesa era aun más ingobernable que la castellana y un tribunal unificado y al servicio del rey era un caramelo demasiado dulce para un monarca de pretensiones autoritarias, por otro los procesos abiertos contra los judaizantes en Castilla produjeron una huída de sospechosos de Castilla a Aragón convertido durante unos años en una especie de paraíso religioso, y esto, evidentemente, maleaba el propósito originario del Santo Oficio, es decir, limpiar la cristiandad hispánica de falsos cristianos.

En el reino de Aragón previa consulta con general de los dominicos en Aragón situó Fernando al frente del Tribunal a dos naturales de la tierra; primero Gaspar Jutglar y más tarde, ya en acuerdo con Torquemada, a Pedro de Arbués. Ambos fueron asesinados. Arbués cayó muerto, acuchillado para más señas, en la misma catedral de Zaragoza lo cual demuestra que la popularidad de la institución estaba muy lejos de lo que cabía esperar en un reino fervientemente católico como era el aragonés. En Teruel los munícipes de la ciudad cerraron las puertas al inquisidor enviado por Torquemada, el vasco Juan de Solivera, poniendo al rey que se encontraba en plena campaña granadina en un brete de difícil solución. Fernando amenazó con una intervención militar a lo que la corporación turolense no tuvo réplica y hubo de ceder y dejar el camino expedito al enviado del Santo Oficio. En Valencia, Torquemada se deshizo rápidamente de la oposición constitucionalista. En la levantisca Barcelona fue casi coser y cantar. Torquemada destituyó fulminantemente al inquisidor pontificio de la ciudad condal y envió en su nombre al fraile dominico Alonso de Espina. Podríamos concluir que con la excepción hecha de Zaragoza y Teruel la introducción *por decreto* de la Inquisición en la Corona de Aragón no tuvo que franquear barreras de envergadura.



Isabel la Católica en el retablo Mayor de la Cartuja de Miraflores (Burgos). Obra, en madera policromada, de Gil de Siloe, en 1496-99.

La expulsión de los judíos

Los tribunales de la Inquisición carecían de jurisdicción sobre los judíos no bautizados, es decir, sobre aquellos que no se habían convertido al cristianismo. De hecho, una de las críticas que el Papa Sixto IV hizo al primer tribunal sevillano fue eso mismo; que sólo se preocupaba de perseguir judaizantes y no como la inquisición pontificia, garante tradicional de la fe y la ortodoxia cristiana, que perseguía la herejía en cualquiera de sus formas.

Los judíos que no habían querido convertirse al cristianismo tras las persecuciones de finales del siglo XIV optaron por trasladar las comunidades a lugares donde pasasen más desapercibidas. Así desde principios de siglo juderías de cierta importancia empiezan a aparecer en el medio rural, especialmente en el norte de Castilla donde el acoso al judío había sido menos intenso. En el valle del Duero, por ejemplo, sobrevivieron casi intactas *aljamas* de notable calibre entre las que destacaban la de Medina del Campo, la de Salamanca o la de Zamora. Los Reyes Católicos, que no consta en ningún legajo que tuviesen aversión personal alguna por pueblo hebreo, eran conocedores de la cuestión judía y de las pasiones que levantaba entre lo más fanático y ortodoxo de su iglesia. El pueblo por añadidura tampoco simpatizaba con los judíos a los que, muy en la tradición medieval cristiana, consideraba dedicados casi en exclusiva a la usura. En las Cortes de 1476 y en las de 1480 los reyes hubieron de tratar nuevamente el espinoso asunto de la población judía y de su acomodo en el nuevo reino castellano que estaban empezando a construir. No inventaron nada nuevo, se limitaron a sancionar e intentar hacer efectivos ordenamientos antiguos, exactamente de 1465. De ambas convocatorias de Cortes se restableció la separación residencial de la comunidad judía y mudéjar, la prohibición de ejercer ciertas profesiones y el veto a tener criados cristianos a aquellos judíos que pudieran permitírselo. La influencia de destacadas personalidades de la

comunidad hebrea sobre la corona no decreció sin embargo. Los reyes, tanto Isabel como Fernando, al que se le atribuye injustamente un antisemitismo feroz, se rodearon de un nutrido grupo de judíos prominentes. Abráham Señor, rabino mayor de Castilla, o Isaac Abravanel son un ejemplo de esta afición regia por ciertas y escogidas compañías de origen y religión judaica.

La aplicación de los decretos y resoluciones contenidas en las Cortes de Madrigal y Toledo pacificaron el país y dejaron la vieja cuestión judía apartada de la agenda principal de los reyes. Sin embargo, y como preludio de lo que habría de suceder irremediablemente, la implantación progresiva de la Inquisición en Castilla primero y más tarde en Aragón obró en contra de la causa judía y del nuevo acomodo que la comunidad había encontrado en la monarquía dual. Los inquisidores perseguían ciegamente, como ya he apuntado con anterioridad, las falsas conversiones, es decir, los casos flagrantes de cristianos de nuevo cuño empeñados en deleitarse, aun a escondidas, con los secretos del Talmud. Los religiosos dominicos que formaban la inteligencia y cuadros del Santo Oficio señalaron con el dedo acusador a los judíos que aun perseveraban en sus creencias. Oficialmente estaban protegidos por la corona, y si esto no fuera poco los mismos monarcas se preocupaban de mantener una relación cordial con la comunidad hebrea de sus reinos. El veredicto del alto tribunal inquisidor fue determinante. Si continuaba conviviendo la grey cristiana nueva junto a los hijos de Isaac los casos de judaizantes se harían más y más numerosos hasta pervertir todo el cuerpo social. En esta situación más que comprometida estalló un escándalo religioso que sacudió buena parte del reino de Castilla. A mediados de 1490 en una posada de Astorga unos caminantes aseguraron haber encontrado una ostia robada entre los bártulos de un compañero de albergue de origen judío. El asunto se complicó y el pobre viajero, de nombre Benito García, se vio envuelto en una trama urdida por el Santo Oficio en la que se le acusaba del dramático caso de un niño que en el pueblo de La Guardia, cercano a Toledo, había

sido crucificado por un grupo de judíos de la zona. El caso del Santo Niño de La Guardia revolvió las conciencias y puso de manifiesto lo que los frailes dominicos advertían venían advirtiéndolo desde una hacía casi una década. Si se quería dar carpetazo final al problema de los falsos conversos había necesariamente que extirpar la comunidad judía del cuerpo social cristiano.

Los condenados por el caso del niño inmolado en el altar de los mártires fueron debidamente atormentados y relajados a la hoguera para edificación pública en un cadalso habilitado al efecto en Ávila. Torquemada, inquisidor general, se cuidó muy mucho de difundir el caso por todos los confines del reino. Llegó incluso a ordenar la traducción al catalán de las actas del juicio para que ni siquiera los súbditos aragoneses desconocedores de la lengua castellana se librasen de la campaña desatada desde el Santo Oficio.

¿Fue esta la causa que desencadenó la expulsión definitiva de los judíos? Posiblemente no. Contribuyó indudablemente a crear un ambiente propicio para ello pero no revistió tanta importancia como para que Fernando e Isabel redactasen el Edicto de Expulsión. Las hipótesis que han barajado los historiadores en torno a este tema son tan abundantes que ya, a las alturas que nos encontramos, cuesta diferenciar el grano de la paja. Lo verdaderamente importante de lo simplemente accesorio. ¿Era Fernando un antisemita contumaz, un enemigo del pueblo judío como tantas veces se ha dicho? El que suscribe considera, basándose en los hechos históricos previos a la expulsión, que no. No se conoce en la biografía de Fernando anterior al Edicto de Expulsión ninguna referencia a un deseo no satisfecho de limpiar sus reinos de judíos. Del mismo modo que Fernando se distinguió como un paladín de la cristiandad frente al Islam granadino no vemos por ningún lado su intención premeditada de poner punto final a la existencia de la milenaria comunidad hebrea española. La tesis pues que señala a Fernando como autor intelectual y ejecutor de la expulsión de

los judíos no se sostiene. Otras teorías acerca del controvertido edicto apuntan como causa última el presunto enriquecimiento de la corona a costa de los judíos adinerados. Sinceramente, esta hipótesis no aguanta el más mínimo análisis a pesar del éxito que ha cosechado entre la historiografía tradicional y, me atrevería a decir, entre las capas populares de la población. No todos los judíos eran millonarios. Los tocados por la fortuna eran más bien unos pocos cuya relación con la corona era envidiable. El propio Isaac Abravanel hizo a los reyes una generosa propuesta económica en nombre de su comunidad para evitar el destierro. Además, prescindir de una parte tan activa de la población no podía sino que trastornar sin remedio la actividad económica del reino. Y los reyes seguramente lo sabían.

El Edicto de Expulsión, o mejor dicho, los edictos porque fueron dos, se promulgaron el 31 de marzo de 1492. Desde las chancillerías reales en Castilla y Aragón se hicieron públicos los documentos dirigidos, lógicamente, cada uno de ellos a su corona respectiva. Es de apreciar que el edicto aragonés mostraba un talante sensiblemente más antisemita que el castellano. El contenido de los documentos era determinante. Si el 31 de julio de 1492 los judíos residentes en ambas coronas no renunciaban voluntariamente a su fe judaica debían abandonar el país. Los que se negasen a abrazar el cristianismo podrían cumplido el plazo transportar consigo todos sus bienes muebles a excepción de caballos, mulas y, como no, monedas españolas y metales preciosos.

Es difícil precisar cuánta gente abandonó España en esos meses de 1492. Las cifras bailan y, como es lógico en un asunto que de natural levanta pasiones, varían de un autor a otro. A grandes rasgos van desde las 300.000 a las 50.000 personas. Amplia horquilla que inclina al observador sensato a quedarse en el medio aunque, y valga como dato curioso, han sido las más recientes investigaciones las encargadas de moderar la cifra. Sea como fuere el hecho es que el movimiento migratorio debió ser masivo y de consecuencias dramáticas. Miles de

personas cuyo único delito era rezar a contracorriente hubieron de abandonar la tierra de sus antepasados, la misma que les había visto nacer. El éxodo se dirigió hacia todas las direcciones aunque se concentró en los reinos vecinos de Portugal y Navarra. Otro contingente menos cuantioso encaminó sus pasos a los sultanatos magrebíes del norte de África y a la Turquía otomana. Chocante fenómeno el que hizo que musulmanes granadinos y judíos castellanos uniesen sus destinos al otro lado del estrecho en tan breve lapso de tiempo.

No duraría mucho el gozo de los que eligieron Portugal como su nueva tierra prometida. Años después, en 1496, enmarcado dentro de las negociaciones matrimoniales de Isabel, la hija de los Reyes Católicos, con Manuel de Portugal la comunidad hebrea fue expulsada también del país hermano. Dos años más tarde, en 1498, Catalina de Navarra hizo lo propio y publicó su edicto de expulsión. Ingrato destino para la comunidad judía más antigua de Europa. Pobladores de la Península Ibérica desde tiempos inmemoriales llevaron en su magro equipaje la idea casi mítica de una Sefarad, tal era el nombre con el que bautizaron la patria que abandonaban, que les había traicionado pero que acarreaban en su corazón. Hoy, más de cinco siglos después de su salida, el sefardí, variante del español del siglo xv es una lengua que gracias a su tesón se mantiene viva. Nunca unos españoles dieron tanto recibiendo tan poco a cambio.

Navarra, crepúsculo de un reino cristiano

La pervivencia del reino navarro, que ya tratamos con más detenimiento en páginas anteriores, era a finales de siglo xv cuando menos complicada. A lomos de la cordillera pirenaica el trono pamplonico se las veía y deseaba para mantener la cordura y la independencia entre los gigantes que vigilaban atentos más allá de sus fronteras. A la muerte de Juan II, padre de Fernando,

en 1479 Navarra había recuperado cierta normalidad dinástica. Leonor, hija de Juan, falleció el mismo año que su padre por lo que la corona pasó, en una palpable muestra de lo que era el complejo rompecabezas navarro, a su nieto Francisco Febo, hijo de Gastón V de Foix y Magdalena de Francia, ambiciosa regente hermana de Luis XI. El joven Francisco parecía la solución definitiva para poner fin a la banderías nobiliarias entre agramonteses y beamonteses. A su vez el jovencísimo monarca era aceptado por igual en la Baja Navarra (el Bearn), y en la Alta Navarra (al sur de los Pirineos), lo que hacía de esta solución la más idónea para devolver la paz y el concierto al baqueteado reino transpirenaico.

Pero la historia se rebela la más de las veces contra los planes de los hombres. Francisco Febo murió en 1483 y la chispa de la discordia volvió a recorrer la corona. Catalina, hermana de Francisco, era el último cartucho que quedaba a su apesadumbrada madre y la última esperanza de mantener Navarra unida y a salvo de injerencias extranjeras. No pudo ser. En Francia el tío de Catalina se opuso a que ésta heredase el Condado de Foix. La ley sálica imperaba entonces al otro lado del Pirineo y no podía una mujer hacerse cargo siquiera de un simple señorío. En el sur los Reyes Católicos, y en especial Fernando que sentía Navarra como algo casi suyo, contemplaban los constantes incordios franceses en la corte de Pau, sede de la corona en tiempos de Catalina, como una amenaza directa a sus reinos. Se le antojaba a Fernando el reino navarro como un ancho pasillo por el que en cualquier momento podía colarse el ejército francés. Y no le faltaba razón. El Pirineo de Navarra es mucho más permeable que en Aragón o Cataluña, las montañas están plagadas de pasos naturales que desembocan irremediabilmente en el valle del Ebro. Un rápido movimiento del francés podría poner en jaque villas capitales de la monarquía como Logroño o Zaragoza. No en vano ya Carlomagno intentó cientos de años atrás penetrar en la península franqueando Roncesvalles. Fernando no obstante insistía en que el pasillo era de dos direc-

ciones, que tanto servía para bajar como para subir, pero tan flaco consuelo no le impedía estar en permanente observación de lo que sucedía en el antiguo reino de su padre. La primera jugada que intentó Fernando para doblar la voluntad de Magdalena fue ofrecer la mano del infante Juan. El primogénito de los Reyes Católicos era aun un niño de corta edad pero esto no estorbaba en el plan maestro que había trazado Fernando. Forzó una convocatoria de Cortes en Estella para ratificar el matrimonio y sus consecuencias. Los agramonteses, que no simpatizaban en absoluto con la causa fernandina, se negaron a asistir al llamamiento, contratiempo que vino de perlas a Magdalena. Rehusó la oferta de Fernando arguyendo la diferencia de edad de los futuros cónyuges. Entretanto maniobraba en Francia, su tierra natal, para encontrar un candidato de compromiso que no asustase ni a los franceses que acababan de enterrar a Luis XI, ni a los españoles capitaneados por Fernando. Juan de Albret fue el elegido. Un consorte de compromiso para una situación realmente comprometida. En París la regente Ana de Beaujeu aceptó. En España Fernando también aunque a regañadientes. Exigió a la joven pareja el cumplimiento de un programa que aseguraba la docilidad y el control de la corona navarra. Los reyes debían abandonar su residencia en Pau, al norte de la cordillera, y volver a Pamplona. Fernando además se reservaba el derecho de vetar a placer los matrimonios de los hijos que tuviesen Catalina y Juan. Con todo ambas imposiciones no eran suficientes para Fernando que se sabía poderoso. Hizo jurar a los monarcas vecinos que Navarra nunca sirviera de base para atacar sus reinos patrimoniales de Aragón ni los de su esposa en Castilla. Con esto pretendía conjurar Fernando el peligro francés, el temido pasillo. Como coletilla a las solicitudes pidió que los castillos navarros al sur del Pirineo rindieran pleitesía y homenaje a los Reyes Católicos.

Las peticiones del rey católico suponemos que no sentarían muy bien en la sala del trono del palacio de Catalina en Pau, pero, ¿Qué podía hacer? Si accedía a las demandas, excesivas

a todas luces, de Fernando ponía en riesgo su señorío francés de Foix y convertía Navarra en un protectorado español de facto. Si por el contrario buscaba la égida francesa incitaría a una invasión inmediata por parte de las huestes de Fernando. Difícil trance el de esta última reina de Navarra. Al final sucedió lo que tenía que suceder. Aceptó sin demasiado entusiasmo lo exigido por el rey aragonés y haciendo equilibrios sobre el alambre trató en lo posible de mantener el comprometido asiento de su pequeño reino. Una concatenación de pactos entre Catalina y Fernando que se extendieron desde 1488 a 1495 consagraron el dogal que con perspicacia y un toque de prepotencia había impuesto el rey de Aragón a la corona Navarra.

El ocaso definitivo de Navarra como entidad política, como reino propio diríamos, habría aun de esperar unos años. A finales del reinado de Fernando las circunstancias habían dado un giro radical. En 1480 gobernaba en Francia Luis XI, la antaño *Araña Universal*, en franco declive. En España por el contrario Fernando amanecía al poder absoluto y a la conquista. Treinta años más tarde las cosas habían cambiado. Fernando enfilaba los últimos años de su existencia mientras en Francia Luis XII se regodeaba en plantar cara incluso al mismísimo Papa. Los episodios de la guerra de Italia y el hecho de que Fernando hubiese contraído segundas nupcias con una joven aristócrata francesa de la casa de Foix, espolearon a ambas coronas a plantar la última y definitiva batalla por Navarra. París había ofrecido a los monarcas pamplonicos una alianza que inquietaba en sumo grado a Fernando, protector oficial de la corona navarra, pero las garantías de neutralidad que Catalina había dado al Rey Católico en el pasado ya no eran suficientes. ¿Qué mejor defensa para los dominios peninsulares que apostarse firmemente a lo largo de todo el Pirineo desde Fuenterrabía hasta Perpiñán? Las hostilidades franco españolas se desencadenaron en el verano de 1512. Para advertir a Luis XII de la inconveniencia de intervenir en defensa de Navarra Fernando firmó un pacto con su yerno Enrique VIII, casado aun con Catalina de

Aragón, que como buen inglés de la Edad Media seguía acaramelado con la Aquitania francesa. Los ingleses desembarcaron en el puerto de Pasajes pero no llegaron a intervenir. Fernando por su parte destacó en la localidad alavesa de Salvatierra un ejército al mando del duque de Alba. En apenas quince días las tropas castellanas ocuparon casi sin resistencia la totalidad del reino y el 25 de julio, curiosamente el día de Santiago, tomaron Pamplona. Los Albret, Catalina y Juan, cruzaron los Pirineos de nuevo para pedir ayuda a Luis XI. El rey francés contraatacó pero sin éxito. Intentó recobrar Pamplona con tres cuerpos del ejército dirigidos por uno de sus generales curtido en las guerras de Italia. La resistencia castellana a las puertas de la capital hizo a Luis XII replantearse la campaña y ordenó a sus tropas la retirada. Un año después, en 1513, Fernando y Luis firmaron en Orthez un acuerdo por el que Francia reconocía la conquista de Navarra y su anexión a la corona castellana. Catalina y Juan continuaron reinando pero sólo en la parte norte del reino, en el Bearn, que con el correr del tiempo ha derivado en la comarca francesa del mismo nombre. Al sur de los Pirineos la labor de unificación peninsular bajo una misma corona iniciada con la boda de 1469 culminaba con la coronación de Fernando como rey de Navarra. El rey prometió guardar y mejorar los fueros del extinto reino. Desde entonces los reyes de España son, además, reyes de Navarra. Sin duda, y en palabras del historiador José Antonio Vaca de Osma, el más bello florón de la corona.

El Atlántico, la nueva frontera

No vendría de más recordar al lector que Fernando fue un rey de tierra adentro. A pesar de sus infancia temprana vivida en Barcelona y de las constantes campañas en Italia, el rey católico no prestó demasiada atención por las cosas del mar. Su visión de la política europea pasaba inevitablemente por Francia, por

derrotarla y por garantizar la preeminencia hispánica en la península italiana. Más allá de los arribes del Duero y tras el comprometido episodio bélico que casi cuesta la corona a su esposa poco pensó Fernando en el inmenso océano que baña las costas occidentales de la península. De todos es sabido el escepticismo con que recibió Fernando el viaje colombino. Empresa por otra parte que, si se llevó a cabo, fue más por el entusiasmo de Isabel que por la credibilidad que Fernando le otorgaba. La paz de Alcaçovas, que ya vimos más detalladamente con anterioridad, concedía a los portugueses el práctico control de las rutas atlánticas. Castilla se reservó tan solo el pasillo que desde Cádiz conducía a las Canarias. La Torre de Santa Cruz, pequeño enclave en el actual Sahara Occidental, permaneció en manos castellanas, tanto para enlazar con las caravanas provenientes del desierto como para mantener la lenta pero decidida conquista del archipiélago. Durante el reinado de los Reyes Católicos se presentó la batalla final en las islas. En 1474 los últimos reductos en manos de los guanches eran las islas de La Palma, Gran Canaria y Tenerife. Varios habían sido los intentos de doblegar la resistencia indígena pero ninguno lo había conseguido del todo. A lo sumo escaramuzas aisladas de insignificantes resultados y dirigidas preferentemente a reclutar esclavos para los ingenios azucareros de Madeira. Los guanches de Gran Canaria eran numerosos y muy combativos. Durante la guerra castellano portuguesa las Canarias se convirtieron en un pequeño y lejano escenario de lucha entre los contendientes peninsulares. Los portugueses proporcionaban suministros a los guanches y éstos les correspondían con obsequiosidad. Tras la firma de Alcaçovas la esperanza guanche de mantener una guerra prolongada se esfumó. Fernando e Isabel enviaron a Pedro de Vera para rendir la isla. El marino castellano ocupó las tierras bajas privando a los indígenas del sustento que le proporcionaban los fértiles barrancos orientados al alisio, y se lanzó al asedio de los resistentes que se atrincheraron en la montaña. En 1483 un reducido grupo de

600 guanches y 1.500 mujeres y niños se rindieron a Pedro de Vera. El asalto final, es decir, la conquista de La Palma y Tenerife hubieron de esperar al fin de la campaña granadina. Para someter la voluntad guanche de ambas islas los reyes enviaron al archipiélago a Alonso de Lugo. Lugo, un castellano de la misma catadura que Cortés o Alvarado, se aplicó con devoto fervor a su tarea. En 1492 tomó La Palma combinando, como sus sucesores en América, la diplomacia con la intimidación militar. Tenerife sería más difícil. Los guanches tinerfeños eran belicosos en extremo y muy celosos de su independencia. Además, habían visto caer a sus vecinos y tenían la firme determinación de vender cara la inevitable victoria castellana. Tomando La Palma como base desembarcó en Tenerife con 1.000 soldados, jinetes y artillería. Pero los guanches conocían la sinuosa geografía de su isla como la palma de su mano. Tendieron una emboscada a los castellanos en Acentejo donde cientos de invasores cayeron muertos. Lugo no se arrugó, regresó a La Palma a lamerse las heridas y al siguiente año volvió a la carga con un ejército aun mayor dotado incluso de armas de fuego. Los guanches no pudieron resistir la embestida. Famélicos y derrotados los supervivientes se entregaron al conquistador. Las Canarias como vemos sirvieron no sólo como trampolín a empresas más arriesgadas al otro lado del océano, sino también como campo de pruebas para lo que a la corona castellana, ya transmutada en española, le esperaba en el nuevo continente.

La dramática rendición de los guanches a Alonso de Lugo fue en 1495, unos pocos años antes, apenas tres, un marino genovés de oscuros orígenes había pisado por vez primera las grandes Antillas. La historia, narrada mil veces, sobre la gestación de la aventura americana constituye otro de los momentos álgidos del reinado de Fernando e Isabel. No sabemos a ciencia cierta cuando Cristóbal Colón decidió cruzar la frontera y granjearse amistades en Castilla para promocionar su proyecto de llegar a la India por la aun desconocida ruta occidental. Lo que parece indudable es que el astuto y un tanto iluminado italiano

recorrió durante años las cortes europeas en busca de un patrocinador. La Castilla de los años ochenta del siglo xv, la misma que estaba conquistando Granada y consolidando el poder de sus jóvenes y arrojados monarcas, no estaba para embarcarse en lances de incierto futuro y que no habían merecido el crédito del más marinero de los reyes europeos, el de Portugal. Sin embargo y por estos caprichos inexplicables que depara la Historia fue en Castilla donde más y mejores oídos se prestaron a este genovés visionario llamado Cristóbal Colón. Los Reyes Católicos ocupados en campañas de mayor envergadura anduvieron jugando al ratón y al gato con Colón durante varios años. Quizá por la guerra de Granada, que consumía por sí sola las energías del todo el reino, los monarcas castellanos no financiaron antes la aventura colombina, el hecho es que tras la toma de Granada, en la misma Santa Fe, se avinieron a firmar unas capitulaciones con el marino en las que éste salía muy bien parado. Consta que Fernando no estaba muy satisfecho con el trato que se daba a un advenedizo que, ni falta hace recordarlo, ofrecía garantía alguna de la consecución exitosa de su viaje. A pesar de ello no es menos cierto que Fernando, rey católico a fin de cuentas, viese en el proyecto colombino la confirmación última de su destino mesiánico. ¡Y que mejor momento que tras conquista de Granada! El viaje de Colón se explica, y de esto no le cabe la menor duda a cualquier historiador documentado, desde una perspectiva religiosa. La evangelización de los infieles allende el océano pesaba más en las espiritualizadas mentes que rodeaban a los monarcas que un dudoso beneficio económico. La expedición además no era excesivamente onerosa. Dos carabelas y una nao tripuladas por un puñado de hombres que, si tenían la fortuna de regresar con la nueva esperada, reportarían cuantiosas rentas a las arcas estatales. Se ha repetido una y otra vez, tanto que ha pasado a ser verdad histórica inapelable, que el papel de Fernando en la forja del descubrimiento fue nulo. En pocas palabras, un incordio más que una ayuda. Nada más lejos de la realidad. Un súbdito aragonés, valenciano



Isabel la Católica cede sus joyas para la empresa colombina (grabado de La Ilustración Española y Americana, siglo XIX).

por más señas, Luis de Santangel, fue clave en convencer a la reina de la oportunidad y acierto del viaje. Más aun, el encargado de redactar las capitulaciones de Santa Fe, Juan de Coloma, era a su vez secretario personal de Fernando por lo que nada hace suponer el desinterés del rey en la empresa colombina. El descubrimiento en sí y los posteriores viajes que Colón realizó a tierras americanas se escapan del ámbito de esta biografía, sin embargo, y ciñéndonos a la labor que directamente llevó a cabo Fernando en América, no podemos olvidar que durante su regencia en solitario tras la muerte de Isabel se creó a instancia regia la Junta de Navegantes en Burgos o la Audiencia de Santo Domingo. Bajo el reinado del Rey Católico se fundó la Casa de Contratación sevillana, se constituyó el primer gobierno en las Antillas y se descubrió el océano Pacífico. El mismo año de la muerte del rey, 1516, Juan Díaz de Solís llegó hasta el Río de la Plata en la actual Argentina. Notable balance para un reinado y un rey injustamente tratado por la historiografía tradicional en todo lo concerniente a América.

V. ESPAÑA EN EL MAPA

Fernando de Aragón, actual rey de España, puede ser llamado cuasi príncipe nuevo, porque de rey débil que era ha venido a ser, en la fama y en la gloria, el primer rey de los cristianos, y, si consideráis sus acciones, las hallaréis todas grandísimas, y algunas extraordinarias.

En estos términos Nicolás Maquiavelo hablaba de Fernando en 1513. Apenas tres años de vida le quedaban al Rey Católico. Pero su notoriedad había traspasado las fronteras naturales de su reino patrimonial, Aragón, y se había diseminado por toda la Europa cuatrocentista que se desperezaba del largo sueño medieval. ¿Qué había hecho que el nombre de un monarca de un reino lejano corriese de boca en boca por todo el viejo continente? La reputación de Fernando subió como la espuma tras la conquista de Granada. Arrebatarse a los musulmanes su última plaza peninsular obró maravillas a favor de los atrevidos monarcas hispanos. Lutero no había aun colgado sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittemberg, y Europa era por entonces simplemente cristiana. Las guerras de religión que devastarían la cristiandad a lo largo de los siglos sucesivos no habían dado comienzo y la idea del Imperio Cristiano permanecía con cierta vigencia en los ambientes intelectuales europeos. Fernando al desalojar al emir granadino de la Alhambra no sólo ganó para el reino de su esposa jugosos territorios sino que se apuntó un tanto importantísimo para hacer valer su candidatura en el quizá más disputado de los reinos continentales. El reino de Nápoles.

El laberinto italiano

Se ha señalado en gran número de casos que fue Italia la que perpetuó la figura de Fernando como el monarca universal que hoy conocemos. Y no va descaminada la idea. La península itálica fue, por lo menos desde la caída del Imperio Romano hasta la llegada de los camisas rojas de Garibaldi, un mosaico de estados, principados y repúblicas enfrentadas entre sí y aliadas por la presencia de la Santa Sede en el mismo centro de la bota.

La intromisión en los asuntos de Italia tenía cuenta con larga tradición en la corona aragonesa. Los reyes de Aragón llevaban dos siglos entrando y saliendo de la península y de sus islas de influencia Sicilia y Cerdeña. Ambas pertenecían de hecho a la corona y el propio Fernando fue mucho antes rey de Sicilia que de Aragón. El resto de Italia lo componía el mayúsculo reino napolitano, los estados pontificios que dependían directamente del Papa y un galimatías de repúblicas señoriales al norte de la península. Unas eran comerciales y viejas rivales de los emporios aragoneses, otras eran nobiliarias prósperas y, visto el legado que han dejado a la posteridad, muy aficionadas al arte. El equilibrio peninsular era pues asunto cardinal entre las potencias italianas y las vecinas siempre ansiosas de echar su garra sobre el codiciado territorio italiano. Como puede figurarse el lector tamaña tarea no era sencilla y las más de las veces por unas u otras cosas los estados italianos andaban a la gresca. Para mantener a raya este complejo laberinto desde tiempos de Carlomagno el Papa había contado siempre con la colaboración de algún reino no italiano. Los actores extranjeros que más frecuentemente representaban su obra en tierras de Italia eran la vecina Francia, el vecino Sacro Imperio y, desde el siglo XIII, la corona de Aragón, que si bien no lindaba con principado italiano alguno era próxima en extremo a todos ellos por la vecindad y cercanía que confiere el mar.

Al banquete italiano se apuntaban siempre demasiados comensales y el menú era, por lo general, para uno sólo. El Sacro Imperio, es decir, el *Reich* gobernado por la familia Habsburgo vivía replegado en el centro de Europa. Y no era para menos. Maximiliano, al que volveremos más adelante, estaba casado con María de Borgoña. Los dominios de ambos se extendían desde el bajo Danubio hasta las costas holandesas y no era la Europa central de la época un ejemplo de armonía y tranquilidad. Maximiliano no era por añadidura excesivamente dado a la expansión transalpina. Los estados septentrionales de Italia, Milán y Venecia, no gustaban de injerencias y gracias a su prosperidad y pujanza económica no constituían sugestivos enemigos a los que enfrentarse. El caso de Francia era distinto. La muerte de Luis XI, la *Araña universal*, había trastocado el panorama dinástico. La minoría de edad de Carlos, el legítimo heredero, había dejado el gobierno en manos de la princesa Ana de Beajeu. La regente fue, sin duda, mujer enérgica y astuta estratega que durante el período que le tocó regir los destinos del reino galo no dudó en hacerlo con sobradas artes de gobernante experimentado. Fernando hubo de afrontar su arrojo en la guerra de Bretaña, disputa aun medieval en la que el pequeño reino del noroeste francés luchó por su supervivencia política. A pesar de las maniobras de Fernando con Maximiliano de Austria y Enrique VII de Inglaterra los franceses terminaron por anexionarse la diminuta y débil corona bretona. La primera coalición que Fernando forjaba en su vida fracasó estrepitosamente. Pero el Rey Católico tenía razones sobradas para ello. Desde la entrega de los condados del Rosellón y la Cerdaña por parte de su padre, el principado de Cataluña, y por extensión la corona aragonesa, padecía un insano irredentismo que bloqueaba cualquier iniciativa internacional. Si no se recuperaban los condados catalanes de nada valía enfrentarse con Francia y ganar la partida. Fernando dejó que Ana se apoderase de Nantes, capital de Bretaña, y propuso a la regente un

acuerdo de paz. A fin de cuentas Fernando no era sólo el rey de Aragón sino que sobre sus sienes ceñía con orgullo la corona castellana y ésta última había sido tradicionalmente amiga y aliada de Francia. Isabel estaba también interesada en dar carpetazo al asunto francés por lo que el rey convocó a los diplomáticos de París en su terreno, en Barcelona, para ofrecerles una paz a la medida de ambos. Francia, y su joven e inexperto rey Carlos VII, ganaba un nuevo aliado mientras que Aragón recuperaba los condados cedidos en mala hora por Juan II. El tratado se firmó en 1493 y fue en cierto modo el símbolo que cerró definitivamente la guerra civil catalana que ya vimos al inicio de la presente biografía. Treinta años hicieron falta para recuperar lo que el rey Juan regaló en un momento de escasez de recursos.

La paz de Barcelona dejaba expedito el paso de los franceses a Italia donde Ferrante, el rey de Nápoles, daba sus últimas boqueadas. Este monarca era sin embargo un Trastámara, de la línea bastarda sembrada en Nápoles por Alfonso V el Magnánimo, pero Trastámara al fin y al cabo. ¿Por qué Fernando dejaba abandonado un reino que en muy poco tiempo podía reclamar como propio? No creo necesario recordarlo pero Fernando era extremadamente listo, mucho más que su homólogo francés. Con la entrega de los condados catalanes suturaba una vieja herida abierta en peores tiempos, e Italia quedaba para cuando se presentasen los problemas allí porque, y esto es preciso mencionarlo, en ningún momento el Rey Católico expresó su intención de renunciar a lo que consideraba suyo. Los franceses se hicieron la ilusión, y claro, luego pasó lo que pasó.

La ruptura en Italia no tardó en producirse. El *statu quo* emanado del Tratado de Lodi se esfumó en apenas un par de años. En 1492 murió Lorenzo de Médicis, Lorenzo el Magnífico. La dinastía de los Médicis había situado a Florencia en lo más alto del arte y la cultura renacentista. El sucesor de Lorenzo era Piero de Médicis que ni de lejos se aproximaba a la sapiencia y el equilibrio de sus predecesores en la *Signoria*.

La república florentina era clave en el equilibrio italiano. Muy acertadamente emplazada a medio camino entre Roma y Milán, entre el norte y el sur, constituía uno de los estados fuertes de la Italia del Renacimiento. Un poco más al norte, al otro lado del Po, en el ducado de Milán las querellas proliferaban en la familia Sforza. Los duques de Milán andaban peleándose por la titularidad efectiva del trono. Por un lado el regente Ludovico el moro, por otro el legítimo duque Juan Galeazzo. La inestabilidad milanese, que no lo olvidemos era la puerta de entrada a Italia, sembraba de nubes negras el panorama. Para rematar la faena en Nápoles vino a morir Ferrante en 1494. El reino napolitano era el más grande y anhelado de cuantos poblaban la península. Desde el siglo XIII aragoneses y franceses se habían disputado la hegemonía sin que ninguno de los dos quedase por encima. Tras la muerte de Alfonso V heredó la corona su hijo ilegítimo Ferrante que, más mal que bien, mantuvo conjuradas las tentativas galas de hacerse con el control de la corona. En Aragón los Trastámara no olvidaban que si a alguna familia pertenecía el cetro de Nápoles era a la suya. Alfonso V había dejado su vida en ello y era lógico que a la muerte de su hijo fuese la rama ibérica de la familia la que heredase el trono. En París no pensaban lo mismo. Carlos VIII argüía razones de legitimidad, quizá no tan contundentes como las presentadas por Fernando, pero igualmente válidas. La codiciada corona pasó a Alfonso, hijo de Ferrante, que no tardó en deshacerse de ella para abdicar en su hijo Ferrante II. La posición de los reyes legítimos de Nápoles era sin embargo muy frágil. Carlos VII armó un ejército en Lyon y poniéndose a su frente se dirigió a Italia. Cruzó los Alpes por el Milanésado donde un obsequioso Ludovico el moro le esperaba para franquear el paso a la extraordinaria hueste. Estupefacto debió quedarse el Papa Alejandro VI, el español Rodrigo de Borja, al ver como entraba en la Ciudad Eterna el imponente ejército francés con su monarca de capitán general. Las demandas del francés eran las siguientes: ser coronado rey de Nápoles y erigirse

como baluarte de la cristiandad frente al enemigo turco. La amenaza turca era un recurrente en los intentos de seducir al solio pontificio pero en 1494 no tenía el poder persuasivo de otras ocasiones. Vivía refugiado en Roma el hermano del sultán de Turquía Bayaceto II. Estambul escamado por la presencia del aspirante al trono junto al Papa procuró no provocar en exceso. Carlos apeló también a derechos históricos sobre la corona napolitana. Siglos antes, en 1265, el Papa había concedido el reino de las Dos Sicilias a Carlos de Anjou¹⁵. Alejandro VI se resistió al órdago francés. Seguramente receló de entregar la corona napolitana al advenedizo francés pensando que esto no sería bien recibido en la corte de Fernando. Pero el rey de Aragón demostraba una sagacidad política mayor de la que esperaba el pontífice. Durante un año hizo como que no se enteraba de la maniobra francesa. Fernando poseía una diplomacia muy eficiente gracias a la cual estaba al tanto de casi todo lo que ocurría en Europa. El Rey Católico tiene el privilegio de ser quizá el primer monarca moderno en establecer embajadas permanentes en las principales cortes europeas. Desde Roma, Londres, Bruselas o Venecia el flujo de información que durante lustros llegó al despacho de Fernando fue ingente. Diligentes funcionarios de la Corona apostados al pie de los más conspicuos tronos europeos fueron la voz y los oídos del lejano rey de España. Podía por lo tanto Fernando manejar sus fichas con suma maestría conociendo de antemano la posición de las cancillerías más importantes del continente. Carlos VIII por el contrario era un pipiolo, un novicio de la alta política, educado, eso sí, en la intrigante corte parisina pero con métodos más medievales y expeditivos que sinuosos y modernos como los que dominaba Fernando a la perfección. La cabalgada hasta Italia fue una muestra de ello. El tratado de Barcelona por el que Aragón había recuperado los condados

¹⁵ El rey de Nápoles era coronado por el Papa dado que el reino estaba enfeudado al Vaticano.

del Pirineo arrebatados durante la guerra civil no prohibía expresamente una intervención francesa en Italia pero, en ninguna de sus disposiciones, autorizaba al monarca galo a apoderarse de la corona napolitana por la fuerza de las armas. Corona que, por añadidura, tenía dueño. La muerte de Ferrante no había supuesto un vacío dinástico sino más bien todo lo contrario. Al hijo bastardo de Alfonso V le sucedió como ya he apuntado anteriormente su heredero natural Alfonso, y a éste, por abdicación, Ferrante II. Otra cosa bien distinta es la presumida debilidad del Reino de Nápoles y los pretendientes que éste tenía. Los franceses se consideraban depositarios históricos de lo que ellos denominaban como Reino de las Dos Sicilias, es decir, Nápoles y la isla unidas bajo la misma corona. Los aragoneses controlaban ya Sicilia y suponían, no faltos de cierto sentido político, que el estrecho de Mesina era más un puente que una fosa infranqueable. El peligro turco, que existir existía, siempre sería más fácil de conjurar desde un Nápoles fuerte que desde un reino diviso y atormentado por la disensión interna. Fernando era plenamente consciente de todo ello. Según los franceses cruzaron los Alpes envió una flota compuesta por navíos catalanes y valencianos para prevenir cualquier incursión otomana. Pero las intenciones de Fernando eran otras. Con Génova de su parte, Sicilia en sus manos y el Papa dudando por uno u otro candidato nada mejor para suavizar la situación que garantizarse un apoyo marítimo incontestable.

La Liga Santa

Carlos VII no se arredró ante nada. Estaba tan convencido de la inevitable de su victoria que a finales de 1494 cayó sobre Nápoles con todo su ejército. El Rey Católico sin embargo, en la tranquilidad de su retiro castellano, había tramado una alianza en contra del arrojado e irresponsable Carlos. Por un lado apoyó los derechos de Ferrante II sobre el trono napolitano.

Por el otro forjó una coalición cuyo objeto era aislar a Francia, asfixiarla con un anillo de reinos hostiles. La primera alianza, como ya hemos visto, no funcionó. Cada uno de los coligados buscó su propio arreglo con el gigante francés y dejó para mejor ocasión el ajuste de cuentas. Pero en 1495, con Carlos ocupando ilegalmente el Reino de Nápoles, la situación se invirtió. Austria, Inglaterra, Venecia y el papado vieron que era llegado el momento de devolver viejos agravios a la presumida y orgullosa corona francesa. Había que buscar una excusa para echarse sobre el atrevido francés. Y el Papa la encontró sin problemas. Los turcos, sus amenazas y, como corolario, la idea fantástica de recuperar Jerusalén para la cristiandad. Carlos no se adhirió a la Coalición. Por dos razones. La primera es que para defender occidente del enemigo otomano se las valía él solito, sin necesidad de apoyos. Y la segunda es que vista la nula resistencia que habían opuesto los napolitanos a la invasión nada haría pensar que cualquier tentativa de expulsarle de Nápoles se viese bendecida por el éxito. Demasiada petulancia la del jovenzuelo francés. Maximiliano de Habsburgo no olvidaba ciertas rencillas con París, además, el intervencionismo austriaco en Italia era muy habitual, el Milanésado sin ir más lejos estaba enfeudado a la familia Habsburgo, y el emperador del Sacro Imperio era por encima de todo Rey de Romanos, es decir, paladín de la cristiandad. Los venecianos temían más que nadie al turco. Su imperio comercial se extendía por el Mediterráneo oriental y el Adriático ambos controlados desde mediados de siglo por el sultán. Mirando tierra adentro la Serenísima República tenía mucho que perder si se alineaba con Francia. Milán, su eterno enemigo en el septentrión italiano, lo había hecho con el Papa y Austria también. La frontera hispano francesa era otro punto delicado a tratar con suma prudencia. Los Pirineos tienen la fama de ser una barrera infranqueable, pero es sin duda una fama ilusoria. A lo largo de los más de cuatrocientos kilómetros de cadena montañosa que separan la Península Ibérica del resto de Europa hay multitud de pasos

abiertos gran parte del año. Además los extremos de la cordillera están constituidos por formaciones orográficas de baja altura transitables sin problema durante todo el año. En estos extremos pirenaicos se situaban entonces los condados catalanes recién recuperados y el Reino de Navarra. La Cerdaña y el Rosellón fueron puestos en alerta máxima por Fernando. La neutralización de Navarra tenía más difícil solución. Fernando reclamó un nuevo tratado a Pamplona para garantizar su imparcialidad ante el conflicto que se avecinaba. Al poco se firmó en Madrid un pacto entre ambos soberanos en virtud del cual Castilla recibió el control de un puñado de fortalezas y obligó a que la heredera del trono se mudase a vivir a Castilla.

Los muñidores de la alianza, que oficialmente estaba destinada a detener el avance turco, invitaron a Carlos a unirse a ella, eso sí, previa retirada de Nápoles y devolución de la corona a su legítimo propietario Ferrante II. Carlos se negó y dieron comienzo las hostilidades. Un ejército combinado de Milán y Venecia abrió fuego en el norte de la península a mediados de año. El rey de Francia hubo de abandonar Nápoles para dirigirse de nuevo a casa. Los milaneses, que un año antes le habían franqueado el paso, estaban esperándole con la espada en alto. Los franceses hubieron de retirarse precipitadamente en Fornovo para impedir que la lucha se cobrase también la vida del monarca. En el sur una flota catalana desembarcó en Calabria un ejército castellano al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba. El enviado de Fernando era ya un militar de talla superlativa que vería como su nombre se convertiría con el tiempo en algo inseparable de las campañas italianas. En Mesina antes del desembarco Gonzalo se había encontrado con la desterrada casa real napolitana. Ferrante y la reina viuda Juana de Aragón, hermana de Fernando. Las órdenes del soberano eran taxativas. No se trataba, como se ha querido ver con posterioridad, de una invasión de Italia al modo francés sino de devolver a Ferrante la corona que le pertenecía. Tras ello había, como es lógico, una intención no

CAMPAÑAS DEL GRAN CAPITÁN

Campaña 1495-1496

--- ➔ CARLOS VIII

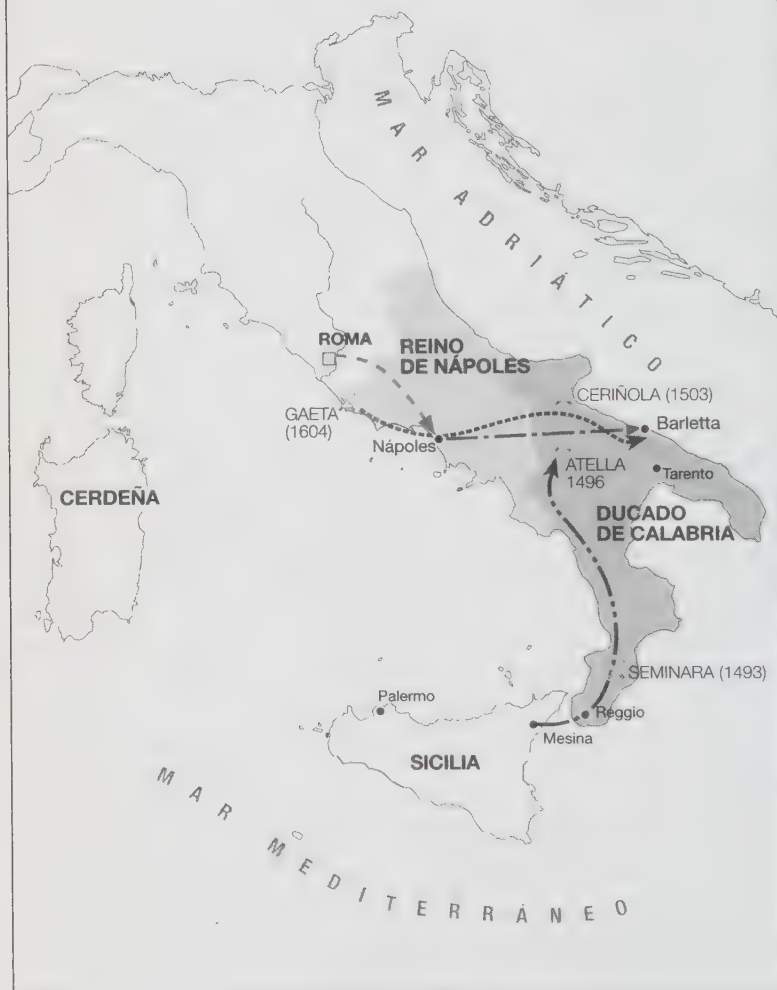
➔ GONZALO FERNÁNDEZ DE CORDOBA

Campaña 1503-1504

--- ➔ OFENSIVA FRANCESA

--- ➔ GONZALO FERNÁNDEZ DE CORDOBA

▲ Batallas



velada de mantener el viejo *regno* a raya y debidamente controlado desde España.

La primera intentona española de avanzar fue frenada en seco en la batalla de Seminara. Los franceses venían bien pertrechados de moderna artillería para la que Fernández de Córdoba no estaba preparado. El andaluz se retiró con su hueste a Regio Calabria para lamerse las heridas y replantear la batalla. Procedió a una reorganización del cuerpo expedicionario, mayormente castellano, que había desembarcado en la península. La reforma, que fue muy comentada en aquella época, revolucionó el panorama bélico. Restringió el concurso de ballesteros y jinetes ligeros para aumentar el de arcabuceros y soldados de infantería. La artes de la guerra, ya lo hemos visto en Granada, estaban sufriendo a finales del siglo xv una profunda evolución. De nada valían ya los caducos sistemas tácticos de la guerra de los cien años, o los inmensos ejércitos cuyo único objeto era sitiar una fortaleza como en la guerra hispano portuguesa de apenas unos años antes. Gonzalo reunió las antiguas compañías de combate en columnas al cargo de un coronel. Las coronelías además impulsaron los anhelos de ascenso que tenía gran parte de la tropa y que hasta ese momento no podían satisfacerse con la organización tradicional compuesta por una tropa sin formación acaudillada por un aristócrata. La caballería que era todavía el arma suprema en el combate a campo abierto fue revisada. ¿Qué buscaba Gonzalo?, ¿el botín y la gloria o el restablecimiento de una dinastía?, ¿a quién se debía?, ¿a su embrutecida tropa ansiosa de saqueo y pillaje o a los reyes que le habían enviado allí? Gonzalo no tenía ninguna duda. La presencia del contingente castellano en Calabria estaba única y exclusivamente justificada por razones de Estado. Con los métodos antiguos no llegaría a ninguna parte. El fracaso de Seminara ya se lo había demostrado y, o reportaba una victoria contundente a Fernando, o habría irremediablemente de volver a España con la cabeza gacha y el honor por los suelos. Fernández de



*Virgen de los Reyes Católicos, obra anónima, hacia 1490,
Museo del Prado, Madrid.*

Córdoba además era, en su andaluza tierra natal, el segundón de una familia noble por lo que si quería brillar en algo habría por fuerza de ser en la guerra, en la gloria militar reservada sólo a unos pocos. La reforma impulsada por Gonzalo contó con el escepticismo de los monarcas y el concurso entusiasta de su tropa para la que no escatimó cuidados y atenciones. Se percató que los buenos profesionales de la guerra, los que combatiendo en uno u otro lado decantaban la victoria, eran muy caros. Los mercenarios suizos por ejemplo, los famosos piqueros, eran terribles frente al enemigo pero su manutención salía por un pico al príncipe que los hubiese contratado. Los soldados propios, reclutados en leva, valían lo que valía su fuerza física y motivación por el botín pero nada tenían que hacer frente a un ejército bien organizado, profesional y adecuadamente financiado. Gonzalo contó en todo momento con la soldadesca y los oficiales, muchas veces de extracción humilde, para planificar las batallas. Invirtió dinero y tiempo en la formación de su ejército y en el entrenamiento de la tropa. Al final se veía que el nuevo ejército de Gonzalo funcionaba, ganaba batallas y se granjeaba el respeto de los aliados y los enemigos. No es aventurado decir que esa nueva milicia que nació en Italia en 1495 al calor de la Liga Santa fue el germen de lo que con los años sería el temido y temible ejército español que construyó un imperio.

Con la puesta a punto del ejército español y la rebelión de algunos barones napolitanos en la capital del reino la posición francesa se debilitó en extremo. Carlos VIII se encontraba ya en Francia a la defensiva y Gilbert de Montpensier, el gobernador que había dejado en Nápoles para resistir la embestida española, se las veía negras. Fernando seguramente observó el panorama que empezaba a dibujarse más allá del mar con cierto respiro pero su ejército aun no había hecho nada de importancia. Los franceses se retiraban más por la presión de los propios napolitanos que por el empuje del capitán que había destinado en tierras italianas. Gonzalo

se había acantonado en la comarca costera de Calabria que linda con el estrecho de Mesina hasta tener completamente rediseñado su ejército y planificado su avance hacia el norte. Para ello era menester irrenunciable librar batalla lo más cerca posible de la capital. Nada de caer en errores como el de Seminara que dejó a los españoles estancados en la misma punta de la bota coartando su posibilidad de avanzar o, al menos, de fortificarse en un área de influencia desde donde poder planear un contraataque. Gonzalo avanzó lentamente por Calabria aprovisionándose de caballos y suministros hasta que el mismo Papa Alejandro VI le envió una carta para que acudiese en auxilio de Ferrante. El legítimo rey se encontraba en apuros en la localidad de Atella, al sur de Nápoles, entre Calabria y la importantísima plaza de Tarento. Hasta allí condujo su ejército Gonzalo para plantar cara al francés. La victoria fue fulminante. Los cuerpos mercenarios contratados por Montpensier huyeron despavoridos ante una mesnada, como la del capitán andaluz, formada y reformada para enfrentarse con ellos. Los engréidos piqueros suizos habían encontrado la horma de su zapato en la formidable infantería española. De Atella Gonzalo, convertido ya en el Gran Capitán que pasaría a las crónicas, se dirigió a Nápoles para entrar triunfalmente en la ciudad. Nápoles volvía a estar bajo la égida hispánica.

La diplomacia de los altares

Fernando estaba bien informado de la campaña italiana. El éxito de Atella le había catapultado una vez más a la primera plana internacional. El peso de la Alianza había recaído en sus hombros y suya, nada más que suya, era la victoria. Por ello debía apuntalarla convenientemente. Su poder tenía que ser incontestable o no lo sería. Para ello requirió de nuevo la colaboración de las potencias europeas. Los austriacos habían des-

empeñado un papel más bien mediocre en la primera liga pero no por ello Maximiliano dejaba de ser un atractivo aliado a tener en cuenta y, sobre todo, a tener de lado. Era imprescindible mantener la entente hispano alemana tan fortalecida como ya lo estaba, o más aun. En esta dirección se encuadra el doble matrimonio de los infantes Juan y Juana de Castilla y Aragón con los hijos de Maximiliano Felipe y Margarita de Habsburgo-Borgoña. Recordemos que Juan era el único hijo varón de los Reyes Católicos y las probabilidades de que Isabel engendrara otro eran prácticamente nulas debido a la edad de la reina. Casar bien a Juan, en tanto que príncipe de Asturias y de Gerona, era garantizar la supervivencia de la monarquía católica. La pareja de matrimonios reales se llevó a buen término entre 1496 y 1497. Los destinos de Austria y España quedaban así enlazados de un modo que a buen seguro ni Fernando ni Isabel llegaron a sospechar siquiera en aquel momento. Ninguno de los dos matrimonios sin embargo fue honrado por la fortuna. El de Felipe y Juana que se había celebrado en 1496 constituye todo un referente en la novela histórica de todos los tiempos. Felipe se comportó como un pésimo aliado de Castilla a pesar de haber contraído matrimonio con Juana precisamente para eso, para ser el soporte de los intereses de Fernando en Flandes. Juana se volvió loca, dicen que de amor, y fue ninguneada por el canalla de su marido ya desde los tiempos en que ambos eran duques de Borgoña. El de Margarita con Juan fue aun si cabe más trágico. Celebrado en Burgos en marzo de 1497 el príncipe murió apenas seis meses después.

La otra pata de la alianza era Inglaterra. Ingleses y franceses venían peleándose desde hacía siglos. Enemigos por antonomasia, Inglaterra no renunciaba a sus derechos feudales sobre la Guyena al sur de Francia, y no perdía ocasión de importunar al inquilino de las Tullerías. Enrique VII se avino a pactar con Fernando. El rol que eventualmente podría librar Londres en Italia era nulo pero aislar a Francia constituía ya de por sí un

acicate suficientemente seductor como para sustraerse a él. Los monarcas de Inglaterra y España estructuraron su acuerdo en dos vertientes; la matrimonial y la política, es decir, lo mismo bajo dos epígrafes distintos. Se acordó la boda de la infanta Catalina de Aragón con el príncipe de Gales Arturo. Enrique sin embargo hizo constar en el documento que Inglaterra jamás declararía la guerra a Francia. Demasiado cerca de París estaba Londres como para provocar al intrépido Carlos, que bien podía cobrarse sus fracasos italianos en el espinazo de los ingleses.

Con Austria e Inglaterra sujetas sólo Portugal quedaba por unir a la alianza. La relación con Portugal era, desde la firma de Alcaçovas, un sosegado vaivén de cordialidades mutuas. Con el fin de la conquista del archipiélago canario y el salto definitivo de los españoles a la *mar oceánica* pudo haberse encendido la chispa de la discordia. Pero no ocurrió. Civilizadamente en Tordesillas españoles y portugueses se repartieron el mundo conocido, ¡y el desconocido!, con el permiso del Papa y con objeto de evitar futuros conflictos. Tanta cortesía recíproca no podía terminar más que un juego de matrimonios cruzados. Años antes Juan II había casado con Isabel, hija mayor de Fernando. Pero el monarca portugués falleció pasando la corona a su primo Manuel. Los Reyes Católicos con idea de mantener la amistad hispano portuguesa más allá de las embajadas ofrecieron a Manuel la mano de la pequeña infanta María, aun soltera y en edad idónea de desposar un monarca de la talla del lisboeta. Pero Manuel se negó. Y no por hacer un desplante a los reyes de Castilla sino porque estaba perdidamente enamorado de la reina viuda, de Isabel. Según parece el amor no era correspondido. Isabel no bebía ni mucho menos los vientos por su real pretendiente pero a Fernando eso le trajo sin cuidado. La alta política estaba muy encima de los afectos privados que tuviesen sus hijos. Acaso no había tenido él que casarse con una auténtica desconocida por la que tuvo además que jugarse el pellejo en un viaje sui-

cida por media Castilla. Isabel además llevaba ya unos años en el trono y conocía los entresijos de la política portuguesa. Nadie mejor para encarnar el papel de reina de Portugal. Finalmente Manuel e Isabel se casaron y hasta tuvieron descendencia que a punto estuvo de cambiar el rumbo de la Historia de ambos reinos.

Pero lo que laboriosamente Fernando había construido vino a dislocarlo la muerte. En octubre de 1496 el rey de Nápoles Ferrante II murió inesperadamente y sin descendencia legítima. Bastarda si que la tenía y fue uno de ellos, Fadrique, el agraciado con la corona. Fernando se indignó. El trono le correspondía a él en tanto que heredero directo, y legítimo, de Alfonso V. Entronizar a Fadrique era consagrar la bastardía en el reino napolitano por muy útil que la candidatura de Fadrique le fuese al solio pontificio. Carlos VIII en Francia se sintió también traicionado por la decisión papal. Era necesario aproximar posturas entre los pretendientes. Un advenedizo protegido desde el Vaticano era tanto o más peligroso que enfrentarse entre ellos, depositarios a fin de cuentas de la herencia legítima del reino. Españoles y franceses sin embargo venían batallando sin tregua desde el final de la gloriosa campaña del Gran Capitán en Atella. El propio Fernández de Córdoba había tenido que auxiliar al Papa y las disputas fronterizas en el Rosellón eran cosa de todos los días. Lo primordial para concentrarse en los asuntos de Italia es que tanto Fernando como Carlos se diesen un descanso. Pactaron una tregua en Lyon para denunciar la ilegitimidad del rey de Nápoles. Pero la muerte se paseó de nuevo sobre las cabezas de los asistentes. Carlos VIII falleció de modo insospechado en su palacio de Amboise por culpa de un accidente doméstico. El rey era aun joven y carecía de descendencia. Su lugar lo ocupó el duque de Orleáns que pasaría a ser Luis XII. El cambio de monarca no entorpeció las intenciones previas de llegar a un suculento acuerdo con Fernando. Castilla además se había visto trastocada por la muerte del príncipe de Asturias.

El varapalo fue tal que la reina sufrió una profunda crisis que vino a agravar sus ya habituales problemas de salud. Fernando no obstante siguió al pie del cañón. Estaba el Rey Católico en el apogeo de su reinado y no podía dormirse en los laureles. En las Cortes de Toledo de 1498 hizo nombrar sucesores a la corona a Manuel de Portugal y su hija Isabel. En Aragón, donde no podían reinar las mujeres, se reconoció la capacidad de Isabel para transmitir la legitimidad, por lo que si bien las Cortes reunidas en Zaragoza no reconocieron a Isabel como legítima heredera al trono si que reconocieron los derechos que ésta transmitiría al vástago varón que no tardaría en llegar. Miguel, el hijo de Manuel e Isabel, era la gran esperanza en el otoño de la reina católica. Pero la suerte volvió a jugar una mala pasada a los reyes. Primero fue la madre que murió durante el parto. Le seguiría su pequeño apenas dos años después. Por unos meses las coronas de Aragón, Castilla y Portugal tuvieron un heredero común. Pasarían cien años, exactamente cien, en 1598, hasta que un nuevo rey concentrase los derechos dinásticos sobre las tres coronas. Hablo naturalmente de Felipe III, hijo de Felipe II y biznieto de los Reyes Católicos. Para procurar aliviar al desconsolado Manuel se ofreció de nuevo la mano de María que esta vez fue aceptada por el lisboeta. De cualquier modo la línea sucesoria ya había saltado de Isabel a Juana, la desdichada archiduquesa, que contaba con una prole numerosa entre la que se encontraba un varón recién nacido en Gante, el infante Carlos.

Ante tal encadenamiento de fúnebres sucesos la paz y el arreglo con Francia se hacían ineludibles. Mejor era convenir un reparto equitativo entre las dos potencias que volver al campo de batalla. Los reyes llamaron al Gran Capitán a Italia para que regresase y se impulsó la vía diplomática que cristalizó en los acuerdos de Chambord-Granada del año 1500. El reino de Nápoles quedó dividido en áreas de influencia hispano francesas. El trono correspondería al rey de Francia Luis XII pero Fernando se reservaba para sí el ducado de Calabria,

el Señorío de la Apulia y una parte de la renta obtenida por el ganado de Basilicata. La posición francesa en Italia era inmejorable. Daba la impresión que la victoria de Atella no había servido para nada. Luis XII no sólo se había hecho con el trono napolitano sino que, aprovechando su natal ducado de Orleáns, había desalojado a Ludovico el moro de Milán. De norte a sur Italia era una provincia francesa salteada por los dominios papales, los de Fernando y la atribulada república veneciana que veía reactivarse seriamente el peligro turco en el Adriático. Los otomanos, aparte de incordiar el trasiego de flotas mercantes venecianas, importunaban el tráfico del estrecho de Otranto. El sultán fue más allá. Ocupó las islas jónicas situándose a tiro de piedra de Lecce, Bari y las costas de la Apulia, señorío cuyo propietario era Fernando. El rey venía llevando a cabo simultáneamente con la campaña de Italia una labor de hostigamiento a los turcos en el mediterráneo occidental. Fruto de ella fue la conquista de Melilla en septiembre de 1497. Pedro de Estopiñán en representación del duque de Medina Sidonia se apoderó de la ciudad. La plaza, y valga recordarlo ahora, estaba despoblada y abandonada por lo que no fue preciso presentar batalla alguna. La morería no tardaría en arrepentirse del desamparo de Melilla pues los castellanos se afanaron en fortificarla y defenderla como avanzadilla para ulteriores incursiones.

Volviendo sobre la compleja situación de Italia a comienzos del nuevo siglo Fernando se vio obligado a devolver a Sicilia al Gran Capitán. Su misión era expulsar a los turcos de Cefalonia. Una armada compuesta por varias naves venecianas, españolas y hasta alguna francesa sitió el puerto de la isla y tras dos meses de asedio hizo retirarse a un menguado ejército otomano. El éxito de Gonzalo Fernández de Córdoba fue recibido con alborozo por el dogo veneciano y no tanto por Fernando. Demasiado protagonismo estaba adquiriendo el cordobés como para ignorarlo. Además, parecía no tener rival en el campo de batalla. Había conquistado Nápoles en

apenas unos meses, había intervenido con éxito en la revuelta islámica de la Alpujarras. Ahora volvía triunfante a las tierras de Italia que le habían visto nacer como militar victorioso. Sea como fuere el hecho es que sin quererlo y con la manida excusa del peligro otomano, que esta vez si había sido real, Fernando tenía de nuevo y en posición de combate un temible ejército mirándose las caras con los confiados franceses.

En casa Fernando no lo tenía fácil. Su trabajosa diplomacia de altar que le había llevado a emparentar con las más ilustres casas reales europeas se caía como un castillo de naipes. La baza portuguesa parecía perdida tras el óbito de su hija y nieto. El matrimonio de Catalina con el príncipe Arturo de Inglaterra, enlace que había costado años de pesadas conversaciones en torno a la dote, se vino abajo con la muerte del joven heredero. El afligido padre Enrique VII veía con la muerte de su hijo escaparse el portentoso patrimonio que traía aparejado la princesa desde España. Fernando y Enrique recurrieron a Roma para salvar *in extremis* la alianza matrimonial ofreciendo como sustituto del difunto al hermano de éste, el nuevo príncipe de Gales Enrique.

El doble matrimonio con la casa de Habsburgo era un cúmulo de desdichadas circunstancias y dolores de cabeza. Felipe de Habsburgo maniobraba continuamente contra su suegro y a favor de los intereses de Francia. Su origen borgoñón en este aspecto le perdía. El ya heredero de las coronas de Castilla y Aragón era un francófilo convencido que además mantenía con sus suegros unas frías y desconfiadas relaciones. Juana estaba seriamente perturbada: Heredera de una locura congénita que se remontaba a su abuela de la familia Lancaster, pasaba temporadas enteras al margen del mundo encerrada en sus propias ensoñaciones y obsesionada por la fidelidad de su marido. Los amores extraconyugales eran muy comunes entre los príncipes de la época. El mismo Fernando fue, como ya he comentado con anterioridad, un gran aficionado a las aventuras fuera del matrimonio fruto de

las cuales dejó un reguero de bastardos. Pero Felipe el Hermoso, conocido así por su arrebatadora belleza, se regodeaba en ello atormentando la existencia de su desventurada esposa. El archiduque se consideraba a sí mismo un personaje de primera fila en la política europea cuando nunca pasó de ser el «correveidile» del rey de Francia. Tal concentración de despropósitos preocupaban en extremo a Fernando que sin embargo hubo de aceptar la primogenitura de su hija Juana y actuar en consecuencia. Los príncipes herederos llegaron a España en 1502. Bajo el brazo traían la pretensión de ser reconocidos herederos de las coronas de Castilla y Aragón y, lo que es más importante, la realidad palmaria de un hijo varón vivo y hasta prometido con la hija del rey de Francia. Este compromiso que había adquirido Felipe de manera unilateral irritaba especialmente a Fernando. ¿Quién era ese niño borgoñón que se atrevía a jugar con el futuro de sus reinos? El acuerdo entre Luis XII y Felipe no era más que eso, un acuerdo de buenas intenciones sobre sus dos vástagos menores de edad, bebés diríamos, para afianzar la amistad entre los padres. Fernando tuvo que aguantar, tragarse el sapo y ver como el nuevo príncipe de Asturias se pavoneaba por Toledo y Zaragoza rodeado de cortesanos flamencos sin siquiera dignarse a pronunciar una sola palabra en castellano. No hay que hacer un gran esfuerzo para imaginar la angustia que debió padecer el Rey Católico en aquellos meses de 1502. Había renunciado a su derecho histórico sobre la corona napolitana. Es más, se lo había cedido a un Orleáns, un recién llegado al trono francés cuyos méritos dinásticos eran infinitamente menores que los que reunía Fernando y la casa de Trastámara. En España tampoco las cosas pintaban bien. La salud de su esposa empeoraba por momentos y los destinados a sucederla eran una pareja de irresponsables compuesta por un canalla y una desequilibrada. Menudo panorama el del monarca ya cincuentón que vino a buscar su remate final en el tratado de Lyon.

La conquista de Nápoles

Felipe el Hermoso se reunió con Luis XII en la ciudad francesa para resolver el contencioso napolitano. Las áreas que no habían quedado bien delimitadas tres años antes en Granada seguían presentando conflictos intermitentes. Los franceses apelaban a su soberanía del mismo modo que los españoles. Varios por este motivo habían sido los roces entre el ejército del Gran Capitán y los de las guarniciones francesas destacadas en Nápoles. Felipe, en su simplicidad trufada de cierto progalicismo nunca ocultado, creyó encontrar la solución. La zona francesa se respetaría entregando su administración a un virrey nombrado por Luis. La española sería gobernada directamente por Felipe al igual que las tercerías en disputa. Como salida al conflicto los hijos de ambos, de Felipe y de Luis, serían al llegar su mayoría de edad coronados como reyes de Nápoles. Es decir, el *regno* pasaría de un Trastámara bastardo a un Habsburgo-Orleáns. Para Felipe era una jugada maestra. De su insignificante archiducado flamenco podía convertirse a la vuelta de un lustro en el monarca más poderoso de Europa. Heredero por parte de madre de la corona de Borgoña, de la de Austria y de los derechos sobre el Sacro Imperio por parte de padre, de Castilla y Aragón por su infortunada esposa. Sólo le faltaba Nápoles para cerrar la corona de su fantasía imperial.

Fernando no se tragó el bulo y cursó órdenes a su capitán en Italia para que hiciese acopio de efectivos y provisiones. La guerra estaba cantada. Fernando debía asestar un golpe certero sobre el espinazo francés en Nápoles u olvidarse definitivamente del reino al que tanto aprecio profesaba. Se procedió al envío de dos flotas con tropas de refresco desde Barcelona y Cartagena. Soldados catalanes y castellanos unidos en la empresa italiana. Los franceses se inquietaron. El duque de Nemours, general francés de Nápoles, sitió primero Barletta sin éxito tras lo cual dirigió su ejército a Tarento, una de las



Gonzalo Fernández de Córdoba ante el cadáver del duque de Nemours, óleo de José Casado del Aliso, 1886.

principales ciudades del Señorío de la Apulia. El tratado de Granada quedaba definitivamente roto. Fernando no se quedó quieto esperando las noticias que con regularidad le enviaba Gonzalo desde Italia. Para distraer a los franceses de Tarento armó una nueva flota al mando de Luis Portocarrero. El nuevo contingente español, formado esta vez por asturianos y gallegos, se dirigió a Mesina para fortalecer los destacamentos en Calabria y aliviar la presión sobre Barletta y Tarento. El Gran Capitán no recibió los refuerzos llegados de España con excesiva simpatía. ¿Significaban quizá el fin del apoyo real? Apremiado por los acontecimientos Gonzalo rompió el sitio de Barletta donde llevaba casi un año encerrado viviendo de los víveres que por mar les hacían llegar los bajeles venecianos. A pocos kilómetros tierra adentro se encontró de frente con el grueso del ejército francés cerca de Ceriñola. Nemours esperaba altivo la auto inmolación de la tropa española en el campo de batalla. Una oportunidad como ésta no podía desaprovecharse pero se volvió en su contra. Una inteligente maniobra del andaluz que había previsto cavar fosos frente a su primera línea fue la tumba de las fuerzas de choque francesas. El mismo Nemours cayó en el fragor de la batalla. Cuentan que el Gran Capitán solicitó traer el cadáver del general francés ante sí para rendirle el homenaje que se merece todo buen militar que entrega su vida al frente de sus tropas. Encargó un funeral y cristiana sepultura para el general vencido. Gestos como este hicieron de Gonzalo Fernández de Córdoba el capitán legendario que ha llegado hasta nuestros días.

El triunfo de Ceriñola surcó los mares con sorprendente rapidez. Fernando que se encontraba en Alcalá de Henares cuando recibió la grata noticia sabía que el tiempo corría en su contra y quería borrar la presencia francesa en Nápoles de un plumazo, hacer de su victoria algo incuestionable. Gonzalo no se entretuvo. Atravesó la Campania con celeridad tras recibir noticias que lo que quedaba del cuerpo expedicionario francés estaba encastillándose al norte de la capital. La idea de los fran-

ceses era sin duda resistir el envite español hasta que la diplomacia o la hartura de los barones napolitanos inclinasen de nuevo la balanza a su favor. Luis XII además para no dejar nada a la casualidad se ocupó de enviar un nuevo ejército al sur de Italia. Más numeroso y mejor preparado que el de Nemours. No escatimó ni la jefatura del mismo. Puso a su frente a un italiano, Juan Francisco Gonzaga, que años antes había dirigido las tropas de Milán y Venecia contra su antecesor Carlos VIII en Fornovo. La apuesta francesa era fuerte y sólo entendía la victoria como resultado final. Pero Luis XII desconocía con quien se estaba enfrentando en Italia. Gonzalo planeó el asalto con detenimiento y paciencia. Pasó meses escudriñando el modo de atacar las fortalezas controladas por los franceses hasta que en una operación coordinada de los distintos cuerpos de su ejército cruzó el río Garellano y como un tropel cayó sobre los defensores franceses de Pontecorvo y Castelforte. Los franceses no supieron reaccionar, o lo hicieron de la peor manera posible: huyendo despavoridos con la artillería a cuestas. El último capítulo lo escribió unos días después desalojando a los postreros resistentes franceses del fuerte de Gaeta. En apenas siete meses de 1503 el ingenio militar y la determinación de un hombre hizo desaparecer la presencia francesa en el sur de Italia.

A principios de 1504 Fernando era, por primera vez en su vida, dueño de todo el reino de Nápoles. Los equilibrios en el alambre que el traidor de su yerno había hecho con Luis XII en Lyon de nada servían. Nadie en Europa, ni siquiera el nuevo Papa Julio II, ponía en duda que el nuevo hombre fuerte de Italia era Fernando. Su ejército, sabiamente dirigido por Gonzalo Fernández de Córdoba, había impuesto su ley por dos veces consecutivas y esto no había tratado, paz o arreglo diplomático que lo cambiase. Solo una desgracia hizo que la dicha no fuese inmensa para Fernando. Unos meses después de la entrada triunfal del Gran Capitán en Nápoles Isabel moría en Medina del Campo, villa castellana distante solo unos kilómetros de

Madrigal de las Altas Torres, localidad que la había visto nacer. El fallecimiento de la reina, el otro yo de Fernando como muy acertadamente ha sido recordado por algún historiador, aplazó la cuestión napolitana y marcó el punto en que Fernando se quedó solo.

VI. FERNANDO SIN ISABEL

1504 fue un año de malos augurios y de peores realidades. Brillantes cronistas de la época han hecho llegar hasta nosotros las torrenciales lluvias que padeció Castilla durante el invierno. En primavera un seísmo sacudió gran parte de Andalucía. Casas e iglesias se vinieron abajo. Las gentes sencillas huían despavoridas de las aldeas, ciudades como Sevilla o Córdoba sufrieron el temblor y sus consecuencias con especial severidad. Los luctuosos desastres naturales que afligieron a los reinos de Isabel no serían más que los funestos presagios a la muerte de ésta.

El hecho es que la reina arrastraba una larga y despiadada enfermedad desde por lo menos seis años antes. La reina católica padecía el peor de los males; el de la melancolía. La trágica muerte del infante Don Juan había golpeado con fuerza a la reina. Su niño, su único hijo varón, su primogénito en que ella y Fernando habían depositado todas sus esperanzas dinásticas y personales. Don Juan encarnaba en altiva figura principesca la esencia misma de los Trastámara y de su peculiar misión en la Historia. Tras su muerte ya nada fue lo mismo. La reina entró en la cincuentena que, para la época, se trataba de una edad avanzada, reservada sólo a los más fuertes de constitución y a los más valerosos de espíritu. El varapalo del fallecimiento de Juan vino seguido por los quebraderos de cabeza que el matrimonio de su hija Juana acostumbraba a dar a sus padres y a la causa común que ellos habían emprendido. Isabel sabía de primera mano que su hija no era feliz. Conocía las canalladas y los desplantes del indeseable Habsburgo. Los

embajadores en Bruselas transmitían desalentadores informes sobre la más que presunta locura de la archiduquesa Juana. Fernando además no simpatizaba en absoluto con Felipe. ¡Y razones tenía! Los malabarismos del ambicioso joven habían puesto en más de una ocasión al rey entre la espada y la pared. La francofilia nunca disimulada del truhán mujeriego con el que había tenido que emparentar llenaba de enojo y desmontaba los complejos mecanismos políticos que Fernando había pasado media vida construyendo. ¿De qué valía fingir buenas relaciones con París si después el niño entrometido hacía las cosas por su cuenta ignorando los más elementales intereses de Estado?

En 1500 la reina se encontraba en Andalucía reorganizando la Iglesia y el horizonte pareció despejarse. Pero dos acontecimientos encadenados, dos muertes más a sumar a la ya larga lista que la reina acumulaba desde su infancia vinieron a agravar el delicadísimo estado de Isabel. En apenas dos años el infante Miguel, heredero de todos sus reinos y de Portugal, falleció. Poco después Arturo, príncipe de Gales y prometido de su hija Catalina, entregaba su alma sin llegar siquiera a coronarse rey en Londres. Tras la muerte de Arturo de Inglaterra la salud de Isabel entró en una espiral sin salida. Camino de Aragón donde habría de encontrarse con Fernando cayó enferma en Madrid, casualmente en la misma villa donde treinta años antes se había despedido de este mundo su hermano Enrique. Fernando se apresuró a volver al lado de su esposa. Dispuso que la trasladasen a Alcalá de Henares junto a Juana que, una vez más, estaba embarazada. En la ciudad complutense los reyes recibieron la primera buena noticia en mucho tiempo. Fueron testigos del nacimiento de un nuevo nieto, el infante Fernando, bautizado así en honor de su abuelo materno. Fernando con el tiempo llegaría a ser el más ilustre hermano de Carlos V y sucesor suyo en el Imperio Alemán bajo el sobrenombre de Fernando II, el mismo ordinal que su abuelo en Aragón. Caprichos de la Historia. Al poco el rey volvió a Cataluña desde donde se



Los Reyes Católicos y la infanta doña Juana, miniatura de 1482 del Rimado de la conquista de Granada, de Pedro Marcuello.

aprestó a dirigir la campaña italiana. El Gran Capitán estaba de nuevo en marcha y Fernando no podía permitirse el lujo de apartarse del fragor de la contienda. La frontera francesa no era segura y el rey había por fuerza de estar al pie de la trinchera pirenaica. Llegó el verano e Isabel abandonó Alcalá por propia voluntad. Pasó por Madrid donde permaneció durante unas semanas y desde allí cruzó la cordillera para establecerse en Segovia, la gallarda ciudad castellana que años antes, muchos años antes la había visto proclamarse reina.

Yo, la reina

En Segovia la enfermedad de Isabel empeoró. Las fiebres iban y venían en un compás macabro que la tuvo durante meses postrada en la cama. Pero aun estaba por escenificar el último acto de la opereta que Juana se había empeñado en representar a los ojos de su madre y de Castilla entera. Recluida en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, la ya jurada princesa de Asturias, tuvo una recaída feroz. Entre desvaríos se arrojó al suelo de uno de los patios del castillo y permaneció allí inmóvil durante más de un día con su noche correspondiente cubierta tan solo por un mantón. Para asombro de la soldadesca destacada en la fortaleza medinense la princesa se había retirado a uno de los cuartos asignados a la guardia. Encerrada y gritando venganza pasó varios días en un camastro. La noticia corrió como un rayo por todo el reino. Isabel dejó su retiro segoviano y emprendió su último viaje a Medina del Campo para devolver a sus cabales a Juana. Fernando fue informado también. No tenía bastante el rey con la guerra de Italia, donde por esas mismas fechas Gonzalo Fernández de Córdoba estaba haciendo historia para las armas españolas, como para preocuparse de cuestiones domésticas. Muy mal tuvieron que pintárselo a Fernando porque dejó Aragón casi en el acto y en una rápida cabalgada se dirigió a Medina del Campo. Llegó tarde.

La ruptura entre madre e hija era definitiva. El origen del último brote de locura de la princesa había estado, según parece, en una carta que Felipe había enviado a su esposa desde Bruselas para que se reuniese con él. ¿Quizá una artimaña del francés para tener a su lado a la princesa de Asturias mientras sus tropas mordían el polvo en Italia? Juana se trastornó con la misiva del esquivo marido. Isabel que aunque enferma aun conservaba intacto el juicio no podía dejar salir a Juana de Castilla y mucho menos para dirigirse a Flandes. España y Francia estaban en guerra. Por tierra el viaje era imposible, por mar inseguro. Juana no cedió ni un ápice a pesar de ver exhausta y agotada a su madre. Tal era la locura de Juana. El cardenal Cisneros intervino finalmente preocupado por la cada vez más quebrada salud de la soberana. Si la princesa quería irse podía hacerlo. Cisneros ordenó el aparejamiento de una flota que desde Laredo llevaría a Juana de vuelta con su marido. La visión de Cisneros era sin duda privilegiada. Juana estaba loca y nada podría hacerse con ella, ahora, su hijo, el infante Carlos era por derecho el depositario de la herencia completa de sus abuelos maternos. Mejor que el niño volviese a España para ser educado como futuro rey de los españoles. Sea lo que fuere lo que pasó por la cabeza del cardenal en aquellos días de 1503 el hecho es que Fernando e Isabel volvieron a reunirse.

El estado de la reina fue empeorando. Del frío y marcial castillo de la Mota la comitiva real se trasladó a la cercana Medina del Campo donde se dispuso una casa señorial para alojar a la real pareja. Los reyes de Castilla y Aragón, los primeros monarcas de la España moderna pasaron en esa casa sus últimos meses de reinado colegiado. Fernando escribió una carta a Juana para que desconfiase del rey de Francia, vencido en el campo de batalla pero muy avisado en las intrigas palaciegas. Meses después todo se orientó hacia la sucesión y el fin irremediable de Isabel. Desde la improvisada corte medinense se solicitó a la reputada Universidad de Salamanca que enviasen con urgencia un doctor en leyes. El profesor salmantino y toda

la cohorte de secretarios, obispos y consejeros de la reina se pusieron manos a la obra. El 12 de octubre de 1504 la reina desfallecida por la enfermedad y desde el lecho dictó testamento al notario real Gaspar de Gricio. Manuscrito en ágiles trazos de escribano Isabel sólo acertó a firmar de su puño y letra un tambaleante pero gráfico «Yo, la reina»

Los nueve pergaminos que componen el testamento de Isabel la Católica son pieza fundamental en la forja de la nación española. La última voluntad de la reina contempla aspectos tan dispares como el pago de deudas, el lugar y modo de su enterramiento o, y esto es importante, la espinosa cuestión de la sucesión al trono. Isabel no era ajena ni al serio desequilibrio mental de su hija ni al peligro que entrañaba regalar la corona castellana a su irresponsable yerno. Fernando, su amado Fernando, era la solución al menos hasta que Carlos llegase a la edad apropiada para heredar el codiciado reino castellano. El testamento dice literalmente en este particular:

[...] que la dicha princesa, mi hija, no esté en estos Reinos... o estando en ellos no quiera o no pueda atender a la gobernación de ellos [...] lo cual yo después de haber hablado a algunos prelados e grandes de mis Reinos e Señoríos e todos parecieron conformes e les pareció que en cualquier de dichos casos, el Rey, mi Señor, debía regir e gobernar e administrar los dichos mis Reinos y Señoríos por la dicha princesa, mi hija [...]

La voluntad de entregar la corona a Fernando parece evidente. Isabel ni se fiaba de Juana ni se daba el más mínimo crédito a Felipe al que se cuida muy mucho de no nombrar siquiera para evitar suspicacias ulteriores entre los intérpretes del testamento.

Unos días más tarde de la firma del testamento la reina llamó de nuevo a los secretarios reales para dictar los añadidos y las ratificaciones en el famoso Codicilo de la Reina Católica. Eso fue a primeros de noviembre. El día 24 de ese



Isabel la Católica, retablo Mayor de la Cartuja de Miraflores (Burgos). Madera policromada, de Gil de Siloe, en 1496-99.

misimo mes, cuando lo más crudo del otoño arrecia en la llanada castellana la reina murió. Junto a ella se encontraba Fernando. Desolado, destrozado por dentro y por fuera. Después de tantos años, de tantas confidencias y decisiones compartidas el rey católico se quedaba solo. Hizo saber a sus súbditos aragoneses, catalanes y valencianos el óbito de su amantísima esposa en una carta atravesada de dolor y sentimiento. Las incógnitas eran tantas que parecía casi imposible responderlas a todas, estar en todo lo que era entonces menester una tarea titánica. Castilla podía venirse abajo, desangrarse en una nueva guerra civil entre los partidarios de Fernando y los de Felipe. Nápoles estaba esperando el ajuste real. El viaje de su nuevo y flamante monarca. Pero la cuestión sucesoria, la dramática sucesión al trono castellano era lo más urgente. Un más que agitado cóctel de disputas dinásticas, celos familiares y alta política internacional estaba a punto de estallar.

Desavenencias familiares

Los últimos años de la reina fueron, como ya hemos visto con detenimiento, angustiosos en lo personal y muy comprometidos en lo político. La situación del reino no era la Arcadia feliz que muchos panegiristas isabelinos han querido hacer ver con posterioridad. Si bien el trabajo concienzudo de los reyes había situado a la Hacienda Real en una posición muy ventajosa con respecto al inicio de su reinado, los gastos se multiplicaron en la misma medida conforme fue avanzando la concentración de poder en torno a la figura de los monarcas. El campo estaba revuelto. Inundaciones seguidas de sequías depararon a Castilla varios años de escasez de grano tras la muerte de Isabel. Para añadir un mal más al pozo de calamidades la nobleza se enva-lentonó con el dilema sucesorio. ¡Demasiados años callados como para olvidar viejas querellas! Debió pensar Fernando contemplando el panorama levantisco que con el cuerpo de la reina

aun caliente alboreaba por los señoríos de mayor fuste. Él además no era rey de Castilla. Ni podía con el testamento de su difunta esposa en la mano reclamar tal título. Castilla sin embargo había costado en gran parte la carísima política imperial en Italia. Sobre los hombros de los contribuyentes castellanos había recaído también la defensa de la frontera rosellonesa y casi todo el esfuerzo de contención del francés. Para colmo de males el victorioso ejército destacado en Nápoles estaba compuesto fundamentalmente por castellanos y su capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, era andaluz. En la corte a pesar de todo se respiraba ambiente aragonés. Desde Zaragoza y Barcelona desplazó Fernando en el último año de vida de Isabel un nutrido séquito de consejeros y asesores áulicos aragoneses. En postergación lógicamente de los naturales de la tierra que habían acompañado a Isabel en el gobierno de sus reinos.

Mantener controlados los resortes de poder en Castilla era para Fernando vital, demasiado trascendente como para dejar la iniciativa a su yerno. Apenas dos días después del fallecimiento de Isabel el rey se dirigió por carta a la Audiencia de Valladolid. Tomando la última voluntad de la soberana difunta asumió de inmediato y sin dilaciones la gobernación del reino. Junto a esta decisión de emergencia, motivada sin duda por el deseo regio de evitar un funesto vacío de poder, convocó Cortes en la villa de Toro. La idea era dejar fuera de juego a Juana y Felipe que todavía estaban en Flandes preparando el regreso. Por derecho la corona correspondía a Juana, reina propietaria, y sólo en caso de que ella fuese incapaz de asumir la gobernación en condiciones óptimas ese derecho pasaría a Fernando. Encaje de bolillos porque Juana estaba efectivamente loca pero su joven e insaciable marido no. Las Cortes se reunieron finalmente con la premura que obligaba la excepcional situación. Entre las más de ochenta disposiciones legislativas emanadas de la reunión destacó aquella que consagraba a Fernando en el gobierno efectivo de la corona de Castilla. Isabel lo había dejado por escrito en su testamento, lo había rematado en el Codicilo y en

Toro se apuntaló de un modo definitivo y, aparentemente, irreversible.

Los príncipes fueron informados con presteza de las decisiones tomadas en Toro. No cuesta demasiado imaginar a Felipe el Hermoso golpeando con furia la mesa de su despacho con las nuevas que venían de Castilla. Y efectivamente lo estaba. ¿De qué valía heredar un reino sino se podían degustar personalmente sus mieles? Castilla era además para el joven borgoñón una plataforma envidiable desde donde hacer su propia política exterior. De vasallo del rey de Francia a rey de Castilla y, pronto, de Aragón, de Nápoles y de todo ese mundo que los valientes marinos españoles estaban descubriendo más allá del océano. Guapo pero no demasiado listo se cegó con la idea de ver su nombre aclamado por las calles de Burgos y Barcelona, por las plazas de Toledo y Palermo. El príncipe concibió a marchas forzadas una contraofensiva. Detuvo al enviado de Fernando en Bruselas que portaba consigo una declaración secreta destinada a Juana, reina propietaria y cuyo asentimiento final perseguía Fernando. Si Juana ratificaba Toro por escrito las posibilidades de dar la vuelta a la tortilla eran remotas, y Fernando podía de este modo despreocuparse de Castilla y atender los cada vez más urgentes asuntos que le reclamaban fuera del reino. No pudo ser. El comisionado castellano cayó en manos de los agentes de Felipe que lo torturaron hasta que éste confesó la naturaleza última de su misión. Felipe reculó y en una muestra más de su canallesco comportamiento liberó a Juana de la prisión donde la tenía encerrada. Se prodigó en atenciones con su encandilada esposa, las mismas que hasta ese momento le había repetidamente negado. Juana, perdidamente enamorada del Habsburgo, se ofendió al ver los planes que su padre reservaba para ella y su marido en España. La corte bruselense era en aquellos primeros meses de 1505 una madriguera de políticos intrigantes y embajadores estupefactos con la inusitada actividad de palacio. Los archiduques, ya príncipes de Asturias y herederos de la corona castellana, enviaron a España al señor de

Veyre, astuto político y uno de los más conspicuos aristócratas de Flandes. Veyre era además amigo personal de Felipe. Conmilitón privado de su alteza y compañero de las regias franquicias a las que el hijo de Maximiliano era tan aficionado. El legado flamenco no perdió el tiempo. Sabiamente aleccionado por don Juan Manuel, señor de Belmonte, castellano residente en Flandes y adicto a la causa de Felipe, Veyre desplegó toda una ofensiva diplomática entre los grandes señores feudales de Castilla.

Se trataba a fin de cuentas de volver a los tiempos de Juan II y Enrique IV, época gloriosa para los notables del reino que ponían y deponían monarcas a su antojo. El ajuste autoritario de Fernando e Isabel no estaba lo suficientemente consolidado como para hacer olvidar a los titulares de las grandes casas nobiliarias momentos pasados y de grato recuerdo. Los Medina Sidonia, los Nájera, los Villena, varios arzobispos y hasta alguna ciudad con voto en Cortés se avinieron a entrevistarse con Veyre. Fernando dejó hacer al flamenco mientras preparaba su órdago, el definitivo, encaminado a alejar por siempre al entrometido Felipe de los asuntos de Castilla. La carta que el Rey Católico se guardó prudentemente entre los flecos de su manga fue Nápoles. La victoria militar del Gran Capitán era indiscutible. Ni el arrojado Luis XII se atrevía a poner una pica en el sur de Italia por miedo a recibir más de la medicina cordobesa que sus ejércitos habían probado, con resultados amargos, en Garellano. Nápoles era una perla que bien podía dejarse para la siguiente generación. Fernando estaba al tanto de los arreglos que Felipe había tenido con París unos años antes. El fantasioso plan de casar a Claudia, hija de Luis, con Carlos de Gante, primogénito de Juana y, por ende, del propio Fernando, era una pura entelequia que no se creían ni sus propios mentores. ¡Demasiado jóvenes los contrayentes y demasiado ambiciosos sus progenitores! Fernando a cambio ofreció a Felipe el reino de Nápoles como regalo desinteresado. Todo el *vecchio regno* para saciar la sed de poder del flamenco. A cambio

Felipe tan sólo debía desprenderse de su hijo Carlos y enviarlo a España, a Castilla, para ser educado como un verdadero príncipe de Asturias y de Gerona, como un fidedigno rey de la España política que acababa de nacer.

Es perfectamente verosímil la evocadora imagen de Felipe el Hermoso mesándose los cabellos, vacilando en la intimidad de su alcoba entre un Nápoles seguro, al alcance de sus ensortijados dedos y una Castilla posible, pero difícil. El rey de Francia le sacó, de un certero golpe, de la duda. La diplomacia parisina supo una vez más enhebrar a la perfección el complicado hilo del equilibrio. Si ganaba Fernando perdía Luis que quedaba relegado a un convidado de piedra en Italia. Si por el contrario Luis imponía su criterio la situación de Fernando en el Mediterráneo quedaría muy comprometida. Con los deberes hechos Luis reclamó de Maximiliano de Austria un acuerdo que garantizara la preponderancia franco germana en Italia. A saber, Maximiliano recuperaría Borgoña, años antes arrebatada a la familia de su esposa, y sería coronado emperador en Roma. El austriaco a cambio tan sólo tenía que investir a Luis como duque de Milán, y podía hacerlo ya que la Lombardía era feudataria de la casa imperial, y consagrar el matrimonio de Claudia con su nieto Carlos. Los frutos de éste último heredarían todo el tinglado de sus padres y abuelos pero bajo la égida personal del rey de Francia. Maximiliano, digno padre de su hijo a pesar de la injustificada fama con la que ha pasado a la Historia, se quedó alhelado con el plan casi perfecto que había parido la privilegiada calavera del rey de Francia. El alemán ni siquiera se escamó por el hecho que un enemigo acérrimo como el francés ofreciese una convención tan ventajosa, y rodeado de oropeles lo firmó en Haguenau. El sueño de un Habsburgo. Poderoso en Italia, respetado en Francia y paseándose por Viena como un emperador de los de verdad. Si Maximiliano de Austria hubiese contado tan sólo con la mitad de inteligencia y previsión que Fernando el Católico otro gallo le hubiese cantado al crecido Luis XII.

Germana de Foix

La alianza internacional contra Francia, que durante más de una década había capitaneado con sonados éxitos Fernando, se vino abajo en la Convención de Haguenau. El rey, que además de viudo estaba empezando a notar seriamente los achaques de la senectud, se vio acorralado y con toda su obra política en entredicho. Castilla, donde aun era gobernador plenipotenciario, a medio cocer entre los afines a su persona y los cada vez más nobles deslumbrados por el señor de Veyre. Nápoles no estaba tan maduro como muchos cortesanos pensaban. Y Fernando lo sabía. La nobleza napolitana era casi por definición volátil y muy sensible a los cambios que se producían en el resto de la península. Debidamente azuzada con el cuento de los jóvenes herederos aun por desposar era una bomba de relojería, un mecanismo de explosión retardada que podía estallar en el peor momento. Aragón, su reino patrimonial, no era ni mucho menos un remanso de paz. La atonía mercantil y las sospechas dinásticas personificadas en Juana, mujer y para colmo loca, no pintaban un cuadro esperanzador en la tierra de las cuatro barras.

Se imponía un nuevo pacto con Francia. Siempre Francia. Los embajadores aragoneses hicieron saber a Luis las intenciones de Fernando. Luis no lo dudó. A pesar de tener recién firmado el acuerdo de Haguenau el rey de Francia prestó oídos a los enviados de España. No es de extrañar, Luis XII siempre prefirió como interlocutor a Fernando, que hasta en los peores momentos se había demostrado como un hueso duro de roer. ¿Quién sino había desbaratado en apenas unos meses todo su imperio napolitano? Puestos a pactar hagámoslo con el *factotum* de la cristiandad debió pensar Luis. Inteligente decisión la del rey galo que si no le hubiese tocado ser coetáneo de Fernando el Católico habría pasado posiblemente a la Historia como el monarca más avisado y agudo de su época. En uno de esos malabares diplomáticos tan típicos del Renacimiento Luis se desdijo de todo lo comprometido en Haguenau ;Sólo unos

meses después! Y se aprestó a llegar a un concierto con Fernando. No era bueno estar expuesto a un imprevisible zarpazo del león aragonés y, por añadidura, dar alas a Felipe el Hermoso había quedado demostrado tras el fallecimiento de Isabel que no era lo más recomendable. Los monarcas llegaron pronto a un punto de acuerdo. Firmaron en Blois un tratado que aseguraba Nápoles para el Rey Católico, eso si, siempre y cuando se casase con una princesa gala e indemnizase a Luis por las pérdidas económicas que la corona francesa había tenido en Nápoles frente al Gran Capitán.

Fernando se dispuso conforme a lo acordado en Blois a buscar esposa. Debía ser francesa, de ilustre casa, joven y fértil. Todo ello lo reunía Germana de Foix. Pero la candidata elegida finalmente por el rey traía bajo el brazo no sólo loables cualidades reproductivas. Germana era sobrina carnal de Luis XII, además, y por si esto fuera poco, pertenecía a la familia de Foix que era la que, todavía en 1505, gobernaba en Navarra. Muchos historiadores y expertos han criticado, no sin cierto rencor, la boda de Fernando con Germana de Foix tan sólo un año después de la muerte de Isabel. Fue sin embargo todo un prodigio de diplomacia, de saber llevar a todos los enemigos a su propio terreno. Aparte de las motivaciones políticas, que indudablemente fueron las que más pesaron, debe considerarse que Fernando, a pesar de estar ya bien metido en la cincuentena, gozaba de una inmejorable salud mental y física. ¡Qué mejor que una muchacha de dieciocho años para mantener el ánimo del monarca! El Rey Católico fue siempre, y esto nunca lo ocultó, hombre fogoso y curtido en mil batallas amorosas. Físicamente Germana no era esa refinada jovencita francesa de delicados rasgos y modales que muchos se imaginan. La segunda esposa de Fernando era, ya en su rozagante adolescencia, una rolliza moza de enrojecidos carrillos dada a los prosaicos placeres de la vida... y de la cama. Cuentan que la princesa, ya reina, mandaba que los cocineros de palacio preparasen para su esposo sopas de rabo de toro de presuntos y nunca com-

probados efectos amorosos. Anécdotas aparte, y procurando evitar toda la literatura negativa que ha originado con los años la desventurada hija de Foix, el hecho es que Germana fue una digna reina que supo estar al lado de Fernando sin entrometerse jamás en los asuntos de estado que la habían conducido a tan temprana edad al tálamo real.

La boda entre Fernando y Germana se celebró por poderes en Blois unos días después de rubricado el acuerdo. Fernando podía respirar satisfecho. Con el frente francés en paz podía dedicarse en cuerpo y alma a resolver la compleja trama castellana. Felipe por su parte enfureció con la enésima maniobra que ensayaba su suegro a su costa. Pocos oídos iba a prestarle París al engréido Habsburgo tras el tratado de Blois. Y si Felipe tenía la negra en Francia en España los representantes de Fernando le estaban esperando para ajustar cuentas a su impostura. Pero Fernando no esperó, hizo llamar a Salamanca al legado de Veyre para pactar un acuerdo de mínimos sobre la gobernación de Castilla. El flamenco se avino a negociar en persona con el rey que le expuso sus condiciones. Felipe podría reinar en Castilla pero siempre observando la figura de Fernando como intocable. Las disposiciones emanadas de la Concordia salmantina fueron cristalinas. Castilla pasaba a tener, por falta de uno, tres monarcas. Por este orden: Fernando, Juana y Felipe. Si la segunda se demostraba incapacitada para ejercer el gobierno, tal y como parecía, sería Felipe el encargado de regir los destinos de la corona pero de manera colegiada con Fernando. Todo atado y bien atado.

La precipitada Concordia de Salamanca no cayó muy bien en Bruselas. El batallón de nobles acaudillados por don Juan Manuel puso el grito en el cielo por lo que consideraban una traición a las promesas que Felipe había hecho anteriormente. No quedaba más remedio que viajar en persona a España a debatir directamente con Fernando el futuro de Castilla. El archiduque armó una flota y se hizo de inmediato a la mar ¡en enero y en el mar del Norte! La comitiva real embarcada casi se

dejó la vida en uno de los traicioneros temporales invernales del canal de la Mancha y hubo de recalar en Inglaterra. Juana pudo encontrarse allí, tras muchos años, con su hermana Catalina mientras Felipe se pavoneaba delante del rey Enrique como único rey de Castilla. Tanto que llegó a firmar con el monarca inglés hasta un tratado comercial. Bastante ventajoso para los británicos dicho sea de paso. Desde la Gran Bretaña la flota se dirigió a la península. En principio habría de dirigirse a Laredo, donde estaba esperando pacientemente Fernando, pero en alta mar Felipe, o uno de sus interesados consejeros, modificó la derrota de las naves rumbo a La Coruña. La artimaña de Felipe consistía en demorar lo más posible el encuentro de los reyes. El tiempo jugaba a favor de Felipe y él lo sabía. Mientras no se llegase a una concordia definitiva rubricada por ambos soberanos cara a cara, la mecha encendida por de Veyre y don Juan Manuel y atizada por el matrimonio de Fernando con Germana no haría sino que jugar en contra del Rey Católico.

El juego del ratón y el gato continuó. Felipe desembarcó en La Coruña con toda su compañía de flamencos. Según llegó la noticia a Laredo Fernando volvió al valle del Duero para encontrarse con los príncipes en Ponferrada, puerta de Galicia y camino que habrían de seguir para llegar hasta Valladolid. Felipe fue advertido de la presencia de Fernando en el Bierzo y volvió a cambiar su ruta. Se deslizó por el macizo galaico hasta la comarca de Sanabria. Cada día, cada semana que ganaba el Habsburgo era preciosa en su premeditado plan de cortar de un tajo el vínculo que unía a Fernando con Castilla. Suegro y yerno al final se encontraron en El Remesal, en la actual provincia de Zamora. La estampa que nos han transmitido los cronistas de tan crucial entrevista es desalentadora. Por un lado el advenedizo archiduque ataviado de oro y piedras preciosas, flanqueado por guardias alemanes y con una escolta de nobles castellanos que habían abandonado precipitadamente la causa fernandina. Por el otro el ya casi anciano Fernando de Aragón, agotado por la persecución que le había llevado en

pocos meses por media Castilla y sólo, o casi. El cardenal Cisneros, consciente de la importancia del acontecimiento y temeroso de que semejante despropósito fuese la semilla de una nueva guerra civil, terció entre ambos mandatarios. Insistió en que ambos se reuniesen a solas. Que dirimiesen sus diferencias en paz y sin testigos. Marco en el que la edad y el talento político de Fernando otorgaban una oportunidad al entendimiento. El acuerdo final se tomó en una ermita. Nunca construcción tan humilde albergó acontecimiento de tamaña trascendencia histórica. El convenio fue, una vez más, de mínimos. Quedaron ambos en entrevistarse de nuevo en la localidad de Renedo para ratificar lo acordado en la ermita de Villafáfila. Y Fernando hubo de ceder. Hasta le fue negado el abrazo de su hija Juana. Felipe no consintió siquiera que padre e hija se reencontrasen por si acaso la desdichada princesa sucumbía ante la desgracia paterna. Por primera vez en su vida el rey católico cedía un palmo de terreno al oponente. Y no le faltaban razones para tan juiciosa retirada. El repentino prestigio de Felipe se veía apoyado por hechos irrefutables. Por un lado era el esposo de la legítima reina de Castilla, de la soberana propietaria de la corona, por otro las buenas labores de don Juan Manuel habían decantado a casi toda la nobleza castellana del lado flamenco, y por último el matrimonio de Fernando con Germana no había sido muy popular entre sus súbditos de Castilla. Éstos consideraban a la nueva esposa del rey como una extranjera advenediza que venía a usurpar el trono de Isabel, la reina católica traída y llevada, ya entonces, en olor de santidad. Nunca se había dado un combinado de factores tan negativo. Ni en la guerra contra Alfonso de Portugal Fernando hubo de enfrentarse a inconvenientes de semejante talla. Fue sin duda una sabia y meditada decisión la de retirarse de Castilla.

¿Qué pensaría el Rey Católico al alejarse de su amada tierra castellana, a lomos de su caballo y rodeado apenas por un batallón de desmoralizados fieles? No lo sabemos, pero conociendo el modo de pensar y actuar de Fernando bien puede suponerse

que esa rendición no fuese más que fingida. En peores se las había visto el Trastámara como para acobardarse ante la bravuconería de un jovenzuelo flamenco. Fernando además tenía entonces otros asuntos más urgentes a los que dedicar su tiempo. Sentía la llamada de Nápoles, del *regno* que tantas horas de sueño le había quitado a lo largo de su vida.

Fernando en Nápoles

Tras la reunión de Renedo con Felipe el Hermoso Fernando abandonó definitivamente Castilla. Se dirigió a Barcelona, ciudad emblema de la corona aragonesa, pero no pensaba quedarse allí a disfrutar de las mieles de su recién celebrado y desigual matrimonio. Tan pronto como hubo llegado a la Ciudad Condal hizo armar una flota para dirigirse a Nápoles. Las rutas mediterráneas de la época solían realizar la llamada navegación de cabotaje, es decir, navegar bien cerca de la costa para aprovisionarse de lo necesario y para evitar los casi siempre fatales temporales en alta mar. Para llegar a Nápoles desde Barcelona sin embargo se navegaba también en línea recta aprovechando el camino para recalar en Baleares, en la mercantil y activa Ciudad de Mallorca¹⁶, perteneciente desde tiempos de Jaime el Conquistador a la Corona de Aragón. La segunda ruta era más rápida, quizá más expuesta pero idónea para expediciones que pretendiesen pasar desapercibidas en el resto del continente. Fernando no tenía prisa. Ordenó a los almirantes de la armada que trazasen la derrota por la costa francesa. Las relaciones con Luis XII eran, desde Blois, inmejorables y nada tenía que temer la comitiva real frente a las costas del rey de Francia. El séquito que acompañaría al rey hasta Nápoles se seleccionó con sumo cuidado. En estos pequeños detalles, que aparentemente

¹⁶ Palma de Mallorca empezó a llamarse de este modo a mediados del siglo XIX. Hasta entonces fue conocida como *Ciutat de Mallorca*.



*Retrato del cardenal Cisneros por Vigarny Felipe,
en la Universidad Complutense de Madrid.*

carecen de importancia, se aprecia la talla política y diplomática que había adquirido Fernando a estas alturas de su reinado. Se hizo acompañar de aristócratas catalanes y castellanos para dejar claro más allá de la península que Castilla aun le pertenecía a pesar de los sinsabores padecidos con su yerno. Junto a ellos las dos reinas viudas de Nápoles, símbolos vivientes de la continuidad dinástica que él y nadie más que él representaba.

La flota se hizo a la mar no sin antes enviar a Nápoles una misiva que instaba a Gonzalo Fernández de Córdoba a embarcarse para encontrarse con su rey en la ciudad de Génova. Todo estaba milimétricamente calculado para hacer del primer viaje napolitano del rey Fernando todo un paseo militar de varios miles de kilómetros. Los dos prohombres, rey de Aragón y virrey de Nápoles se encontraron finalmente en Portofino. Los cronistas se deshacen en elogios sobre la entrevista. Como carecemos de testimonios fidedignos podemos imaginarlo como el reencuentro de dos personajes históricos de primer nivel, de dos caras de la misma moneda, la del renovado poderío español que estaba naciendo en Italia. Por lo demás ordenado lenguaje cortesano y celebraciones mutuas porque, al fin y al cabo, ambos se debían mucho el uno al otro.

En Portofino sin embargo el protagonista no fue Fernando ni Gonzalo. Fue la noticia, ya esperada por algunos, del imprevisto fallecimiento de Felipe el Hermoso en Burgos. El flamante rey de Castilla, que apenas llevaba tres meses ciñendo la corona, enfermó a finales del verano a causa de un enfriamiento tras un partido de pelota, deporte al que Felipe era muy aficionado. ¡Tantos sufrimientos, tantos desplantes y quebraderos de cabeza para esto!, para ver como al final la muerte arrasa con todas las vanidades humanas. La descompuesta corte castellana se terminó de derrumbar. La reina loca de atar vagando por toda Castilla con el cadáver de su difunto esposo. El heredero natural en Flandes, con seis años de edad y ajeno al terremoto castellano. Y por último la única esperanza del reino, el viejo Fernando, camino de Nápoles desentendido de los asuntos de la lejana

Castilla. Menudo panorama se encontró el cardenal Cisneros en aquellos aciagos días del otoño de 1506. El prelado tomó las riendas del gobierno habida cuenta del desequilibrio serio que padecía la reina. Acto seguido escribió al rey allá donde éste se encontrase para que regresase «*como señor y padre verdadero destes reynos*». Fernando acusó recibo de la carta enviada por Cisneros pero se lo tomó con calma. Demasiado poco tiempo había transcurrido desde el desplante en el Remesal como para cambiar sus planes napolitanos. Devolvió la cortesía al cardenal encomendándole la tutela de Castilla y de sus intereses hasta su vuelta.

Tras el breve encuentro entre Fernando y el Gran Capitán frente a las escarpadas costas de Liguria la armada real puso rumbo al sur, al soleado mediodía italiano, a la tierra de los limoneros en flor que siglos más tarde cantaría Goethe. El primero de noviembre de 1506 llegó Fernando a Nápoles. Escondida en el fondo de una magnífica bahía Nápoles era a comienzos del siglo XVI una ciudad extraordinaria. La joya de la corona. Con razón su tío Alfonso había fijado su residencia en ella. Poetas, músicos y literatos compartían la agitada vida napolitana con mercaderes y soldados venidos de toda Europa. En aquella Italia del Renacimiento Nápoles era un lucero que brillaba con luz propia. Quizá no poseía la pujanza mercantil de Milán, ni la riqueza artística de Florencia, ni el entramado de canales flanqueados por palacios de Venecia, pero tenía un toque especial, mediterráneo y luminoso que seducía a propios y extraños.

Desde las sonoras victorias de Garellano y Ceriñola Gonzalo Fernández de Córdoba ejercía de virrey, de representante del monarca, en Nápoles. Junto a él había permanecido en Nápoles el grueso de su ejército y lo más granado de su oficialidad. La figura del Gran Capitán, cuyo sobrenombre se debe a los napolitanos de la época, era legendaria. En él se reunía en maridaje perfecto la estampa caballeresca del militar triunfante con el refinamiento italiano. Los napolitanos

amaban a Gonzalo. Un pueblo tan dado a la lírica como el italiano no podía permanecer impasible ante capitán de semejante altura. Temible en el campo de batalla pero elegante en la corte. El gobierno de Gonzalo no agradaba sin embargo a Fernando. Si bien reconocía su más que probada talla como general y su fidelidad inquebrantable a la corona, no comulgaba con las prácticas del andaluz al frente del gobierno. Gonzalo, como segundón de familia ilustre había dedicado todas sus fuerzas a brillar en el arte de la guerra pero no por ello olvidaba sus orígenes aristocráticos. Era en resumidas cuentas un noble. El estilo de vida que imprimió en la corte napolitana exasperaba a Fernando. Aficionado a grandes dispendios vivía rodeado en el magnífico Castelnuovo de un auténtico lujo. Premiaba a sus fieles con jugosas rentas y no escatimaba en gastos cuando la ocasión lo requería. Este es el origen del famoso refrán «Hacer las cuentas del Gran Capitán» cuando alguien ha gastado más de lo debido y tiene que presentar la cuenta. Esto chocaba de plano con la tradicional austeridad de los Reyes Católicos. Frente a la disipada y suntuosa vida de la que disfrutaba el virrey de Nápoles se alzaba la severidad, a veces rayana con la tacañería, con la que Isabel y Fernando trataban los gastos de la corte. Viviendo siempre de prestado y trasegando de una parte a otra del reino con sucintas comitivas la imagen externa de los Reyes Católicos no se correspondió nunca con la grandeza de su reinado. Siglos más tarde artistas sin demasiado aprecio por la verdad histórica nos han pintado un Fernando, una Isabel y una época que poco o nada tiene que ver con la realidad que sus protagonistas vivieron.

Aparte del boato que rodeaba a Gonzalo y que al fin y al cabo no era más que un detalle, una diferente sensibilidad frente al tesoro, lo que más negro ponía a Fernando del nuevo gobierno napolitano era la manera en que había asentado su poder sobre el viejo *regno*. Gonzalo, cuyo origen aristocrático y andaluz pesaba sobremanera, había desposeído a parte de la

nobleza napolitana de sus propiedades para entregársela a sus incondicionales. De este modo todo el reino se llenó de castellanos investidos por títulos nobiliarios de Nápoles. Las víctimas de este proceso, que duró años, fueron los antiguos barones angevinos de probada francofilia. En parte a Gonzalo no le faltó razón. ¡Qué mejor que rodearse de una clientela favorable para asegurar su virreinato! La visión que Fernando tenía del problema era distinta. Ya desde la guerra civil catalana se venía ensayando la pacificación mediante el perdón de los vencidos. En el conflicto con Portugal por el que Fernando e Isabel ganaron el reino de Castilla se procedió del mismo modo. Los nobles rebelados fueron, en su mayoría, absueltos de sus delitos de lesa majestad. El método funcionó aunque no tanto como Fernando se figuraba. No hay más que echar la vista atrás y ver como la aristocracia castellana se alineó sin fisuras con Felipe el Hermoso. Pero a Fernando le apoyaban razones de más peso. Consideraba que los notables angevinos eran un mecanismo de explosión retardada y que por venganza podrían aprovechar el primer síntoma de debilidad de la monarquía hispana para apoderarse de Nápoles. Fernando no se fiaba de nadie, y mucho menos que de nadie de los que hablaban francés. Por otro lado en el acuerdo de Blois Fernando se había comprometido a restituir a los barones angevinos de todas sus antiguas propiedades, es decir, las que estaban en sus manos antes de la última campaña del Gran Capitán.

Antes de iniciar su viaje ya había Fernando advertido Fernando a Gonzalo de la inconveniencia de sus nombramientos a favor de sus amigos castellanos, pero éste hizo caso omiso. Seguro y bien cortejado por muchos se veía el Gran Capitán en Nápoles. Tras la llegada del Rey Católico a Nápoles, cuyo recibimiento fue fastuoso, Fernando se dispuso a llevar a cabo una profunda reforma. Lo primero que hizo fue deponer a Gonzalo como virrey. Tal medida puede parecer excesiva pero no le quedó al monarca otro remedio. La figura de Gonzalo, que tan buenos servicios había prestado durante diez años en el sur de

Italia, estaba ya obsoleta, no armonizaba con el nuevo sesgo que Fernando quería dar a sus reinos napolitanos. A cambio el Gran Capitán recibió el ducado de Sessa y la promesa, nunca cumplida, del maestrazgo de la Orden de Santiago que Fernando se había reservado para el mismo tras la trifulca con su yerno en Renedo. Curioso destino el del segundón cordobés. De tener que dedicarse a la milicia por imperativo biológico Gonzalo pasó a acumular un rosario de títulos nobiliarios. Todos italianos. En el momento de su cese, en febrero de 1507, como virrey de Nápoles Gonzalo era duque de Terranova y Sessa, marqués de Santangelo y Bitonto y condestable de Nápoles. Bonito florón a su carrera hubiera sido añadir el de mestre de Santiago, uno de los más codiciados de España, por su nombradía y por el aparato económico que llevaba aparejado.

Tras la decisión irrevocable de alejar del *regno* al ya incómodo Gonzalo, Fernando dispuso un virreinato colegiado por un notable aragonés, el conde de Ribagorza, que gobernaría el Nápoles continental, y un aristócrata catalán, el barón de Bellpuig, que se haría cargo de Sicilia. La nobleza castellana quedó apartada. Quizá en justa venganza por el mal trago que el rey hubo de pasar en Sanabria frente al baladrón de Felipe y su guardia alemana. Quizá en compensación a su aristocracia patrimonial que había quedado un tanto olvidada en la conquista y gobierno de Nápoles.

Pero la labor legislativa de Fernando en Nápoles no se quedó en un simple maquillaje, en un quítate para ponerme yo. Solicitó la reunión extraordinaria del Parlamento Napolitano para acometer reformas a lo largo y ancho del reino. Fernando temía a los nobles italianos. Eran volubles, desleales y, cuando el rey volviese a España, además alejados y difíciles de controlar. Procedió a confiscar parte de las propiedades que Gonzalo había entregado a sus castellanos para entregárselas a los barones angevinos. Tal y como era de esperar se quejaron ambas partes. Los unos por verse privados de lo que consideraban suyo. Los otros por no ver restituido su antiguo patrimo-

nio en su totalidad. Pero Fernando no daba puntada sin hilo. Procuró evitar a toda costa que ninguno de los señores de provincias tuviese suficiente poder e influencia como para capitalizar una insurrección cuando él se encontrase a miles de kilómetros de distancia. El Parlamento sancionó el perdón general y la transferencia de tierras. Otro de los problemas que arrastraba Nápoles era el desajuste de las cuentas públicas. El Estado gastaba mucho más de lo que recaudaba. Fernando impulsó un nuevo sistema de recaudación de impuestos. Una nueva fiscalidad sino más justa si al menos más racional que ampliaba la base contributiva y ponía especial énfasis en reducir los impuestos indirectos que asfixiaban la economía del reino. En este punto fracasó. Los napolitanos siguieron pagando altísimos tributos tanto directos como indirectos y la corte siguió, muy al uso de la Italia renacentista, gastando lo que no tenía. A cambio esta misma Italia manirrota nos ha legado obras cumbre del arte. De algún lado tenía que salir su financiación. De cualquier modo la mayor parte del gasto iba destinado a sufragar los gastos siempre crecientes y las más de las veces inútiles del incipiente estado napolitano. Y es que los altos impuestos nunca han sido síntoma de buen gobierno, ni ayer, ni hoy. Y el Rey Católico era consciente de ello. La prosperidad de un reino reposaba sobre la actividad de sus súbditos y ésta no podía ser estrangulada con el sutil pero firme cordel del fisco.

Varios meses se tomó Fernando para rehacer el reino de Nápoles a su antojo. Llegado el verano de 1507, un año después de su humillación frente a Felipe el Hermoso, el rey decidió volver a España. Seguramente alguien temió por entonces que Fernando se quedase prendado de los almíbares que ofrecía la regalada vida de Castelnuovo y, como había hecho su tío cincuenta años antes, optase por olvidarse de España y sus sempiternos problemas. A Fernando sin embargo en España le esperaba una Castilla convulsa tras el fallecimiento de Felipe y la locura galopante de su hija Juana.

El rey, acompañado de Gonzalo del que no terminaba de fiarse, partió de Nápoles con idea de hacer una parada en Savona, cerca de Génova nuevamente, donde le esperaba el rey de Francia. No eran comunes en aquella época los encuentros en persona de los monarcas. Demasiada distancia los separaba y demasiado lentos eran los medios de transporte. La reunión de Savona sabiamente disfrazada de encuentro entre familiares y amigos, Fernando estaba casado con la sobrina de Luis, fue el penúltimo alarde que el rey de Aragón hubo de padecer por parte de Luis XII. En la bella localidad costera estuvieron los dos soberanos compartiendo mesa, mantel y conversación durante varios días. Luis traía de París su agenda de humillaciones privadas a las que quería someter a Fernando. No que no pudo el Valois defender con las armas quería vengarlo en palacio. Muy a la francesa. Aprovechó la asistencia del Gran Capitán, cuya presencia él mismo había reclamado, para tratarlo de igual con Fernando. Insistió en sentarlo entre ambos monarcas como si de un rey se tratase y en un tan teatral como fingido abrazo le impuso el Toisón de Oro, símbolo de la monarquía francesa. Fernando no estaba para semejantes fantochadas y abrevió todo lo que pudo la cita con su homólogo francés. Se afanó en ratificar el acuerdo de Blois para asegurar su dominio en Nápoles a cambio de respetar la preponderancia francesa en Milán. Tan sólo cuatro días duró el encuentro de Savona, tiempo muy respetable hoy, en que los grandes dirigentes apenas se ven unas horas entre avión y avión, pero una minucia en una época en que todo se tomaba con mucha, con demasiada calma.

Frente a la hermosa riviéra de poniente Fernando se despidió para siempre de Italia. La tierra por la que había luchado largos años. El país complicado y fascinante al que dedicó lo mejor de su diplomacia, de su inteligencia y aun de su tiempo. A la localidad genovesa le siguieron con pesada parsimonia todas las del mediodía francés. La antigua y legendaria Provenza. Burgos góticos tostados al sol de Mediterráneo que se confundían en un

armonioso paisaje de montañas y el mar. Cuesta imaginar lo que pasaría por la cabeza de Fernando en aquel viaje que lo alejaba de sus reinos itálicos. Quizá Castilla y sus mil problemas sabiamente lidiados por Cisneros. Quizá la idea de poner paz y sosiego en la tierra de su difunta esposa para retirarse junto a la joven y fogosa Germana en algún palacio alejado del mundanal ruido como medio siglo más tarde haría su nieto Carlos. Imposible de saber, aunque esto último posiblemente ni siquiera lo considerase. Fernando tenía en aquel momento demasiadas cosas que resolver en la península y no iba con su carácter, heredado por vía genética de su padre, eso de jubilarse de la política. El Rey Católico no perdió el tiempo. Según la flota avistó la costa catalana Fernando decidió seguir la navegación hasta Valencia. Al pasar delante de Barcelona las autoridades de la Ciudad Condal y de la Generalidad se aproximaron para entrevistarse en la galera real con su soberano. ¡Igual que con su padre! La floreciente capital del reino valenciano, sostén de la monarquía en tantas ocasiones, brindó a su ausente soberano una recepción digna de un emperador. No en vano, y visto desde las costas valencianas, todo, absolutamente todo el mar desde la albufera hasta las costas griegas era gobernado por el mismo monarca. A lo largo de la Historia sólo los emperadores romanos y algunos reyes de Aragón gozaron del privilegio de ver su pendón ondeando en tantos miles de kilómetros de ribera mediterránea. El *Mare* volvía a ser, por méritos propios, *Nostrum*. Desde Valencia Fernando planeó su asalto a Castilla. Pero para granjearse el apoyo incondicional de las gentes y, especialmente, de la revuelta nobleza debía ser cauteloso en extremo. Primer inconveniente: Germana. La esposa de Fernando se quedó en Valencia por deseo expreso del rey. La vida de Germana de Foix quedaría ya singularmente entrelazada con el reino levantino en el llegaría a ser virreina de Carlos I y en el que moriría treinta años más tarde. Segundo inconveniente: Juana. Planeó el viaje de tal modo que lo primero que hizo en

Castilla fue reunirse con su hija. Finalmente después del desplante al que fue sometido por Felipe en Renedo.

La regencia

Desde que Fernando había dejado el reino en el verano de 1506 había pasado poco más de un año pero muchas, muchísimas cosas habían acontecido por Castilla. El breve reinado de Felipe, apenas tres meses, fue una sucesión de despropósitos. Embebido como estaba en su repentino éxito frente a Fernando el joven Habsburgo dejó hacer a sus nobles flamencos que cayeron sobre Castilla como una manada de hienas. Las ciudades empezaron a quejarse de la creciente intervención de los extranjeros en los asuntos públicos y en el campo propiedades inmensas pasaban de unas manos a otras con la aquiescencia del monarca que gobernaba, o mal gobernaba, desde Burgos. Ciudad cuya elección como sede de la Corte no fue casual. El consulado comercial de Burgos poseía una nutrida representación en Flandes. El eje mercantil Burgos-Bilbao-Amberes era la columna sobre la que Felipe quería vertebrar su reinado. Tanto campesinos como aristócratas se sintieron traicionados. Lo más crudo del medioevo alemán se acababa de colar y campaba a sus anchas por Castilla. La muerte de Felipe trastocó el panorama. La mayor parte de los nobles trabucaires que se habían apoderado en tiempo récord de extensos señoríos echaron marcha atrás y volvieron a Bélgica apresuradamente maldiciendo su privado infortunio. Otros se quedaron al calor de la desconsolada Juana. Pero el mal ya estaba hecho. El desconcierto era generalizado en Castilla y como las desgracias nunca vienen solas el invierno que siguió a la muerte de Felipe fue especialmente cruel. La enésima mala cosecha en pocos años y un brote de peste que se extendió como la pólvora por las depauperadas villas y ciudades del norte del reino. La facción pro flamenca de la descompuesta corte felipina, encabezada como no por don

Juan Manuel, inició una contraofensiva para evitar a toda costa que Fernando volviese de Italia para hacer efectivos sus derechos. Cortejaron a Maximiliano de Austria que se dejó querer. Don Juan Manuel llegó a ofrecer por carta la regencia de Castilla al emperador hasta que Carlos alcanzase la mayoría de edad que le permitiese reinar. Por fortuna las conversaciones entre el jactancioso Maximiliano y la nobleza acaudillada por don Juan Manuel no llegaron a buen puerto. Si ya era difícil gobernar Castilla desde Burgos hacerlo desde Viena hubiese consagrado el caos definitivo. Además tal compromiso hubiera puesto en un serio brete las ya tocadas relaciones de Fernando con su consuegro. Vale que el Habsburgo se aviniese a pactar en privado y sin informar a los aliados con los franceses. Vale que el ejército de Maximiliano hiciese el ridículo en Italia un día sí y el otro también. Pero eso de usurpar la corona de Isabel se pasaba de castaño oscuro. Es como si Fernando hubiera manio-brado para apoderarse de la herencia patrimonial de María de Borgoña, madre de Felipe a la sazón también fallecida.

La situación del reino llegó a ser tan preocupante que Cisneros, al que Fernando había encargado la administración castellana tras ser informado de la muerte de Felipe en Portofino, solicitó en repetidas cuentas a la reina la convocatoria de Cortes. Pero Juana no quería ni oír hablar de ellas. Bastante tenía con llevar a cuestras el féretro de su esposo como para preocuparse de los asuntos del reino. Juana estaba indudablemente loca pero no la faltaba cierta cordura. Seguramente durante aquellos meses se sintió tan acosada por sus consejeros y por el propio cardenal que supuso, no falta de cierta intuición femenina, que si convocaba cortes éstas serían las últimas. Su patético viaje por Castilla con el muerto a cuestras era ya de por sí motivo suficiente para que el pueblo se escandalizase. Uniendo esto con las intrigas de la corte burgalesa, donde aun permanecía un buen número de flamencos, es lógico que la hija mayor de Isabel considerase entonces que las intenciones no confesadas de Cisneros pasaban por la inhabilitación sin paliativos.

Fernando estaba en Italia cumplidamente informado de todo, o casi todo, lo que ocurría en Castilla. Su fiel duque de Alba mantuvo al día al monarca durante el periplo italiano de éste. Sabía pues el rey quiénes y con qué poderes contaban los que se oponían a su vuelta. Después de su memorable desembarco en Valencia Fernando no se dirigió, como era de esperar, directamente a Castilla a través de Cuenca. Dio un pequeño rodeo por Teruel e hizo su entrada a Castilla en el valle del Duero que es donde se despachaba el futuro del reino. Otro acierto más del increíble olfato político con el que contaba Fernando. Si hubiese decidido entrar en Castilla por el camino que une a ésta con el reino de Valencia posiblemente al otro lado del Guadarrama hubieran estado esperando los nobles hostiles atrincherados en sus fortalezas. La guerra hubiese sido algo inevitable y, lo que es peor, el rey habría tenido que padecer aislado en el valle del Tajo las asechanzas de una parte importante de la nobleza andaluza. Sabia medida.

En Tórtolas se encontró con su hija y de su mano hizo la entrada triunfal en Burgos tras desalojar de su castillo al duque de Nájera. El cobarde don Juan Manuel que había sido el principal artífice de la revuelta tomó las de Villadiego y con todo lo que pudo transportar se exilió en Flandes junto a sus antiguos camaradas de trajes palaciegos. Otros, más arrojados que el artero señor de Belmonte, presentaron batalla a Fernando que encomendó parte de la tarea al general Pedro Navarro, vieja gloria de las campañas de Italia. En Andalucía la oposición al nuevo regente fue especialmente enconada. Hasta Córdoba hubo de desplazarse Fernando con objeto de dejar claro quién era el nuevo hombre fuerte. Envio al destierro al marqués de Priego y tras el sitio de Niebla expropió a Medina Sidonia de todos sus castillos y plazas fuertes. El Reino de Castilla pareció atrasar su reloj histórico cuarenta años pero la campaña de pacificación en Andalucía duró poco, apenas unos meses, que actuaron como un verdadero sedante para los ímpetus nobiliarios.

El tema de Juana era aun más peliagudo que los aristócratas levantiscos del sur. Al fin y al cabo para terminar con éstos bastaba un buen puñado de generales y una tropa bien pagada. Con su hija sin embargo la situación era bien diferente. Por un lado la legitimidad de su estrenada regencia descansaba sobre ella. Por otro ella era más un escollo que una ayuda en la labor de gobierno. Quedaban aun descontentos que podían valerse de la reina para abanderar nuevas rebeliones. Era imprescindible incapacitar definitivamente a Juana y alejarla lo más posible de los centros de poder. Ordenó la reclusión de la reina en el castillo de Tordesillas para lo que dispuso que la fortaleza se dedicase por entero a atender a tan ilustre huésped. Juana, cuyo breve paso por el gobierno había sido desastroso, atendió con diligencia el deseo de su padre. Chocante designio el de Juana de Castilla y Aragón. Nieta, hija, madre, hermana y esposa de reyes nunca llegó a reinar. Pocas personas a lo largo de la Historia han estado tan rodeadas de testas coronadas y a la vez han visto como su propia corona era una y otra vez negada. Juana, como personaje histórico de primera magnitud, ha sido desde su apasionado enamoramiento hasta el obligado encierro en Tordesillas fuente inagotable de inspiración para novelistas, dramaturgos y directores de cine. Y, en honor a la verdad, la historia de la desventurada princesa castellana no está falta de atractivo lírico. La reina de Castilla que nunca llegó a serlo vivió largos años. De hecho, su hijo Carlos la sobrevivió por muy poco tiempo. Si la historia no se hubiese empeñado en retorcer los acontecimientos quizá nuestro primer soberano como nación hubiese sido una mujer. Juana I de España. Bello debut en la historia para un país como el nuestro, cuyo nombre es de una indudable sonoridad femenina.

La labor de apaciguamiento en Castilla consumió todo un año. El de 1508. Con la casa en orden Fernando volvió de nuevo su vista a Europa. Le preocupaba en exceso la actitud vacilante de su consuegro Maximiliano, y a éste los problemas con Venecia le traían por la calle de la amargura. Ambos soberanos

llegaron por fin a un acuerdo. ¿Dónde? Como no, en Blois. A cambio de ayuda militar en el frente veneciano Maximiliano reconocía la regencia de Fernando en Castilla. Bueno para ambos pero inmejorable para Fernando. Venecia no era amigo de los austriacos pero tampoco de los españoles. Su palpitante y rico imperio comercial en el Adriático desquiciaba a unos y a otros y, no lo olvidemos, el Reino de Nápoles poseía importantes puertos y una larga costa en este mar. ¡Qué mejor manera de rematar la conquista de Nápoles que echando a los venecianos de las costas de la Apulia! El acuerdo entre Fernando y Maximiliano contempló también la cuestión hereditaria. No eran precisamente unos jovenzuelos y con los matrimonios que una década antes habían concertados deshechos por la muerte todas sus esperanzas estaban depositadas en los nietos. De Juana y Felipe habían nacido dos herederos varones. Carlos, que residía en Flandes tutelado por Maximiliano, y Fernando, que se encontraba en Castilla al cargo de su abuelo aragonés. El mayor, el primogénito era Carlos y por lo tanto el heredero universal de todo el patrimonio de sus abuelos y abuelas. Así quedó establecido pero el joven Carlos no podría liquidar su herencia española hasta que cumpliese los veinte años o el rey Fernando falleciese. Finalmente vino a cumplirse lo segundo y Carlos de Habsburgo se alzó al trono español con tan sólo diecisiete años.

El beneficioso acuerdo con Maximiliano impulsó a Fernando a empresas mayores. ¡A la vejez viruelas! El rey católico, que frisaba ya la sesentena, estaba por entonces en la cima de su reinado. En el dorado esplendor que da la madurez lúcida y que desmiente el mito de Alejandro Magno. En colaboración estrecha con el cardenal Cisneros, que aparte de eficaz gestor era un iluminado cristiano, concibió una agresiva campaña en el norte de África. La invasión del Magreb era una vieja ambición de la reina Católica que, entre otras cosas, había llevado a la conquista de Melilla unos años antes. Es más, la propia Isabel había dejado en su testamento por escrito que no cesasen sus castellanos en la conquista del

continente africano. Viniendo de Isabel la Católica suponemos que su intención iría más por la evangelización de los infieles y la lucha contra el Islam que por un afán imperialista en su significado moderno. En Fernando sin embargo se conjugaba el primer y loable objetivo con una visión más a largo plazo de la conquista. ¿Quién iba a toser a los españoles en el Mediterráneo si se conseguía dominar la costa africana?, ¿iba Francia o el recreado Imperio Otomano a cuestionar la supremacía hispana?

Empezó el mismo prelado toledano adelantado dinero de las rentas de la propia diócesis pero no era suficiente. Una cosa era lanzarse contra un pequeño puerto despoblado como había sido el caso en Melilla. Otra bien distinta era organizar un asedio desde el mar a ciudades tan notables como Argel, Orán o Bujía. Si la empresa era católica, es decir, española, toda la hispanidad habría de correr con los gastos. El primer envite africano lo ganó Cisneros en Orán que cayó en 1509 pero los siguientes objetivos exigían un esfuerzo especial. Fernando se aplicó a ello. Viajó hasta Aragón y convocó cortes en sus reinos patrimoniales. Lo hizo en la villa de Monzón, a igual distancia de Zaragoza, Barcelona y Valencia, para evitar susceptibilidades. El monarca no se fue con las manos vacías. Los tres reinos concedieron generosos servicios valorados en varios cientos de miles de libras a la corona. En ello algo tuvo que ver que Fernando se mostrase favorable a conceder total libertad de comercio a los mercaderes catalanes en los puertos magrebíes. Esta era una tradición arraigada en lo más profundo de la expansión aragonesa por el mediterráneo oriental de siglos anteriores. Las cortes de Monzón sirvieron además para dar el último retoque jurídico a la corona de Aragón. El continuado absentismo regio inspiraba sobremanera a los diputados en cortes que esperaban ansiosos echarse en cara al monarca para arreglar multitud de asuntos pendientes y actualizar los cuerpos legislativos de sus respectivos reinos.

Desde Monzón, y sin haber concluido su labor aragonesa, Fernando convocó cortes en Castilla. La concordia de Blois así

lo exigía y la sed de fondos que traía el Rey Católico hacía de la reunión castellana algo perentorio. Fueron los representantes de la nobleza y los procuradores de las ciudades emplazados en Madrid. Villa tachada injustamente por muchos de villorrio y poblachón hasta que fue designada capital por Felipe II en 1561. Quizá fuese entonces Madrid un villorrio o un poblachón manchego. Pero un villorrio donde se convocaban cortes de alcance y trascendencia como fueron las de 1510. A Fernando no se le escapaba nada. Hizo reunirse las cortes de Castilla una vez hubo recogido la debida pleitesía en Aragón. Si un reino tan heterogéneo e ingobernable como el heredado de sus padres no ponía inconvenientes a los deseos del rey muchos menos habrían de poner los notables y ciudades de la meseta, acostumbrados a mano férrea y autoritarismo regio. Además, y por si esto no bastase el monarca se cuidó mucho del lugar donde convocar la cortes. Madrid era una pequeña ciudad a medio camino entre los dos pulmones de Castilla. Entre la enriquecida Andalucía de los latifundios y el comercio ultramarino y la Castilla antigua, solar de la reconquista y corazón político del reino. A la llamada del rey acudieron solícitos los aristócratas que apenas unos años antes habían plantado cara al monarca a su vuelta de Italia. Las cortes se inauguraron a finales de agosto pero el rey no estaba en la ceremonia de apertura. Permaneció en Aragón un mes más con dos ideas. La de hacerse esperar y la de consagrar la línea dinástica en la persona de su nieto Fernando que, nacido en la cercana Alcalá de Henares, era a la sazón un príncipe en plena fase de formación, un niño de siete años mimado por su abuelo y que con el correr de los años llegaría a ser emperador de Alemania.

Cuando Fernando hizo acto de presencia en Madrid le esperaba una larga agenda política. Aparte de ratificar el acuerdo de Blois, que era su principal objetivo, hubo de hacer frente a multitud de peticiones por parte de los procuradores. Como ya vimos anteriormente la economía castellana había sido duramente golpeada durante toda la década por tremen-

das sequías y otros desastres naturales. El proceder favorito de los príncipes de aquel tiempo era, en caso de carestía, fijar los precios de los alimentos de primera necesidad, es decir, el trigo y su más ilustre hijo el pan. La obsesión estatal por fijar los precios a lo largo de la historia siempre se ha revelado en contra de su cometido original; bajar el precio y permitir el acceso a las capas más humildes de la población al producto en cuestión. Como es, por naturaleza, una medida arbitraria y artificial nunca funciona y pone las cosas peor de lo que estaban. En Madrid los diputados a Cortes que no tenían formación económica alguna pero que gozaban de un magnífico sentido común solicitaron del monarca que retirase la legislación sobre el pan. Entre unas y otras sesiones dedicadas a los problemas que afligían a Castilla Fernando pudo ver como, al fin, después de casi una década de incertidumbre, el reino de su difunta y querida esposa retornaba a la senda de la tranquilidad y el sosiego.

Intermedio italiano

La paz que había recuperado Castilla se transformó en incertidumbre y cambio en la península italiana. El nuevo Papa, Julio II, imbuido de una vocación guerrera tan sólo comparable a la del hijo de su antecesor, Cesar Borja, vió posibilidades de acrecentar sus dominios terrenales a expensas de Venecia. La Serenísima República, cuya capital residía en una isla atravesada por mil canales, poseía jugosos territorios y plazas en tierra firme. Especialmente en la ruta del Adriático para garantizar y proporcionar suministros a su pujante flota mercantil. Pero también en la misma península. Ciudades clave como Rávena, Cremona o Brindisi se erigían como baluartes del poder veneciano en Italia. Todas importantes, todas bien situadas y todas deseadas por sus ambiciosos vecinos.

Por el norte los austriacos de Maximiliano que buscaban desesperadamente la salida al Mediterráneo. Por prestigio y afán de conquista y por supervivencia. A principios del siglo XVI los otomanos apretaban con fuerza en los Balcanes y no había ningún motivo para pensar que más tarde o más temprano las rugientes tropas del sultán se presentasen a las mismas puertas de Viena. Esto terminaría sucediendo pero unos cuantos años más tarde y sería rey Carlos quien plantase cara al peligro turco. Un modo de neutralizar el peligro otomano era disponer de armada en el Mediterráneo. Hostigar a los turcos en las costas de Dalmacia y, en un momento dado, penetrar con una buena y bien dotada flota en los dominios de la Sublime Puerta.

Por el sur los Estados Pontificios, es decir, el Papa y su feroz guardia pretoriana. Julio II fue un pontífice extremadamente hábil. Tras los tratados de Blois que en la práctica repartían Italia entre España y Francia no cabía más que un pontificado fuerte, bien pertrechado y dispuesto a mantener su independencia contra viento y marea. Eso requería tratar a los gallardos soberanos hispano y francés con una dosis extra de mano izquierda pero dejando bien claro que el Papa era intocable y que estaba en disposición de defenderse. No es casual que al Papa Julio se deba la famosa frase de «¡Fuera los Bárbaros!» en no disimulada referencia a sus vecinos español y francés. Julio II, que será siempre recordado por el retrato que de él hizo Rafael, vió en Venecia la víctima perfecta. Relativamente débil, muy próspera y objeto de deseo por parte de todas las potencias presentes en Italia.

Los franceses tampoco sentían simpatía por la república de la laguna. Lo dispuesto en Blois consagraba a Luis como árbitro en el norte de la península. El valle del río Po era su territorio y París lo sabía. La avidez del Valois no tenía límites. Si no había podido con su homólogo español ni en el campo de batalla ni en la mesa de negociaciones ahora era de buscar un nuevo enemigo. Y ese era Venecia. Luis no lo dudó.

Se lanzó al asalto de los dominios padanos de la república. Venció al ejército veneciano en Agnadello y, sin quererlo, descompuso todo el plan estratégico que el Papa había concebido. El arrojo del rey francés entró como un trueno en la colina Vaticana. Venecia era necesaria. Debilitada y sometida al papado pero necesaria. ¿Qué sería de la tiara pontificia si quedaba emparedada entre franceses y españoles? Pues que a uno de los dos habría de entregarse buscando protección y eso era lo que intentaba evitar a toda costa el pontífice. Luis XII, cuyo carácter y maneras ya han sido tratados con anterioridad, se irritó ante la negativa del Papa en reconocer la victoria de Agnadello. Buscó una componenda rápida en Pisa para destronar al Papa y colocar en su lugar un sicario de Dios más acorde con sus intereses. El llamado conciliábulo de Pisa no tuvo el éxito esperado por su mentor. Fernando se resistió a seguir al francés en su chifiadura vengativa. Además, el rey de España no tenía motivo alguno para enfrentarse al papado sino más bien todo lo contrario. Estaba obsesionado con Nápoles y con obtener de Roma la investidura definitiva que le consagrara como monarca del mediodía. La fina visión política de Fernando iba más lejos aun. Con el papado de su parte, Nápoles en sus manos y Francia al otro lado de la trinchera podía hacer realidad su viejo anhelo de anexionar Navarra al reino castellano. Ya vimos en un capítulo anterior como se gestó la incorporación de Navarra a la monarquía hispana. Este fue el desencadenante que la propició.

Luis XII, sobrado de arrestos como ya hemos visto, no se amilanó ante la postura vaticana. Ahí estaba él, al frente de un poderoso ejército esperando en la misma ribera del río Arno, a pocas jornadas de la ciudad eterna. Julio II ante la imposición del rey de Francia concibió un nuevo y maquiavélico plan. Si hasta anteayer el enemigo a batir era Venecia ahora, después de la nauseabunda ceremonia pisana, Francia recobraba el papel de antagonista del papado y, por ende, de la cristiandad. Fernando, Enrique de Inglaterra y el dogo de

Venecia fueron invitados a convenir con el Papa la necesidad de una nueva Liga, una alianza que, como tantas otras veces, iba destinada a frenar el avance turco pero cuyo único objetivo era parar los pies al brioso monarca galo.

Luis XII envió a Italia a un magnífico general, Gastón de Nemours, para que detuviese las tropas del ejército aliado. Fernando encomendó la dirección de su hueste napolitana a Ramón Folch de Cardona, sucesor del Gran Capitán que ni en la paz ni en la guerra logró siquiera acercarse a la figura del cordobés. El Papa sancionó la decisión de Fernando y dejó todo el cuerpo expedicionario al mando del catalán. Pero Nemours estaba mejor preparado, era militar de más talla y tenía en mente cuál era la estrategia apropiada para impedir que los hispano romanos avanzasen hacia el norte. La batalla, que se presentó finalmente en Rávena, costó la vida a Nemours pero mereció la pena porque el combinado aliado se deshizo como un azucarillo en agua frente a la artillería francesa. Ciertamente la primera campaña de Cardona fue un desastre. Y no sólo debido a su inferioridad técnica. Un ejército en marcha no puede tener dos mandos centrales y eso es lo sucedió entonces. El Papa insistió en que la campaña debía empezar por el Adriático para lanzarse desde él sobre la Romaña. Fernando sin embargo trató de evitar un enfrentamiento directo en tierra hostil para concentrar todas las fuerzas en Toscana donde más de una ciudad se había pasado al lado francés sin demasiado convencimiento.

Sea como fuere el hecho es que la rutilante victoria de Nemours produjo flacos réditos al francés. El ejército galo triunfante en Rávena recibió desde París un nuevo comandante. Ni tan genial ni tan enérgico como su predecesor. Y de esto se aprovechó Cardona que pasó meses reagrupando sus tropas tras el desastre de Rávena. La posición francesa se debilitó en extremo. Los ingleses, a instancias de Fernando, abrieron un nuevo frente en Aquitania, el duque de Alba entró en Navarra aniquilando la ocasión de un certero contraataque francés en la península y los meditados cálculos del virrey Cardona inclina-

ron en muy poco tiempo la balanza del lado español. Con un mando más débil y menos intuitivo el ejército francés se perdió el laberinto italiano, donde los amigos dejaban de serlo en el curso de una velada. El asalto sobre Florencia del ejército capitaneado por Cardona privó a los franceses de una base segura y bien pertrechada en el centro de la península. Tras ello y en pleno desconcierto las tropas aliadas persiguieron a las francesas hasta Novara donde el presuntuoso ejército de Luis XII cayó derrotado estrepitosamente y hubo de retirarse a sus cuarteles de invierno en la ciudad ducal. Fernando lo había conseguido. Sin derramar excesiva sangre, sin realizar un desembolso económico importante y, sin enfrentarse con el Papa, había apartado las garras del francés por enésima vez de su muy querida tierra italiana. Algo tendría que ver en ello la figura del Gran Capitán que, aunque no estuvo presente en este último episodio guerrero, dejó sentir su presencia hasta el punto de ser reclamado por el Papa para hacer de él Gonfaloniero pontificio, es decir, espada de Roma. Fernando, como era de esperar, se opuso a semejante dislate que no hubiera hecho más que jugar a favor de Luis y su premeditado plan de sembrar la discordia entre los dos españoles que le habían, por varias veces, humillado en la guerra y en la paz.

Esta última campaña italiana del Rey Católico vino a dar cumplido colofón a un reinado dedicado en gran parte a la conquista y consolidación de su poder en Italia. Las campañas italianas suponen quizá la mejor expresión de lo que Fernando fue capaz de hacer en materia de política internacional. Partiendo de una posición muy desaventajada, con casi todo en contra y con sus reinos patrimoniales, tradicionalmente los más volcados en la expansión mediterránea, en plena crisis económica, el rey supo maniobrar con fortuna, acierto y un punto más de inteligencia que sus adversarios. Entró en guerra cuando creyó que ésta era necesaria, y salió triunfante. Fue hábil y mañoso en la paz cuando se imponía un giro diplomático. La labor de Fernando en Italia más que cerrar el periodo medieval en el que

Aragón se había derramado por medio *Mare Nostrum* abrió la puerta de la modernidad y sentó las bases de un imperio. Cuando unos años más tarde su nieto Carlos se hiciese con el Milanesado sería la culminación de la política fernandina en la península itálica. Convertir la antigua tierra de los césares en un protectorado español que, con idas y venidas, subidas y bajadas, se mantendría durante más de doscientos años y conformaría de manera decisiva lo que hoy es Italia como nación. En las guerras por el *regno* napolitano nació el germen del ejército español, los célebres tercios cuyo indiscutible origen está en aquel ágil y despierto cuerpo militar nacido de las noches en vela de Gonzalo Fernández de Córdoba, general injustamente relegado por la historiografía a figurar siempre por detrás de estrategias como Napoleón o Alejandro Magno. Porque, a diferencia de estos últimos, Gonzalo supo ganar la guerra y vencer en la paz, poner en fuga al enemigo y conquistar el corazón de un pueblo para entregárselo a su rey con admirable sentido del deber y lealtad a la corona reservada sólo a hombres excepcionales como lo fue, sin duda alguna, el Gran Capitán.

El ocaso del rey

Las huestes del duque de Alba en su veloz cabalgada por Navarra a mediados de 1512 ponían sin saberlo punto final al reinado de Fernando. El postrero zarpazo sobre la vetusta corona pirenaica y su inmediata anexión a la corona castellana fue el último regalo que Fernando hizo a su sucesor. Desde aquel verano de 1512 hasta su muerte, a primeros de 1516 la vida de Fernando se recogió en la cotidianeidad de sus reinos peninsulares. Se celebraron en Burgos Cortes castellanas, saludable costumbre que tras la muerte de Isabel había renacido. En la Corona de Aragón Calatayud y Barcelona reunieron sus respectivas asambleas de notables. A la primera acudió Fernando en persona en el que sería su último viaje a la tierra que le vio

nacer. Seguramente tuvo la intención de allegarse hasta la Ciudad Condal pero su salud, a finales de 1515, era en extremo delicada. Padecía el rey de hidropesía, terrible e incómoda dolencia que acrecentada con los años, más de sesenta, hacían de los viajes un auténtico suplicio. No es difícil imaginarse el traqueteo de bueyes y caballos percherones tirando con lentitud y parsimonia de la carroza real por los pedregosos caminos de rueda de entonces. A Barcelona envió a su solícita y lozana segunda esposa que por vivir en Valencia conocía al dedillo la realidad aragonesa. Las reuniones de 1515 cierran el período legislativo del Rey Católico que con sus luces y sus sombras se encuentra entre uno de los más brillantes y acertados de esa España medieval que agonizaba lentamente con su último soberano.

En Calatayud el rey debió ver cercano su fin porque ordenó a la mermada corte itinerante que le acompañaba que tras dejar la villa aragonesa la comitiva partiría hacia el sur. Lejos de Aragón, lejos de la Castilla del Duero por la que tanto había cabalgado. En Europa sin embargo la vida no se detenía, no se ralentizaba como los pesados miembros del monarca. En Francia Luis XII había pasado a mejor vida y su sucesor, el joven Francisco I, se lanzó de nuevo al asalto de Italia. Tras una súbita victoria en Marignano sobre un combinado militar de venecianos y suizos al servicio de Roma el recién estrenado monarca francés volvió a fijar su mirada sobre lo que a Fernando le había llevado una vida entera conquistar. Cursó una orden urgente a su virrey en Nápoles para que armase un ejército que fuese al encuentro de los franceses. Pero llegó tarde. Los españoles no pudieron evitar el desastre. En las cancillerías de todo el continente la noticia corrió como la pólvora. Pero Fernando seguía manteniendo a pesar de su enfermedad una clarividencia política envidiable. Camino de Andalucía envió misivas a su red embajadores en las principales cortes europeas. El único modo de frenar al aventajado francés era, una vez más, muñir una poderosa

alianza en su contra. Enrique VIII de Inglaterra, que aparte de enemigo de Francia era su yerno, aceptó el acuerdo de buena gana. Maximiliano hizo lo propio. A fin de cuentas a ambos, al austriaco y al español, les iba mucho en ello. Ancianos, más cerca de la fosa que de la cuna, compartían algo más que una simple amistad estratégica. Su nieto Carlos era ya un adolescente que estaba llamado a heredar los reinos y privilegios de los dos. ¡Qué legado iban a dejar al atribulado Carlos dos abuelos enfrentados!

Una vez consumada la maniobra envolvente en torno al inexperto y mal informado Francisco, el rey se sintió de nuevo capaz de emprender grandes empresas. En estos sus últimos meses de vida se replanteó un nuevo ensayo de política africana. Siempre volviendo sobre lo mismo. Y es que el control del norte de África, de las tierras de Berbería era cada vez más vital para los intereses del mosaico de reinos que formaban España. La piratería se había reactivado peligrosamente en el Mediterráneo occidental al calor del recrecido poderío turco. Por esos años últimos de la vida de Fernando campaba a sus anchas un corsario islámico, Oruj Barbarroja, que mantenía atemorizadas y en estado de alerta constante a las poblaciones del levante peninsular. En 1515 Barbarroja se vio incluso con fuerzas de intentar el asalto de Bujía, en la costa de la actual Argelia y que permanecía en manos españolas. Por fortuna la valentía y el arrojo de los mallorquines allí destacados evitaron lo peor pero el peligro era real. El comercio entre la península y las bulliciosas ciudades del Magreb de era cierta importancia, especialmente en las islas Baleares. Y por último el dominio pleno de la costa norte del continente africano garantizaba tranquilidad a otros territorios más sensibles a la acción de las potencias europeas como Nápoles, Sicilia o Cerdeña.

Aunque sea difícil de creer el rey proyectó una renovada campaña africana que él mismo en persona pensaba acaudillar en primera línea de combate. Genio y figura. En sus últimos

meses la hidropesía se había agravado considerablemente. Los galenos de hoy y de entonces han recomendado siempre como primera prevención para esta dolencia el reposo, y Fernando no lo mantenía en absoluto. Más bien todo lo contrario. Recostado sobre su litera, porque ya no podía ni montar a caballo, recorrió cientos de kilómetros por la difícil geografía de nuestra tierra. A pesar de ello satisfizo junto a los nobles que le acompañaban en su último viaje su pasión por la caza y sacó fuerzas de flaqueza para ingeniarse una nueva empresa política de altos vuelos. Por ello no bajó hasta Andalucía por el camino más directo, a través de Ciudad Real y Sierra Morena, sino que se desvió hacia el oeste para entrar en Sevilla desde el norte y proceder allí, en la burbujeante puerta de América, a la organización de una nueva y poderosa flota. Ánimos no le faltaron al rey ni en las pequeñas cosas cotidianas. Asistió a la boda de su nieta en Plasencia pocos meses antes de su muerte y ya fatalmente tocado por la enfermedad. Fernando se veía todavía en el verano de 1515 con varios años por delante y ambiciosos proyectos por consumir.

Esperanza vana la suya. Franqueado el río Tajo el rey se indispuso definitivamente. La comitiva real, compuesta entre otros por su fidelísimo duque de Alba, se detuvo y trasladó al moribundo a la humilde aldea de Madrigalejo, remoto caserío perdido en la dehesa extremeña. El rey tomó conciencia de su estado, de lo cercano que se hallaba de rendir cuentas al altísimo. Ordenó a su secretario que preparase lo necesario para tomar nota de su cuarto y último testamento. Si bien en la última década se había encargado de dejar todo en paz y preparado para la inevitable hora de su muerte, no dejó pasar la oportunidad de dar el último retoque a su obra, especialmente en lo referente a la sucesión, quizá la más espinosa y crucial decisión de todo monarca.

Dispuso que sería su nieto Carlos quien heredase los reinos que él había recibido de su padre y que con sudor y sinsabores había acrecentado más allá del mar. Carlos también

recibiría en conformidad a la última voluntad de su primera esposa el trono castellano con todas y cada una de sus pertenencias si bien en calidad de gobernador pues Juana seguía viva y era, en puridad, reina legítima de Castilla. Ciertamente Fernando no sentía simpatía alguna por el nieto al que dejaba todo su patrimonio. No lo conocía en persona y algunas maniobras de éste, como la que le había conducido ese mismo año a comprometerse en matrimonio con la hermana de la reina de Francia, transportaban a Fernando a los tiempos aciagos de su yerno Felipe. El rey sin embargo sentía verdadera adoración por su otro nieto, Fernando de Habsburgo, dos años más joven que el primero y cuya educación había sido tutelada directamente por Fernando en la fortaleza de Simancas. La razón de estado se impuso a las querencias personales. Fernando arrastraba sobrada experiencia en los asuntos dinásticos y no se dejó tentar por sus sentimientos ni por los que veían en el joven Habsburgo un digno heredero de su abuelo. Casi con toda seguridad si Fernando hubiese cometido el craso error de dejarse llevar y nombrar sucesor en la persona de su segundo nieto en Castilla, Aragón, Navarra, y aun en Nápoles, hubieran renacido las querellas dinásticas y toda la obra de los Reyes Católicos habría caído como un castillo de naipes. No olvidemos que en Castilla la aristocracia tenía un peso considerable en política, y que las ciudades con voto en Cortes eran muy celosas de la legalidad constitucional. Esto mismo lo experimentaría pocos años más tarde en sus propias carnes Carlos de Gante con motivo del levantamiento de los comuneros castellanos.

El problema de Carlos es que no residía en España, para ser más exactos ni siquiera la conocía. Era lego declarado en los asuntos internos de los reinos peninsulares de los que no sabía siquiera la lengua, o mejor dicho, las lenguas que en España se hablaban. En la corte de Bruselas los mentores del joven Austria eran conocedores de la situación por lo que unos meses antes del fallecimiento de Fernando enviaron a

Castilla a Adriano de Utrecht, notable flamenco de la órbita del príncipe que, como el señor de Veyre en tiempos pasados, se había presentado en España para allanar el camino del heredero. Otro inconveniente que planteaba la sucesión carolina era la edad. Carlos de Gante era a la sazón un adolescente de apenas quince años. Edad a todas luces insuficiente para ceñir la corona y, mucho menos, para hacerse cargo del gobierno. Fernando tenía su comodín en Castilla, el polivalente Cisneros, que lo mismo servía para organizar una campaña guerrera en África que para hacerse con el timón del reino. La figura del cardenal, fundador de la Universidad Complutense, es un referente necesario en esta época de cambios. El cardenal gobernó tranquilamente hasta la llegada de Carlos, encomendó el virreinato de Navarra al duque de Nájera en un alarde de oportunidad política y mano izquierda. En Aragón sin embargo faltaba ese fiel de la balanza que significaba en Castilla el prelado toledano. Fernando creyó encontrarlo en su hijo bastardo Alfonso, arzobispo de Zaragoza, y no le falló la intuición. Alfonso fue durante los años de regencia un digno sucesor de su padre que supo equilibrar las descompensadas fuerzas de la heterogénea corona aragonesa.

Uno de los puntos que preocuparon especialmente al rey postrado en el lecho de muerte fue el gobierno que en un futuro cercano habría de formar su nieto. Cercana estaba la dramática experiencia de Felipe el Hermoso y su cohorte de flamencos insolentes. Adriano de Utrecht había sido el primero en llegar y el deseo manifiesto de Fernando es que fuera el último. En Madrigalejo y ya consumiendo sus últimos días Fernando mandó llamar a Adriano para que, en representación éste del emperador, conviniesen en intercambiar los nietos. Debía armarse inmediatamente una flota en Flandes que trajese al príncipe de Asturias, Gerona y Viana a tomar posesión de sus reinos patrimoniales. La misma flota se encargaría de llevar al joven Fernando a Flandes. Adjunto al convenio



Sepulcro de los Reyes Católicos, obra de Doménico Fancelli en 1517 en la catedral de Granada.

Fernando se encargó de incluir una cláusula por la que Carlos se comprometía a no conceder cargos públicos a los no naturales, es decir, a los que no eran españoles en previsión y con idea de evitar el caos que una década antes había sembrado la estulticia de su yerno Felipe.

En las disposiciones privadas del testamento se acordó, como no podía ser de otra manera, de su segunda esposa Germana de Foix para la que previó jugosas rentas. Dejó por escrito también su deseo de ser enterrado junto a su amada Isabel en Granada, ciudad en la que se habían dejado la bolsa y casi la vida muchos años atrás. No desmereció tampoco con los dispendios encaminados a la salvación de su propia alma. Encargó diez mil misas, si diez mil, destinadas a garantizarse un puesto en el paraíso. Presumiblemente junto a su católica reina con la que quiso yacer por toda la eternidad bajo los góticos cruceros de la Capilla Real de Granada. Y ahí continúan ambos acompañados por el sepulcro de Felipe y Juana como testigos mudos de la brevedad de la existencia y la relatividad de la gloria.

Firmado, sellado y lacrado el testamento Fernando pidió confesión a fray Tomás de Matienzo. Hecha la paz con los hombres sólo quedaba hacerla con Dios. Era la tarde del 22 de enero de 1516. Horas después, en plena madrugada de un día de invierno en medio de ningún sitio el corazón de Fernando el Católico dejó de latir.

El duelo recorrió toda España. De Galicia a Cataluña, de Guipúzcoa a las Canarias el metálico y machacón sonido de los carillones en las iglesias anunció el fin del último rey de Castilla, Aragón y Navarra. Del primer soberano que, desde los lejanos tiempos del reino visigodo, había aglutinado bajo el mismo cetro la esencia misma de la antigua Hispania romana. Más de cuarenta años de reinado pasaban a la Historia de un país que ya no volvería a ser el mismo. Aquella madrugada de enero de 1516 la Edad Media dio su último estertor en España.

EPÍLOGO

La figura histórica de Fernando el Católico es superlativa. Merece por méritos propios concurrir a una de esas listas que preparan cada cierto tiempo los medios de comunicación clasificando los grandes personajes del milenio que acabamos de dejar atrás. Si en vida reinó y gobernó de un modo que no tardaría en ser imitado por otros príncipes de la cristiandad, si el balance de sus cuarenta y un años de magistratura suprema es, simplemente, excepcional, no lo son menos las consecuencias emanadas de su paso por este mundo.

Generalmente suelen escribirse las biografías de los Reyes Católicos tratando el dúo real como una unidad indivisible. Un tanto monta, monta tanto que anula las más de las veces la individualidad de los cónyuges que dedicaron su vida y obra a una labor que ellos consideraron sagrada y que nosotros llamamos España. Con Fernando e Isabel no nació la España que conocemos hoy día, ni mucho menos. Con los Reyes Católicos, y especialmente con Fernando, nació la idea de imperio católico regido con mano de hierro del que si que proviene la realidad nacional que cristalizó en el siglo XIX. España como tal, como apelación sentimental y, por supuesto geográfica, existía ya desde hacía siglos. Fue Fernando con una visión política fuera de lo común el que imprimió a la monarquía dual el rumbo político que finalmente predominó. Sino es difícil, por no decir imposible, explicarse el empecinamiento del Rey Católico en mantener Castilla bajo su protección una vez su esposa hubo fallecido. Los designios que Fernando había concebido no sólo para el breve período de su reinado sino

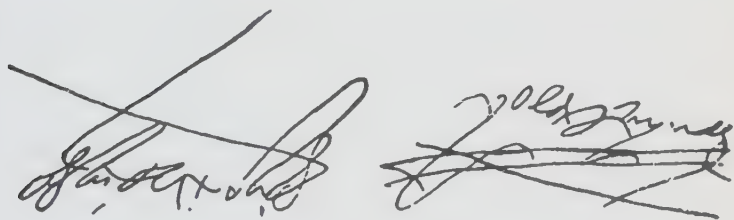
para la posteridad quedaron meridianos más que en su testamento, que es un ajuste final sobre la sucesión, en el de su esposa Isabel, redactado sin duda de modo colegiado con él y documento de primer orden donde se expone para las generaciones venideras la esencia prístina de la misión para la que tanto Isabel como Fernando se creían llamados por Dios.

La muerte de Fernando inició un ciclo histórico todavía en parte, abierto. A él le debemos, como decía su biznieto Felipe II, no sólo la simiente del Imperio sino la idea misma de la España moderna que, con mayor o menor fortuna, ha sobrevivido cinco siglos y tiene visos de hacerlo unos cuantos más. Tras él vendrían dos siglos de hegemonía española en Europa y el mundo. Las reformas legislativas introducidas en Castilla y Aragón perdurarían en muchos casos hasta la llegada las primeras constituciones liberales ya en pleno siglo XIX. El ejército napolitano, esa máquina perfectamente engranada para ganar batallas, fue el cimiento sobre el que se construiría el mito de los tercios españoles que camparon por Europa durante siglo y medio. En el Mediterráneo, al menos en el occidental, la inteligente política italiana de Fernando convirtió al antiguo *Mare Nostrum* en un verdadero lago español hasta los indignos y retorcidos acuerdos de Utrecht en el siglo XVIII.

De las sombras de su reinado, que las hubo, Fernando nos ha legado la inexplicable, desde nuestra óptica contemporánea, expulsión de los judíos. Enmarcada en un proceso de concentración de poder monárquico, que posibilitó la consecución de otros fines menos dramáticos, y en una idea de unificación religiosa destinada a cumplir la vieja máxima de *cuius regius eius religio*. La instauración del Santo Oficio, de la Inquisición, es otro de los puntos negros de ese período de cuatro largas décadas. Ni tan sanguinario como lo pintan ni tan exclusivo de la tradición hispana como se ha llegado a creer. El Tribunal del Santo Oficio es uno de los pilares sobre los que, para mal o para bien, se edificó la España moderna. Nadie juzga al emperador Trajano por las persecuciones de cristianos ni a Octavio Augusto

por los espectaculares y cruentos juegos en el anfiteatro convenientemente sazonados con carne humana. Curioso modo de utilizar diferentes varas de medir según el personaje histórico del que se trate. Fernando fue un hombre de su tiempo y un monarca a caballo entre dos siglos, el XV y el XVI, que no se caracterizaron ni por el humanitarismo ni por la tolerancia entendida al ilustrado modo.

La obra emprendida por Fernando junto a su esposa en aquella España medieval, dividida y caótica de 1469 perdura. Mal que les pese algunos que no consienten que la verdad histórica les estropee un buen eslogan o una soflama delirante. Esta es la perenne actualidad de Fernando de Aragón.



Firmas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

CRONOLOGÍA

- 1451** — Nace Isabel de Trastámara en Madrigal de las Altas Torres (22 de abril).
- Nace en Génova Cristóbal Colón.
- 1452** — Nace Fernando de Trastámara en Sos (10 de marzo).
- 1453** — Los otomanos conquistan Constantinopla.
- 1454** — Comienza el reinado de Enrique IV en Castilla (hasta 1474).
- 1458** — Muere Alfonso V, el Magnánimo de Aragón.
- Juan II, rey de Aragón (hasta 1479).
- Ferrante I, rey de Nápoles (hasta 1494).
- 1461** — Luis XI, rey de Francia (hasta 1483).
- Capitulaciones de Villafranca entre Juan II y la Generalidad.
- Muere Carlos, príncipe de Viana en Barcelona.
- 1462** — Sitio de Gerona por el conde de Pallars.
- Comienzo de la Guerra Civil en Cataluña.
- 1463** — Entente castellano francesa (Enrique IV-Luis XI).
- 1464** — Muley Hacén, emir en Granada (hasta 1485).
- 1465** — Batalla de Prats de Rei. Victoria de Fernando sobre la Generalidad.
- Farsa de Ávila, rebelión nobiliaria en Castilla.
- 1467** — Carlos el Temerario, duque de Borgoña (hasta 1477).
- Guerra *Hermandiña* en Galicia.
- 1468** — Fernando de Aragón, rey de Sicilia.
- Cortes de Aragón en Zaragoza.

- Concordia de los Toros de Guisando entre Enrique IV e Isabel de Castilla.
- 1469** — Capitulaciones matrimoniales en Cervera entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.
- Boda en Valladolid entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla (19 de octubre).
- 1470** — Declaración de Valdelozoya, Enrique IV invalida la Concordia de los Toros de Guisando.
- 1471** — Tratado de Abbeville entre Carlos el Temerario de Borgoña y Juan II de Aragón.
- Sixto IV Papa (hasta 1484).
- 1472** — Capitulaciones de Pedralbes, fin de la Guerra Civil en Cataluña.
- Introducción de la imprenta en Castilla.
- 1473** — Entrevista entre Enrique IV e Isabel en Segovia.
- 1474** — Introducción de la imprenta en Valencia.
- Muere Enrique IV de Castilla en Madrid.
- Isabel I, reina de Castilla (hasta 1504).
- Fundación de la Universidad de Zaragoza.
- 1475** — Concordia de Segovia entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.
- Luis XI invade el Rosellón y la Cerdeña. Rendición de Perpiñán.
- Inicio de la Guerra Civil castellana.
- Fernando el Católico redacta su primer testamento.
- Alfonso de Portugal entra en Castilla.
- Fernando de Aragón sitia sin éxito Toro.
- Alfonso de Aragón rinde Burgos.
- 1476** — Batalla de Peleagonzalo, cerca de Toro. Victoria de Fernando sobre los portugueses.
- Cortes de Madrigal, creación de la Santa Hermandad.
- Fernando de Aragón proclamado Señor de Vizcaya.
- Jorge Manrique escribe *Coplas a la muerte de su padre*.

- 1477** — María, duquesa de Borgoña y Flandes (hasta 1482).
- 1478** — Tratado de San Juan de Luz entre Castilla y Francia.
- Nace Juan, príncipe de Asturias y Gerona. Here-
dero universal de los Reyes Católicos.
- Fundación de Las Palmas de Gran Canaria.
- Establecimiento de la Inquisición en Castilla por
una bula papal.
- 1479** — Muere Juan II de Aragón en Barcelona.
- Fernando II, rey de Aragón (hasta 1516).
- Francisco de Foix, rey de Navarra (hasta 1483).
- Derrota portuguesa en la batalla de Albuera.
- Tratados de Alcaçovas-Toledo entre Castilla y Por-
tugal.
- 1480** — Los turcos ocupan Otranto y ponen sitio a Rodas
- Cortes de Toledo. Amplio programa de reformas
auspiciado desde la corona.
- Supresión de las aduanas entre Castilla y Valencia.
- Pedro de Vera se hace cargo de la campaña militar
en Gran Canaria.
- 1481** — Juan II, rey de Portugal (hasta 1495).
- Cortes de Cataluña en Barcelona. Constitución
Com per lo senyor.
- Primer auto de fe inquisitorial en Sevilla.
- 1482** — Boda entre Maximiliano de Austria y María de
Borgoña.
- Nace Felipe de Habsburgo (Felipe el Hermoso).
- Crisis de Ferrara, revuelta de la aristocracia napo-
litana contra Ferrante I.
- Inicio de la guerra de Granada.
- Toma de Alhama.
- Nombramiento de Tomás de Torquemada como
inquisidor.
- 1483** — Carlos VIII, rey de Francia bajo la regencia de Ana
de Beaujeau.
- Ricardo, III, rey de Inglaterra (hasta 1485).

- Catalina de Foix, reina de Navarra (hasta 1516).
- Rebelión en Granada de Boabdil contra su padre.
- Guerra civil en el emirato.
- Torquemada, Inquisidor en Aragón.
- Conquista de Gran Canaria.
- Desastre cristiano en la Ajarquía granadina.
- 1484** — Inocencio VIII, Papa (hasta 1492).
- Cortes aragonesas en Tarazona.
- Segunda guerra Remensa en Cataluña. Levantamiento de Joan Sala.
- Toma de Álora y Setenil en la guerra de Granada.
- Boda entre Catalina de Navarra y Juan de Albret.
- 1485** — Toma de Marbella y Ronda en la guerra de Granada.
- Cristóbal Colón se instala en Castilla.
- 1486** — Toma de Loja en la guerra de Granada.
- Fernando e Isabel viajan a Galicia y promulgan las Leyes de Hermandad.
- Sentencia Arbitral de Guadalupe. Fin del conflicto remensa.
- 1487** — Toma de Vélez-Málaga en la guerra de Granada.
- Introducción de la Inquisición en Barcelona.
- 1488** — Toma de Mojácar, Vera, Vélez Blanco y otras plazas del oriente granadino.
- Introducción de la Inquisición en Mallorca.
- Introducción de la Santa Hermandad en la Corona de Aragón.
- Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza.
- 1489** — Toma de Baza, Guadix y Almería en la guerra de Granada.
- Negociaciones matrimoniales entre la casa de Habsburgo y la de Trastámara.
- Primera entrevista de Isabel de Castilla con Cristóbal Colón.
- 1490** — Boda de Alfonso de Portugal e Isabel de Castilla.

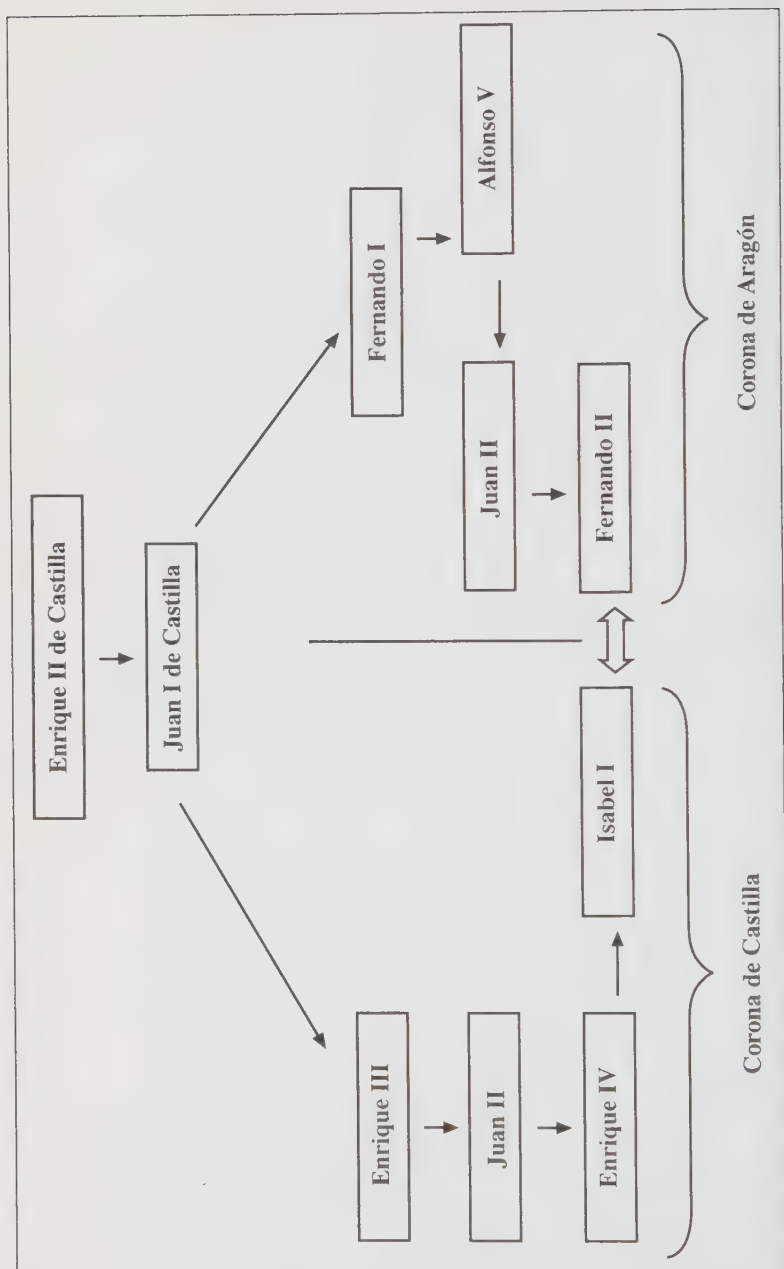
- Alianza hispano - austriaca.
- Joanot Martorell publica *Tirant lo Blanch* en Valencia.
- 1491** — Sitio de Granada. Construcción de Santa Fe.
- Capitulaciones de Granada.
- Cristóbal Colón en Santa Fe con los Reyes Católicos.
- 1492** — Alejandro VI, Papa (hasta 1503).
- Rendición de Granada.
- Pragmática de expulsión de los judíos (31 de marzo).
- Ordenanzas de la Mesta castellana.
- Alonso Fernández de Lugo conquista La Palma.
- Antonio de Nebrija publica *Arte de la lengua castellana*.
- Nace en Valencia Juan Luis Vives, gran humanista.
- Capitulaciones de Santa Fe entre Isabel de Castilla y Cristóbal Colón.
- Cristóbal Colón emprende su primer viaje (3 de agosto).
- Dos carabelas y una nao arriban a las costas americanas al mando de Cristóbal Colón (12 de octubre).
- 1493** — Tratado de Barcelona entre Fernando el Católico y Carlos VIII. Francia devuelve el Rosellón y la Cerdaña.
- Capitulaciones de Barcelona entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón.
- Cortes en Aragón y Cataluña.
- Bulas pontificias para evangelizar las indias recién descubiertas.
- Francisco Jiménez de Cisneros, confesor de Isabel de Castilla.
- Segundo viaje colombino.
- 1494** — Ludovico Sforza, duque de Milán (hasta 1500).

- Alfonso II, rey de Nápoles (hasta 1495).
- Expedición francesa a Italia.
- Creación del Consejo de Aragón.
- Creación del Consulado de Burgos.
- Tratados de Tordesillas entre Castilla y Portugal. Ambas potencias se dividen el mundo en una línea imaginaria 370 leguas al oeste de Cabo Verde.
- 1495** — Manuel I, rey de Portugal (hasta 1521).
- Carlos VIII invade el reino de Nápoles.
- Formación de una Liga contra Francia.
- Gonzalo Fernández de Córdoba desembarca en Calabria.
- Alonso Fernández de Lugo conquista Tenerife.
- Derrota española en Seminara.
- 1496** — Alejandro VI otorga a Fernando e Isabel el título de Reyes Católicos.
- Victoria del Gran Capitán en Atella.
- Boda de Felipe de Habsburgo y Juana de Trastámara en Flandes.
- Los franceses derrotados en Nápoles se retiran del reino.
- Expulsión de los judíos en Portugal.
- 1497** — Federico I, rey de Nápoles (hasta 1501).
- Boda de Juan de Trastámara y Margarita de Habsburgo.
- Muerte de Juan, príncipe de Asturias.
- Boda de Manuel de Portugal con Isabel de Trastámara.
- El duque de Medina Sidonia conquista Melilla.
- 1498** — Luis XI, rey de Francia (hasta 1515).
- Expulsión de los judíos en Navarra.
- Tercer viaje colombino.
- Vasco de Gama llega a la India doblando el cabo de Buena Esperanza.
- 1499** — Luis XI invade el Milanesado.

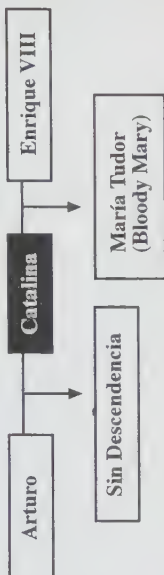
- Revuelta de los mudéjares en el Albaicín.
- Fernando de Rojas publica *La Celestina*.
- Fundación de la Universidad Complutense.
- 1500** — Tratado en Sevilla entre Castilla y Navarra.
- Acuerdos de Chambord-Granada entre España y Francia. Partición de Nápoles en áreas de influencia.
- Muere el infante Miguel, heredero de Portugal, Castilla y Aragón.
- Nace en Gante el infante Carlos, futuro rey de España y emperador de Alemania.
- Boda entre Manuel de Portugal y Maria de Castilla.
- 1501** — Entente franco española contra los turcos.
- Nicolás de Ovando, gobernador general de La Española.
- Boda de Arturo de Inglaterra y Catalina de Aragón.
- 1502** — Segunda campaña napolitana del Gran Capitán.
- Sitio de Barletta.
- Victoria española en Seminara.
- Cuarto viaje colombino.
- 1503** — Pío III, Papa (hasta 1513).
- Victoria total española en Nápoles. Batallas de Ceriñola y Garellano.
- Alonso Fernández de Lugo, Adelantado de las Islas Canarias.
- Crisis económica en Castilla.
- Fundación de la Casa de Contratación en Sevilla.
- 1504** — Paz en Nápoles. Los franceses se retiran derrotados.
- Muere en Medina del Campo Isabel de Castilla (26 de noviembre).
- 1505** — Juana I, reina de Castilla.
- Cortes de Castilla en Toro.
- Campaña castellana en Marruecos.

- 1506** — Boda de Fernando el Católico con Germana de Foix.
- Disputas entre Fernando el Católico y Felipe de Habsburgo.
- Concordia de Villafáfila entre Fernando el Católico y Felipe de Habsburgo. Fernando se retira de Castilla.
- Cortes de Castilla en Valladolid.
- Muere Cristóbal Colón en Valladolid.
- Muere Felipe de Habsburgo en Burgos.
- Viaje de Fernando el Católico a Italia.
- Reunión de Fernando el Católico y el Gran Capitán en Portofino.
- Finalizan la construcción de la Catedral de Sevilla (iniciada en 1402).
- 1507** — Entrevista de Fernando el Católico y Luis XI en Savona.
- Fernando el Católico, Fernando V, rey de Castilla por inhabilitación de su hija Juana.
- El cardenal Cisneros, inquisidor General.
- Epidemia de peste en Castilla.
- Convocatoria del Parlamento en Nápoles.
- 1508** — Revuelta de la nobleza andaluza contra Fernando el Católico.
- Creación de la Junta de Navegantes en Burgos.
- Diego Colón, virrey de La Española.
- Primera edición del *Amadís de Gaula*.
- 1509** — Enrique VIII, rey de Inglaterra (hasta 1547).
- Conquista española de Orán.
- 1510** — Fernando el Católico, rey de Nápoles.
- Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia en Monzón.
- Cortes de Castilla en Madrid.
- 1511** — Creación del Consulado de Bilbao.
- Fundación de la Audiencia de Santo Domingo en La Española.
- Ordenanzas sobre la Mesta.

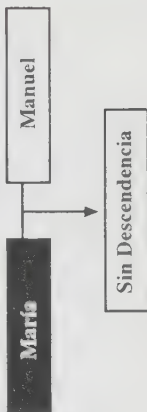
- 1512** — Liga Santa en Italia.
- V Concilio de Letrán en Roma.
- Anexión de Navarra por Fernando el Católico.
- 1513** — León X, Papa (hasta 1521).
- Juan Ponce de León explora La Florida.
- Vasco Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico.
- 1514** — Publicación de la Biblia Políglota Complutense.
- 1515** — Francisco I, rey de Francia (hasta 1547).
- Invasión francesa de Italia. Batalla de Marignano.
- Cortes de Burgos. Unión de las coronas de Castilla y Navarra.
- Cortes de Aragón en Calatayud.
- 1516** — Muere Fernando el Católico en Madrigalejo (23 de enero).
- Regencia del cardenal Cisneros en Castilla.
- Regencia de Alfonso de Aragón, en Aragón.
- Juan Díaz de Solís llega al Río de la Plata.
- Nicolás Maquiavelo publica *El Príncipe*.



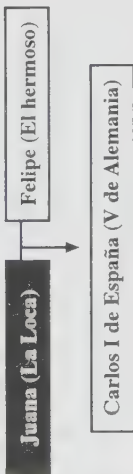
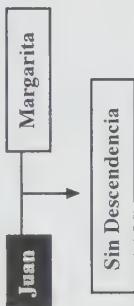
Matrimonios con Inglaterra



Matrimonios con Portugal



Matrimonios con Austria



BIBLIOGRAFÍA

- BELENGUER CEBRIÁ, E.: *Fernando el Católico, un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, Barcelona, Península, 1999.
- PÉREZ, J.: *Isabel y Fernando, los Reyes Católicos*, Madrid, Nerea, 1997.
- MOLAS RIBALTA, P.: *Edad Moderna (1474-1808)*, en *Manual de Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- LADERO QUESADA, M. A.: *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza, 1999.
- VACA DE OSMA, J. A.: *Yo, Fernando el Católico*, Barcelona, Planeta, 1995.
- VACA DE OSMA, J. A.: *Los Reyes Católicos*, Madrid, Espasa Calpe, 2001.
- ESLAVA GALÁN, J.: *La vida y la época de los Reyes Católicos*, Barcelona, Planeta, 1996.
- ESLAVA GALÁN, J.: *Los Reyes Católicos*, Barcelona, Planeta, 1996.
- EDWARDS, J.: *La España de los Reyes Católicos (1474-1520)*, Barcelona, Crítica, 2001.

ÍNDICE

Preámbulo	7
I. Aragón, Navarra y el infante Don Fernando ...	9
La extraña familia	9
Juan de Aragón y el Reino de Navarra	11
Carlos de Viana o el infortunio de un príncipe.	15
La guerra de Cataluña	19
II. La década fundamental	31
De Cervera a Valladolid, crónica de una boda	31
Los años de plomo o el final del reinado de En-	
rique IV	37
La guerra de Castilla	42
III. Consolidación, reforma y conquista	59
Tiempo de cambios	59
Tambores de guerra	67
La campaña de Granada	70
IV. La génesis del Estado	85
La Inquisición	86
La expulsión de los judíos	93
Navarra, crepúsculo de un reino cristiano ...	97
El Atlántico, la nueva frontera	101
V. España en el mapa	107
El laberinto italiano	108
	199

La Liga Santa	113
La diplomacia de los altares	120
La conquista de Nápoles	128
VI. Fernando sin Isabel	133
Yo, la reina	136
Desavenencias familiares	140
Germana de Foix	145
Fernando en Nápoles	150
La regencia	160
Intermedio italiano	167
El ocaso del rey	172
Epílogo	181
Cronología	185
Bibliografía	197



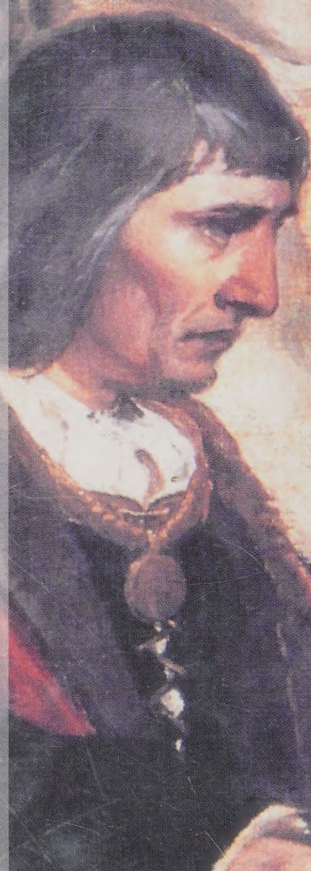
TÍTULOS DE LA COLECCIÓN:

- 1 - BUDA
- 2 - JESÚS
- 3 - GANDHI
- 4 - PITÁGORAS
- 5 - AKENATÓN
- 6 - MAHOMA
- 7 - CONFUCIO
- 8 - COPÉRNICO
- 9 - LEONARDO DA VINCI
- 10 - SALOMÓN
- 11 - GALILEO
- 12 - M. LUTHER KING
- 13 - «CHE» GUEVARA
- 14 - ABRAHAM LINCOLN
- 15 - STALIN
- 16 - JOHN F. KENNEDY
- 17 - BOLÍVAR
- 18 - MARX
- 19 - MAO TSE-TUNG
- 20 - CHURCHILL
- 21 - PICASSO
- 22 - HITLER
- 23 - JULIO CÉSAR
- 24 - JUAN XXIII
- 25 - HERNÁN CORTÉS
- 26 - VAN GOGH
- 27 - NAPOLEÓN
- 28 - PIZARRO
- 29 - CRISTÓBAL COLÓN
- 30 - KAFKA
- 31 - SIGMUND FREUD
- 32 - FEDERICO GARCÍA LORCA
- 33 - JULIO VERNE
- 34 - MIGUEL DE CERVANTES
- 35 - WILLIAM SHAKESPEARE
- 36 - SALVADOR DALÍ
- 37 - CHARLES DARWIN
- 38 - LUDWIG VAN BEETHOVEN
- 39 - W. AMADEUS MOZART
- 40 - ALEJANDRO MAGNO
- 41 - CALÍGULA
- 42 - ALBERT EINSTEIN
- 43 - THOMAS ALVA EDISON
- 44 - ISAAC NEWTON
- 45 - MOCTEZUMA
- 46 - NERÓN
- 47 - RAMSÉS II
- 48 - AMUNDSEN
- 49 - FERNANDO EL CATÓLICO
- 50 - TUTANKAMON

GRANDES BIOGRAFÍAS

Fernando el Católico

Sobre la figura de Fernando de Aragón, y por ende sobre la de Isabel de Castilla, pivota irremediamente la historia de España. Hay un antes y un después de los Reyes Católicos, de Isabel y de Fernando. El reinado de Fernando primero en Aragón y más tarde junto a su esposa en todo lo que vendría a ser la España que hoy conocemos, es la bisagra que cierra la Edad Media y abre la modernidad. Muestra de ello son los diferentes hitos de su reinado y el crucial momento histórico que en el plano europeo, y universal, le tocó vivir al último Trastámara aragonés. A la muerte de Fernando, acaecida en 1516, la historia de España había entrado en una nueva era. No en vano, se dice que Felipe II, su biznieto, solía referirse a él mientras miraba su retrato diciendo «A él debemos todo». Razón no le faltaba.



SBN 84-9764-576



EDIMAT Libros

www.edimat.es



9 788497 645768